

**Héctor
Galmés**

URUGUAYOS DE
HOY • NARRADORES
6

Final en borrador



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

FINAL EN BORRADOR
6

12/70. 687

12/70

Héctor Galmés

**FINAL
EN BORRADOR**

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL
NARRADORES URUGUAYOS DE HOY

Sept 1985



©

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL SRL
Gaboto 1582 - Tel. 4.32.06 - Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - 1985

A Delia, mi esposa.

1. CALLES DE LAREDO

Nunca fue santo de su devoción (al menos nunca fue santo), pero le debía los recuerdos más intensos de la adolescencia. Con él había entrado de garrón a bodas y cumpleaños, donde habían comido hasta hartarse porque el otro sabía cómo escurrirse entre los invitados para llegar a las vecindades de la cocina; le había enseñado a hacer bailar el trompo en la palma de la mano y construir sus primeras cometas; en su compañía conoció el sabor incomparable de las frutas robadas aunque no estuvieran en sazón, y la náusea del primer cigarrillo. Por él supo qué compañeras de clase se dejaban tocar, y cuáles eran los días más propicios para hacerse la rabona. Con él saltó pretilos y recorrió azoteas para ir a figonear a los vecinos por banderolas y claraboyas, y enterarse de sus secretos. Pero de vuelta a casa, lo atacaba una aguda melancolía; las imágenes evocadas perdían su brillo y se opacaban como aguatinas viejas, los sabores se volvían agrios, y además se sentía muy sucio. Evitaba mirar de frente la litografía de la Santa Cena que se multiplicaba en los espejos del comedor y, bajo cualquier pretexto, se levantaba el primero de la mesa para ir a encerrarse en su cuarto y tratar de componer sus fracturas. Le hacía bien quedarse así, sin hacer nada, con la mente errátil; era invadido por una paz tibia y adormecedora interrumpida de pronto por el sobresalto de saber que al día siguiente el otro estaría a la vuelta de la esquina, la mano en el bolsillo, a la espera de que se aproximara para sacar una lámina obscena arrancada tal vez de esos libritos que vendía clandestinamente un hombre gordito y amarillento a la salida del liceo; o acaso fuera el mismo libro lo que el otro le ofreciera, mirándolo a los ojos con malicia; un tomito descosido y manoseado que él no sabría después dónde ocultar para que no lo hallaran las hermanas.

Un buen día dejó de verlo. Fue después de aquel golpe violento; cuando él quedó como un cobarde, no tanto por la trompada brutal y sin aviso, sino porque, apenas vio la sangre copiosa y oscura, casi negra, que resbalaba por las solapas y goteaba sobre la vereda, echó a correr despavorido. Durante largos meses la escena se le repitió de tarde en tarde, como si la viera (como si lo obligaran a verla) proyectada en una

pantalla. Una película sin fin, unida por sus extremos que pasaba y pasaba sin cesar frente a un reflector de carburo. Lo blanco era azul, lo rojo, negro, y lo negro, viscosidad urticante. La puerta entreabierta dejaba ver un zaguán oscuro con una luz rojiza (grisácea) al final. Julián quiso obligarlo a entrar de un empujón.

—Vamos. ¿Quieres hacerte hombre o no?

—Mentiroso. Esta no es la casa de tu tía; es una casa de locas.

—Sos un marica, López, sos un marica.

El puño se levantó impulsado por una fuerza desconocida; él no había querido hacerlo. Todo ocurrió demasiado rápido. Cuando sintió el golpe de la cabeza de Julián contra la puerta y vio que la sangre resbalaba ya por el mentón, se dio cuenta de que lo había trompeado. Se quedó un momento sin saber qué hacer ni qué decirle, y después echó a correr descendiendo el camino que habían hecho juntos sin prisa, desde que descendieron del tranvía. En el trayecto, Julián le había hablado con insistencia de la tía excéntrica y de los encantos de la prima Pola.

Pasan las semanas y López no puede dormir sin sobresaltos. Se siente vil y merecedor de las peores afrentas. Se mortifica rememorando el hecho hasta en los detalles ínfimos. Y un miedo infinito lo persigue día y noche. Julián estará esperándolo a la vuelta de cualquier esquina para deshacerle la cara, acaso secundado por un matón. Pero Julián no aparece por ninguna parte. Y esto aumenta su desdicha y su ansiedad, porque sería preferible que la hora de la venganza sonara cuanto antes. Y hasta llega a experimentar un deseo morboso de ser golpeado por cualquiera; por los pasajeros del tranvía; por mujeres histéricas que han de romperle el cráneo con escobas y paraguas y han de pisotearlo hasta hundirle los tacos en la carne; por muchachos excitados por un western y descontrolados, a la salida del cine. Está seguro de que el otro se esconde porque sabe que López le tiene pavor y así: ausente, invisible, presentido, puede hacerle más daño que si se le plantara delante para insultarlo y vapulearlo. Esa clase de castigo es más cruel y divertida. A veces sale a buscarlo porque no podrá soportar la situación indefinidamente; cree que terminará loco. Y se aventura a llegar hasta la casa de la Pola, pero no se anima a entrar. Tampoco lo dejarían, es menor de edad. El otro hace rato que cumplió sus dieciocho y debe ser cliente y amigo de la Pola; acaso la Pola es verdaderamente su prima, por qué no, si las prostitutas tienen familia y algunos deudos las quieren y hasta las miman por piedad, por amor sincero o porque sospechan que hay por ahí algún dinerillo escondido, y cualquier día se mueren y vaya uno a saber quién lo disfruta. Casi no duda de que Julián le haya dicho la

verdad y que la Pola se quedó esperándolo, porque Julián le había pedido un favor muy especial: que lo dejara entrar con un amigo sin experiencia; y a la Pola le habrá gustado, aunque con menores siempre se corren riesgos. No podía decirle no a su primito adorado. Pero Julián entró solo y lastimado, para que sus parientas le lavaran la cara y lo ayudaran a quitar las manchas de sangre de la ropa. Seguro que cuando se marchó el último cliente, se acostó junto a ella, no para hacer el amor, sino para reírse del mariquita.

La vida de Julián era un misterio. Nadie conocía a sus padres (él decía que vivían en un lugar incierto de la frontera). Serían contrabandistas o traficantes de cualquier cosa ilegal. Julián carecía de domicilio fijo. A veces lo ubicaba en la casona de una abuela viejísima que hablaba una jerga indescifrable. ¿De qué vivía Julián? ¿Con qué compraba su ropa, que si no era de primera, lucía siempre prolija? Tal vez la Pola tenía alguna deuda con él y le pasaba una suma que, por modesta que fuese, era mucho más de lo que dispone cualquier muchacho de esa edad.

López llega a tocar la puerta, pero no se anima a entrar. Seguro que lo sacan a patadas, a no ser que Julián esté adentro y se alegre al verlo y de saber que tiene valor para atreverse a venir solo. Sigue de largo. Julián puede llegar en cualquier momento. O a lo mejor sale y lo ve, y es tanto su asombro que empieza a reírse y no puede parar. Julián lo tomará de un brazo y le dirá: Bueno, ahora podés entrar sin tanto remilgo. A eso viniste, ¿no? Sin embargo Julián no aparece. López cruza la calle y desde el boliche de la esquina vigila la puerta del quilombo, mientras bebe de a sorbitos espaciados, primero dos botellitas de gaseosa, y luego una de Bilz. No tiene sed, pero el frío y las burbujas le hacen bien, parecen desanudarle el ovillo de nervios que le pesa en el estómago. Ve salir a un hombre muy pálido y encorvado (alguien que se está despidiendo de la vida) y entrar a dos gordos de mamelucos engrasados. Los únicos clientes en una hora. O es temprano todavía, o el negocio no marcha. La Pola se habrá puesto flácida y tediosa. ¿Cómo no se le ocurrió antes? Julián habrá tenido el propósito de hacerle una broma, asustarlo con dos mujeres monstruosas que sólo atienden a tísicos y a desesperados en un barrio excluido del plano de la ciudad.

El mozo tiene ganas de hablar; se demora, pasando el trapo por la mesa de mármol agrietado y cascado en los bordes.

— ¡Todavía estamos en edad de tomar Bilz! ¿Cuántos añitos tenés?

El diminutivo le molesta bastante. Otra vez el nudo en el estómago.

— Diecisiete para dieciocho — miente.

— Los disimulás muy bien, botija.

Al cow-boy no le gustan esa clase de bromas. Hace pagar caro los sarcasmos. Se levanta de súbito, vasos y botellas se hacen añicos contra

el piso y asesta un derechazo firme en la mandíbula del villano. Lo ha visto una vez más en la función de matinée del sábado pasado. Su puño es temible. Sólo hay que sacar el revólver en caso de extrema necesidad. Julián lo sabe bien; lamentablemente, nadie más parece estar enterado de que hay bromas que no deben tolerarse. Sería bueno que se enterasen todos. El bar está vacío y el único testigo puede ser el gallego, pero se durmió con el diario abierto sobre las rodillas. Aunque al mozo, un cuarentón ajado con ojos llenos de malicia, no podría tomarlo desprevenido, porque si había sobrevivido a tantas noches de ese barrio de tajo y puñalada se debería a que era rápido y artero, y experto en poner en la calle a los indeseables. *Al mozo no, mejor te hacés el idiota.* Tom Mix o el Cisco Kid, o cualquier vaquero encarnado momentáneamente en López, pasa por alto la guarangada y vuelve a sumirse en los vapores del whisky o en la interminable partida de póker en la que la gracia del juego consiste en descubrir las trampas de los otros. El mozo juega la próxima carta:

— Decime, botija, ¿vos entraste alguna vez en la casa de enfrente?

— No, nunca estuve.

— Me lo imaginaba, porque de lo contrario, en lugar de gaseosa tomarías permanganato. Los que salen de ahí van derecho al hospital... y a veces no llegan a tiempo. Esas tipas son la muerte. ¿Así que nunca se te ocurrió ocuparte?

— Le he dicho que no. Busco a un amigo que solía arrimarse a estos andurriales. Necesito hablar con él.

— ¿Cuál es su gracia?

— Julián, ¿lo conoce?

El mozo entorna los ojos y repasa rápidamente su galería de retratos y dice mientras se rasca la barbilla:

— Ah, sí. Un muchacho siempre endomingado, con cara de sobrador. Es el único Julián que tengo registrado y aparece de vez en cuando. Va por mal camino. Bueno, en estos barrios dejados de la mano de Dios todos los caminos son malos. Mirá esa calle deshecha por los carros que van al mercado. ¿Y las veredas? Fijate en las veredas. Los borrachos tropiezan y caen y a veces se quedan tirados hasta la mañana con una pierna quebrada. ¿A qué caminos pensabas que me refería?

Y su risita burlona y ofensiva termina de convencer a López de que el villano se saldrá siempre con la suya, con el revólver, las cartas o la prosa.

— Tu amigo Julián debe de sufrir como loco por esos *malos caminos*, siempre tan planchadito él y con los zapatos lustrados. Como todavía es muy pendejo y no le hace sombra a nadie, los taitas lo dejan tranquilo, y hasta algunos quieren apadrinarlo para enseñarle "las cosas de

la vida". ¿Vos sabés qué son *las cosas de la vida*? Cuando te pases de la Bilz al medio y medio podrás aprender las primeras lecciones.

"Este no nació para mozo de boliche", se dijo López.

— Por supuesto que no nací para mozo de boliche — retrucó el otro que era profundo para adivinar el pensamiento a los inocentes maderos y virguitos. — Para que sepas, tengo mis estudios.

— Lo creo — dijo López, mirándole las manos prolijas y el anillo de plata y oro que lucía en su único meñique (el otro, el de la izquierda, se lo había cercenado una cuchillada exacta). — Lo creo, cómo no.

— Entré en la Facultad por el año 30 y alcancé a dar Derecho Romano con felicitaciones de la mesa. Y en el 31 maté a una mujer por celos y a un hombre porque sí, porque me quedaba un resto de bronca para envidar. De mi vida se habla en muchos tangos, ¿para qué te voy a repetir la historia?

Tal vez estuviese mintiendo, para darse el gusto de impresionar al imberbe, pero eso lo pensó López después, cuando se le venía a la memoria su conversación con el doble homicida del meñique cercenado.

— Aquí me ves, y aquí me verás siempre, porque, ¿a dónde ir con dos muertes en mis fojas? Cuando aparecen por aquí tipos fuera de serie, como vos o como ese Julián, muchachos soñadores que tienen la vida por delante, uno se siente reconfortado porque puede hablar con gente de otro nivel; desempolvás el vocabulario que usabas cuando vivías en la parte linda de la ciudad. Aquí me quedaré, con un dedo de menos y dos muertes de más. Nunca podré ejercer mi triste oficio en Pocitos o en Carrasco. Con lo que me gusta el mar. Acá, cuando no tenés nada que hacer, no te queda otro remedio que hablar de idioteces con algún parroquiano, o mirar quién entra o sale del queco de enfrente. Pero si tuviera la suerte de trabajar en una confitería de la rambla, miraría el mar y a las mujeres bien vestidas y perfumadas como las que hubiera tenido yo de haber terminado mi carrera... Volviendo a Julián. Un día entra, pide un cortado y se queda con la mirada clavada en esa pared blanca. A la media hora llama al gallego y le dice: ahí hace falta algo, mi amigo. Una pintura, un gran mural. Y el gallego asiente y se pone a soñar con su rinconcito de Pontevedra. Entorna los ojos y le parece ver las rías, los barquitos de los pescadores allá abajo, y, arriba, las casitas de piedra y los aldeanos arreando ovejas por las callejas angostas, y un pajarito aquí, otro por allá, y unas nubes gordas y el sol color yema de huevo. Lo imaginó con tanta fuerza y morriña que lo vimos proyectado por unos momentos sobre la lechada fresca, más blanca que vestido de comunión. El gallego se puso soñador y le preguntó a tu amigo si se animaba de veras a pintarle aquel rinconcito de la tierra, y el caradura le contestó: "por supuesto que sí". Ahora decime: ¿es cierto que tu amiguito

entiende de eso?

— En el liceo lo teníamos como un fenómeno. Sólo aprobaba dibujo. Retrataba a las compañeras y sus cuadernos de apuntes estaban llenos de caricaturas de los profes. Los dibujos los vendía o los cambiaba por cigarrillos. Pero nunca supe que le diera por pintar murales.

— Han de ser cuentos. Pretendió que don Marcelo le adelantara unos pesos para los materiales. Entonces don Marcelo dejó de soñar y le dijo que no le aflojaba ni un centésimo si antes no le mostraba el proyecto de lo que pensaba hacer. Todavía lo está esperando. Y si vos también pretendés encontrarlo por aquí, nos verás envejecer. Y a esa pared, todos los años le damos una lechada. Siempre está pronta para que venga el miguelángel a hacer milagros.

López se perdió por esas calles, que al anochecer se llenaron de ladridos. Con las sombras creció la sensación de que Julián lo seguía. Oyó un chistido — sería el otro que se burlaba de sus miedos, ocultándose entre las madreselvas — o el chasquido de una navaja al abrirse. En el cine las navajas sonaban como látigos en los puños de los gitanos depenadores de gente. López deseaba que la cosa terminara de una vez por todas y como fuera. A lo mejor Julián se contentaba con darle una trompada en el estómago o en la mandíbula antes de despreciarlo para siempre. Y él quedaría tirado, sin sentido, hasta que un perro le lamiera la cara y lo despertara, o un tranochador le diera una patada en las costillas para cerciorarse de si estaba muerto o vivo, o una buena vieja, creyéndolo borracho, le echara un vaso de agua en la cara.

Pero Julián no apareció.

Muy de vez en cuando se daba una vuelta por aquel barrio maldito y echaba una mirada al interior del bar, a aquella pared blanca en espera del artista. A fines del invierno lucía lamparones pardos o verdosos, pero en verano volvía a recuperar su blancura de vestido de comunión. Y desde la puerta volvía a preguntarle al mozo si no había visto a aquel muchachito caradura y bien trajeado con berretines de pintor. El mozo siempre respondía con un gesto de negación, hasta que una tarde habló para mandarlo a la mierda.

Cuando abandonó definitivamente sus estudios para dedicarse a la venta de artículos de escritorio, López tuvo la impresión de que atravesaba una frontera. Atrás dejaba un territorio brumoso donde la imagen de Julián sobrevivía a duras penas en medio de los olvidos de la infancia y de la adolescencia. Ahora pisaba firme a la luz fría e intensa de las oficinas y se sentía seguro porque de todas partes le llegaban augurios

de un porvenir, si no brillante, al menos un porvenir que significaba sosiego para su mamá y sus dos hermanas que se sentían tan orgullosas de él como si fuera un crack, el goleador de la selección celeste, que no ni no. La primera vez que lo vieron con el portafolios flamante con sus iniciales doradas sobre la cartera, saltaron de júbilo, lo cubrieron de besos y caricias y esa misma noche le prepararon su plato preferido.

Por fin se encontraba en territorio seguro. Le había costado llegar a la frontera. El polvo blanquecino del desierto se le había pegado a la cara sudorosa encaneciéndole la barba rala. Pudo esbozar una sonrisa a lo Gary Cooper recién cuando entró en Laredo. El villano que decía ser su amigo se había perdido en el desierto. Una secuencia lo muestra casi muerto de sed al borde de un fangal pestilente. Levanta a duras penas la cabeza y ve la muerte en ese pajarraco negro de alas enormes que planea trazando círculos alrededor de un sol implacable. Pero Jimmy (¿por qué no habría de llamarse Jimmy? No, mejor Harry, suena más varonil)... Jimmy, es decir, Harry, o como quiera se llame, es el muchacho que logró burlar al bandolero que fingía ser su amigo. Lleva ahora el maletín firmemente agarrado con esa mano que hasta ayer empuñaba el revólver de los cien disparos, el del tambor sin fin. Pero antes de entrar a Laredo se desahizó del arma, con el mismo desprendimiento con que se había deshecho una y otra vez de las mujeres de los saloons, inconsistentes, como muñecas. Pero esas tres mujeres que lo esperan, no. No son como las otras, como las de los otros. López (acaso Jimmy o Harry, o como recuerdes que se llamaba el muchacho que llegó sano y salvo a Laredo en aquel western) sonríe con melancolía y reprime su única lágrima, porque recuerda los consejos de papá en su lecho de muerte y sabe que la existencia de esas tres mujeres depende exclusivamente de él (porque la pensión que les dejó el conserje del Ministerio de Hacienda no les permite parar la olla). De no haber derrotado al villano, de no haberlo burlado para siempre haciéndole creer que en Texas el sol sale por el norte, aquellos tres ángeles serían ahora tres hembras desamparadas e merced de los bajos apetitos y las prociadades del bandido. Pero el sol se detuvo a tres millas de Laredo al igual que en tiempos de Josué, para que el mal se consumiera en el desierto y triunfara una vez más el bien. En el cuarto del hotel, el celibulario Harry (¿o Jimmy?) fuma su cigarrillo, tirado sobre la cama, con los tacos de las botas apoyados sobre el caño de bronce labrado. Como no es desagradecido, rememora con cariño los buenos momentos que vivió en compañía del amigo de ayer. Mira los colores del atardecer en esas nubes carnosas que le recuerdan los pechos y las nalgas de las chicas del saloon, a las que les sonreía con ternura aunque siempre tenía algo más importante en que pensar.

Un viento casi noche estremece los geranios del balcón y las luces

del almacén de enfrente forman arabescos en el techo del cuarto al filtrarse por entre las hojas y los hierros. López oye la puerta cancel que chilla por falta de aceite en las bisagras (mamá, el domingo la aceite; no Macoco, dejala así porque si a alguien se le ocurre meterse, ya sabemos). Vuelve a cerrarse en un segundo: el tiempo necesario para que salga la Flaca, su hermana menor; tan delgada, que al villano no le costaría el menor esfuerzo alzarla de un manotón para echarla sobre la cruz de caballo, a galope tendido por las calles de Laredo. Pero Julián quedó de otro lado de la frontera. Y para siempre. Al amanecer los buitres comenzarán a devorarlo, lentamente, empezando por el cuello, la cabeza y las manos. Luego rasgarán la tela juntamente con la piel para llegar a la carne y a las visceras del villano, y, una vez hartos, afilarán sus picos en la osamenta.

No vale la pena abandonar esa posición tan cómoda para asomarse a la ventana, otear la calle y cuidar que la hermanita del alma, la flaquita mimada, regrese incólume del almacén. Habrá ido por cerveza, claro que sí (hoy es un día especial).

A las nueve lo llaman para que baje al comedor. Las tres lucen sus mejores vestidos y las alhajitas de la abuela. Sobre el mantel de hilo bordado por la finada, humea la fuente de loza-piedra colmada de albón digas con espaguetis, el plato preferido de López, que bajó más alegre que nunca, después de dejar colgadas de un perchero del hotel de Laredo las espuelas y el sombrero de Harry.

Luego de una sobremesa más prolongada que de costumbre, en la que se volvió a abrir la caja donde se guardaban las fotografías familiares, y en la que López accedió a beber una copita de licor de huevo volvió a su cuarto transformado por completo. Ya era un hombre cabal (las tres mujeres lo aseguraban) que desde ahora en adelante sólo pensaría en labrarse un futuro y asumir sus responsabilidades. A la hora señalada ya no sería el título de un western sino el hecho de tener que despertarse cada mañana a las seis menos cuarto, para higienizarse, ordenar los papeles, prepararse el desayuno y salir a la calle con una sonrisa vendedora.

Julián se había convertido en un recuerdo muy lejano que volvía a evocar, sin inquietarse, cada vez que entraba en un bar para hacer una pausa en la jornada de trabajo, tomar un café y consultar la agenda junto a los murales de colores que fueron chillones y ahora estaban opacados por los vapores de las minutas y el humo de los cigarrillos y que representaban valles alpinos o rincones arrabaleros, o muelles en perspectivas inverosímiles (los pintores de boliche descubrieron, sin saberlo, la cuarta dimensión).

Parecía mentira que hubieran pasado diez años desde el día en que salió por primera vez a vender papel carbónico y de copia, maquinillas engrapadoras y gomas de borrar, matrices para mimeógrafo y libros de caja, cortapapeles, pisapapeles y papeleras y también tinteros con el busto del prócer para escritorios de jefes. De este lado de la frontera había secretarías perfumadas y bonitas, pero antes de llegar a ellas, había que franquear esas otras fronteras: las puertas vigiladas por porteros malhumorados que recién después de la tercera vez lo recibían con cierta amabilidad; también había empleadas gordas y envejecidas que, incapaces de seducir a nadie, terminaban su carrera administrativa en los ficheros o en los archivos del sótano. En el lado sano del mundo, donde todo funcionaba más o menos mal, pero funcionaba, donde vivía la mamá achacosa al cuidado de la hermana mayor, resignada a seguir soltera, mientras la menor, casada con un tenedor de libros, daba a luz un varón cada año bisiesto y seguía esperando una nena; en este lugar dorado donde sueña tanta gente, los poderes maléficos del gitano Julián se habían desvanecido, como el alcohol, como el cariño fingido de las locas, como las alegrías falsas de alguna trashedada, cosas en las que López nunca había querido hurgar a fondo pero de las que tenía las nociones suficientes como para confiar en la firmeza de sus principios éticos, que no corrían el menor riesgo a pesar de su preferencia por las películas aptas sólo para personas mayores de sólido criterio, y alguna que otra aventura dominical con empleaditas de tienda apalabradas en el ómnibus.

Por eso, el día que volvió a verlo con una valijita manchada de pinturas y una carpeta bajo el brazo cruzando la Plaza de Cagancha, se le antojó tan distante como si fuera apenas un fantasma de aquel que había muerto de sed en el desierto por haber confundido los puntos cardinales. Pero no; era el mismo en persona, aunque ahora con la ropa desprolija, los zapatos de color indefinido y una calvicie prematura, moviéndose lentamente, a riesgo de caer fulminado por la insolación. A mediodía el sol en Laredo es implacable y las calles están desiertas, lo que permitirá que el *muchacho* renuncie por un momento a sus principios, alentado por la ausencia de testigos. Olvidando los ronquidos sentenciosos del padre moribundo desenfundará el revólver del tambor sin fin y antes de que el villano tenga tiempo de reaccionar, vaciará sobre él la carga completa. No, así no. Mejor será liquidarlo de un tiro certero en medio del pecho, y cuando los rostros soñolientos y abotagados se asomen a curiosar, cuando el tabernero empuje con su vientre hinchado de cerveza las ridículas puertitas de vaivén diseñadas a propósito para evacuar rápidamente los cadáveres, y se acerque para comprobar si el finado es un deudor o un forastero, la silueta del vengador se

pérdida a lo lejos, deformada por las reverberaciones de la calle recalentada de Laredo. Acaso proceda de una manera más civilizada. Llama al villano por su nombre y le dice directamente que se prepare, que rece lo que sepa rezar. "No quisiera estar en tus zapatos", le grita (¿él al otro o el otro a él?). Craso error, esa frase no es propia de los westerns sino de los filmes de Al Capone y de los tiempos de la ley seca. El otro conserva la calma. Lo saluda como si hubiesen desayunado juntos, con un simple ¡Hola! Deposita en el suelo su maleta y se agacha sin dejar de mirarlo fijamente; la abre al tiempo que le grita: "¡Tengo una sorpresa para ti, vaquero!". Ni bien acaba de decirlo, el *muchacho*, que presume que dentro de la maleta hay un Colt amartillado, ejecuta al malvado de un tiro certero. ¿Qué guardaba el villano en la maleta? Sin inmutarse, el muchacho llamado Jimmy o tal vez Harry o acaso Joe (le gusta Joe) se acerca cauteloso, retira con la punta de la bota la mano crispada del interior de la maleta volcada y comprueba (sigue sin inmutarse) que no era un Colt, sino una Biblia (más: media docena de Biblias) lo que el *malo* le reservaba como sorpresa. Los años no habían transcurrido en vano. Perdido en el desierto, se había convertido en bueno, había encontrado a Dios y predicaba la Palabra. Ahora el malo es él, Jimmy, Harry o Joe, y se aleja confuso, pero sin arrepentimiento, porque en el fondo es un duro o trata de serlo; se aleja por esas calles de Laredo, desaparece entre las reverberaciones y las letras lechosas de The End.

López cambia el sentido de sus pasos para encontrarse como por casualidad con Julián que, a su vez, parece vacilar, como si tratara de evitarlo. Pero no es seguro que el otro, siempre de perfil, lo haya visto. Está indeciso. ¿Entrará o no al Sorocabana? López apresura el paso y antes de que el otro lo descubra, se agache, abra la maleta y grite: "¡Tengo una sorpresa para ti, vaquero!...", lo toma de un brazo y le dice con la mayor cordialidad:

- ¡Hola, viejo! ¿Ya no me conocés? ¿No te acordás de Lopecito?
- ¡Hace tanto tiempo! Para ser sincero, jamás te hubiera reconocido. Tenés barriguita y parecés feliz.
- Bueno, no me va del todo mal.
- Me alegro. Lo que es a mí, me va casi del todo mal o del todo casi mal, ¿qué es lo correcto?
- Si puedo ayudarte... Para algo estamos los amigos.
- No jodas, López. Los cumplidos están de más. Vos nunca fuiste un amigo.
- Si todavía estás resentido por la trompada traicionera que te di, allá en El Bajo, lo siento. Cosas de chiquilines. Después no te volví a ver, aunque te anduve buscando.
- ¿Qué trompada? ¿De qué trompada me hablás? A mí nunca me

pusieron las manos encima. Si lo hubieras hecho, seguro que no estarías aquí. No sueñes, López.

No le daba siquiera la oportunidad de disculparse. Y hasta dudó de que las cosas hubieran ocurrido así como las recordaba. Acaso hubiese sido Julián el que lo golpeó a él. No, estaba seguro de que no. Pero sin duda esta era la manera más eficaz que había encontrado el otro para devolverle la trompada.

Julián esbozó una sonrisa triste:

—¿Y a qué te dedicás, hombre malo?

—Me especializo en licitaciones públicas en una compañía distribuidora de artículos para oficina...

—¿Todos esos títulos tenés?

—por lo que tengo relaciones en todos los ministerios y a veces les doy una mano a los amigos cuando algún expediente se atasca.

—¿Y cobrás extra por las gauchadas?

—¡Por supuesto que no! Si coimeás una vez quedás marcado para siempre. Pero voy conociendo los vericuetos del laberinto burocrático, activo los expedientes de la empresa y acumulo méritos. De las coimas se ocupan otros.

—Quiere decir que te estás labrando un futuro, y cuando te jubiles a lo mejor te regalan una medallita, además del pergamino, por haber contribuido al funcionamiento de la máquina infernal. Pero no te deslomes, Lopicito, porque si te morís, funciona lo mismo.

—¿Y vos a qué te dedicás?

—Pinto. Letras, carteles, furgones de reparto, murales de boliche. Lo que venga. Arte popular y barato.

—Algo de eso me habían dicho.

—Es raro; porque todavía no soy famoso, aunque ahora a cualquier caracagada le hacen un reportaje y lo convierten en figura. No ha de faltar el que descubra en Julián al ignorado pintor naif. No pierdo las esperanzas de aparecer en un suplemento dominguero y que mis cartones figuren en la colección privada de un magnate. Por el momento no gano mucho, mi situación es insegura, no tengo familia ni influencias; pero sí tengo la ilusión de ser libre, ¿entendés?, absolutamente libre. Lo cual no significa que sea enteramente feliz. Todavía me sobra una costilla. Las mujeres no me duran más de un mes. Me maldicen, se aburren de mí, y me fatiga mucho volver a empezar siempre con los mismos versos. Los mismos, otros no sirven. Y de entrada presiento que una vez más la relación se irá al bombo.

López no entendió lo de la costilla, porque en ese momento la orquestita del Café Ateneo empezaba a templar los instrumentos. Al minuto la emprendieron con el vals "Desde el alma" interpretado por

una cantante morena entrada en carnes, con el pelo oxigenado, y un clavel en el escote.

— Mirá esos brazos — dijo Julián, — son espléndidos. Los de una maestra en el arte de amar. Tenelo en cuenta, antes que nada fijate en los brazos. Vos, ¿qué método usás? Siempre fuiste un poco tímido.

— A decir verdad, no uso ninguno. Si se da, se da; si no se da, no se da. No pierdo demasiado tiempo, ni soy muy exigente. Cuando ya no aguanto más las alquilo.

— Sos un inmoral, y algún día te casarás con una noviecita buena, muy de su casa, que sepa coser, que sepa bordar, y que no sepa nada de lo que vos quisieras que supiera, y vivirás amargado el resto de tu vida.

López no respondió. Hizo como que escuchaba a la morocha que agitaba exageradamente las manos regordetas, pero en verdad estaba pendiente de Julián, que cada vez que se movía, buscando acomodo en la silla de Viena, despedía un olor a vegetales marchitos, a zapato mojado, a vino malo. Allí estaba otra vez, después de tantísimos años, sin dinero ni patria, en Montevideo a las cuatro y media de la tarde, como pudiera estar en Estambul o en Recife, o en cualquier puerto donde se le hubiera pegado ese olor. Y volvió a sentir la curiosidad infantil por el gitano. Tendría diez años cuando se acercó por primera vez a un campamento, con el corazón apretado por el miedo. Muchas veces los había observado de lejos, y una tarde se animó a acercarse a unos niños que lo miraban con sus ojos enormes, oscuros y profundos (como los de Julián), mientras mascullaban una jerga incomprensible. A veces le hacían preguntas en español, preguntas tontas que él siempre supo contestar. Días después intercambió con ellos figuritas de los chokolatines, sin decir nada en casa, porque en ella aseguraban que los gitanos eran ladrones, contrabandistas y hasta raptaban niños para venderlos en países lejanos. Cuando la madre se enteró de que había estado jugando al fútbol con los gitanos, puso el grito en el cielo y a él en penitencia todo un fin de semana. En el altillo de la casa, aunque agobiado por el bochorno de enero, se sintió el más feliz del mundo porque por primera vez había jugado con una pelota de verdad — el balón, el esférico, como la llamaban los que transmitían los partidos por radio, o la guinda, como solían decir los muchachos del barrio —; una pelota como las que los *cracks* pateaban en las canchas, y además nueva, tan nueva que daba gusto cabecearla y sentirle ese olor a cuero recién estrenado. Tal vez fuera robada, pero eso no importaba. Cuando *shotó el esférico*, que se elevó para quedarse unos instantes quietecito allá arriba, se apoderó de él una emoción desconocida, un cosquilleo en el pecho, como si el corazón se le volviera espuma. Y esa misma tarde un gitano le cambió tres figuritas difíciles por cuatro bochones de ágata que él ocultó

después entre juguetes viejos, porque si sus hermanas los descubrían no dejarían de maliciar hechizos de gitanos y los harían desaparecer. Y hasta deseó que los gitanos lo secuestraran, se lo llevaran envuelto en las lonas de las carpas, que olían a tocino rancio y a tabaco. Pero los gitanos adultos parecían estar demasiado ocupados en sus asuntos. No hacían caso de él; como si no existiera. Nada impedía que se acercara a las carpas y husmeara en sus interiores, y hasta hubiera podido —de no haber sido tan educadito y tímido— abrir los baúles y revolver en ellos.

Lo que más había prendido en su memoria eran las pinturas que decoraban los carros y los automóviles de los gitanos: paisajes pintados con minucia y derroche de colores sobre tablas y chapas, o arabescos y guirnaldas a lo largo de los listones. No quedaba espacio por donde no hubiera pasado el pincel. Una tarde le preguntó a un gitanito quién era el autor de aquellos paisajes que a él le parecían maravillas. Le contestó que no sabía, que nunca se lo habían dicho y jamás había visto a nadie que lo hiciera y que seguramente estaban pintados desde siempre.

Cuando se cansaba de jugar a la pelota, Atilio se acercaba a los coches, se sentaba en el pasto y pasaba largo rato observando detenidamente las pinturas. Sobre las portezuelas de los Chevrolets se veían paisajes con campos muy verdes y cielos muy azules con estrellas y cometas. Supuso que los gitanos recordaban con nostalgia algunos paisajes de la Tierra y los hacían pintar para que viajaran con ellos. Cuando Julián abrió la carpeta para mostrarle las acuarelas, López reconoció el estilo.

— ¿Quién te enseñó a pintar?

— Aprendí solo.

— En el liceo lo hacías muy bien. Eras el mejor.

— No era difícil ser el mejor.

— Ironías aparte, dibujar es un don.

— Estás equivocado; no es un don, es una joda. Un don es saber vender.

— Bien, si no es un don, alguien te enseñó.

— Tu curiosidad me sorprende. En otros tiempos no te interesaba tanto mi persona. Al menos no hacías preguntas.

— Es que era un poco tímido; todavía lo soy, en cierto modo, pero el tiempo...

— ...le enseña a uno a adaptarse a lo que venga. ¡Un vendedor tímido!, ¿dónde se ha visto? Hay que ser agresivo. Antes, agresivos eran los patoteros y la hinchada de los clubes de la "B". Ahora, elogiás a un tipo si le decís que es *agresivo*, sobre todo si se trata de un ejecutivo o un vendedor. Se quedan encantados. El capitalismo siempre fue agresivo, pero hace poco que los bacanes incorporaron el término a su cartilla. ¿No

es así, vendedor de ilusiones?

— En realidad, el agresivo sos vos, y no será porque te hayas vuelto capitalista. Aunque en aquellos tiempos eras el más burguesito de la clase. Vestías bien y tenías dinero. Eras bastante insolente, a decir verdad.

— Reconozco que estoy de mal humor. Me encontraste en un mal día. Aunque ayer o la semana pasada hubiera sido igual. Sólo tengo malos días.

— Lo siento, Julián. Si querés nos vamos y nos encontramos en otro momento, o no nos encontramos más.

— No, Lopicito, no. Si no te importa tener que aguantarme un rato... Vos no tenés la culpa. Soy yo el que anda con la mursimónica. Comprendeme; es que hace mucho tiempo que no hablo con alguien así, como hablamos ahora. Siempre te tuve una gran estima y hubiese querido que fuésemos camaradas, pero vos sentías miedo o repulsión.

— Supongo que era miedo.

— ¿Me tenías miedo entonces?

— A vos no, me parece. Era otra cosa.

— No querías dejar de ser niño. Eso es; no querías dejar los juguetes ni alejarte de tu mamá, ni de tus hermanitas que te protegían y mimaban.

— No lo niego.

— Y también jugaste a las muñecas con ellas y dejaste que te difrazaran y te pintaran la cara.

— Exacto, y cuando el viejo se enteró, me dio tremenda paliza y no me habló por una semana. Eso fue mucho antes de conocerte a vos.

— Mirá, López, no es mi intención hacer el inventario de tus recuerdos, pero, ¿te das cuenta de que en aquellos tiempos no hablábamos de estas cosas, y que si hubiéramos hablado habría sido distinto?

— Ningún muchacho confiesa que ha jugado a las muñecas con las hermanas.

— Pero yo te hubiera preguntado acerca de lo que me interesaba saber, por ejemplo: sobre qué conversaban durante las sobremesas, qué hacían los domingos, los días de lluvia, qué pasaba en tu casa cuando suponían que no pasaba nada, quiénes los visitaban, y también de las peleas. Para vos, yo era un misterio; para mí, el misterio era la gente normal. ¿Entendés? Y lo sigue siendo; aún me desvivo por averiguar cómo vive la gente normal. Por aquel entonces yo acariciaba un deseo enorme y estaba convencido de que vos lo captarías y no vacilarías en satisfacerlo. Estuve a punto de gritártelo. Estoy seguro de que vos te dieste cuenta, pero te hiciste el otario. Lo que más deseaba era que me invitaras a tu casa, pero no para entrar un ratito bajo cualquier pre-



texto, sino formalmente, que me invitaras a almorzar un domingo. Imaginaba que les hablabas de mí; soñaba con que tu mamá se apiadaba del muchachito bien vestido y solitario que no tenía familia, y ella te pedía que me llevaras un día, aunque más no fuera para tomar la merienda o el desayuno, porque era mejor que estuviéramos en casa y no vagando por ahí, donde sin duda se nos pegarían las malas costumbres que se aprenden en la calle. Y trataba de representarme ese día, un domingo de sol. Yo caía a las once y media, a la hora en que empiezan a hervir los tucos. Charlábamos un poco en el zaguán para que tu mamá tuviera tiempo de sacarse el delantal y de acomodarse el pelo, porque, es un suponer, las mujeres tienen que ser coquetas (o no son mujeres, sino carne a la deriva) aun tratándose de los casi hombrecitos como éramos vos y yo —sobre todo yo— en aquellos años. De haber podido entrar en tu casa, me hubieran divertido muchísimo tus temores; porque los tendrías, no cabe duda; pensarías: este loco se descuelga en cualquier instante con un disparate, afecta buenos modales para escandalizar a todos con una guasada en el momento más inoportuno. Pero te juro que no lo hubiera hecho. Cuando tus hermanitas volvieran de misa, con el librito, el rosario y la mantilla en sus manos enguantadas, yo las saludaría como un caballero, sin mirarlas a los ojos. Siempre fui delicado con las mujeres, aun con las putas. Les habría caído simpático a todas y me hubieran dicho: vení cuando quieras. Y también nos hubieran ofrecido la habitación más tranquila de la casa para preparar nuestras lecciones. Y hubiéramos estudiado y quién sabe dónde estaríamos ahora. Pero vos nunca te animaste a decirme: vení a mi casa. Ni siquiera me invitaste a sentarnos en el umbral. No pongas esa cara. ¡Vamos! No es un reproche, después de todo. Más bien es una lamentación. ¿Por qué tenías que comprender lo que me pasaba? A lo mejor no pasaba. Me pasa ahora. Me imagino que quise entrar a tu casa como un muchachito formal, y tal vez lo que deseaba era tener la ocasión de agradar a tu mamá para seducir a tus hermanitas. Pero ahora, que tu mamá tiene sus años y tus hermanas no deben de estar para pensar en el amor ni atraer a nadie (no te ofendas, pero, a decir verdad y para tranquilidad del hogar nunca fueron muy atractivas), ahora, me gustaría que me invitaras a tu casa, que me sentaras a tu mesa, que tu mamá me sirviera un plato de sopa y tus hermanas escucharan con ansiedad historias que pasan en el mundo, más allá del límite de su parroquia. No lo digo con ánimo de ofenderte, López, aunque reconozco que vaya en esto un poco de resentimiento, porque yo nunca tuve una familia así, como casi todos tienen. ¡Pero qué me vas a invitar! ¡Con esta pinta!

López empezó a sentirse incómodo. Otra vez el antiguo miedo le revolvió el estómago. Por desgracia, el villano no había muerto en el

desierto. Alguien acertó a pasar en el momento en que abrió los ojos para despedirse del sol y del cuervo que esa tarde le hundiría el pico en la carne buscándole las vísceras. Una sábana de frescor se extendió sobre él brindándole algún alivio, él creyó que era la muerte, pero se equivocó, era la sombra de una mula llevada del cabestro por un hombre con aspecto de fugitivo que montaba un alazán, sin duda robado. El fugitivo la dio agua y lo ayudó a echarse de bruces sobre la mula. A media noche, cuando pudo hablar, le pidió que lo llevara a Laredo.

El villano le había dado caza y lo tenía acorralado. Harry o Joe o Jimmy temía no tanto por su vida como por su honor. Supongamos que el villano entre en la casa sin esperar a que lo inviten a pasar. Abre la cancel de un puntapié, le da una palmadita en las nalgas a la hermana menor y sonríe con desparpajo a la mamá que no sabe qué hacer. Y como no sabe qué hacer, se desmaya. La señorita pretende salir en procura de ayuda, pero el villano la toma de un brazo con violencia y la arroja sobre la alfombra, junto a la mamá desvanecida. A esto sigue el llanto histérico de la infeliz y la inevitable cachetada. La mamá reacciona lentamente sin ayuda de sales o gotas de coramina. Ambas se sientan aterrorizadas en el canapé cubierto con la funda de polietileno que solo se quita cuando vienen visitas importantes, un par de veces en el año. El villano bloquea la puerta sentado en el piso, fumando sin cesar (sobre el parquet encerado, se multiplican las marcas de las colillas que se consumen lentamente) y dirigiendo de vez en cuando rápidas miradas a la puerta de calle a través de la cortina de macramé.

—¿A qué hora llega Lopecito?

—¿Quién?

—Lopecito. Bueno, Atilio, el tarado de tu hermano.

—Ya tendría que estar acá.

—Se habrá demorado —agrega la madre que pretende despertar algún sentimiento noble en el corazón del villano. —¿Qué quiere de él? No le haga daño por favor, señor, no le haga daño. El es bueno, es quien mantiene nuestra casa. Máteme a mí, si quiere, pero a mis hijos... (llanto ahogado. Nuevo desmayo, tal vez simulado).

—No vine a matar, ni a robar, ni a violar. En ese caso ya hubiera empezado. Vengo de visita. (La señora se recupera).

—¿De visita, con semejantes modales?

—¿Y adonde nadie lo invita? —se anima a intervenir la muchacha.

—Esos son asuntos míos y de Lopecito, que después de todo no es tan ejemplar como lo pintan. Tengo que saldar una vieja cuenta con él. Por su culpa soy lo que soy. Le di la oportunidad de recuperar a un amigo, pero él nunca tuvo huevos como para asumir la responsabilidad. Atilio es un falluto; me buscaba para que le mostrara postales obscenas,

pero cuando necesité de él me volvió la espalda. Pero no teman, no le voy a hacer nada. A lo sumo, le escupiré la cara.

Pero Julián ya no era el de antes. No se lo podía confundir tan fácilmente con el hombre malo de las películas. Se le habían gastado la insolencia y el coraje y por eso no se atrevería a irrumpir en la santa paz de un hogar, de modo que Atilio tampoco tendría la oportunidad de lucirse ante la mamá y la hermana menor, con una trompada como aquella que dejó al gitano sin sentido ante la puerta de la Pola. Al menos se les ahorrraba el susto por el estallido de los vidrios de la cancel y no tendrían que sufrir el ver las immaculadas cortinas de macramé salpicadas de sangre.

Recuperado de sus temores y casi seguro de que podría librarse del mendicante con un pase maestro, y de una vez para siempre, Atilio fingió interesarse por lo que interpretaba la orquesta: un tango deslucido que le exigía al del bandoneón esfuerzos ingentes para rescatar algo.

— No me digas que te gusta semejante ramplonería.

— No me gusta, pero me trae recuerdos — mintió López.

— A mí me gustan unos pocos: los que no me traen ningún recuerdo. Y la lista se reduce cada vez más. Hasta que no quede ninguno.

— No pensarás permanecer aquí hasta que toquen uno de los que te gustan.

— Por supuesto que no. Tendría que borrarlo necesariamente de la lista, porque me traería a la memoria la tarde en que nos encontramos con Atilio López, y los años del liceo, y los cigarrillos fumados a escondidas, y los proyectos de viaje que hacíamos mientras pescábamos en el muelle... Vos querías irte a Europa y yo al Asia. Y seguimos en Montevideo. Una verdadera joda. Si nos hubiésemos encontrado en otro país, si el azar nos hubiera reunido en una taberna de Amberes o de Cartagena, es un decir, la alegría hubiese sido grande, hermano, y el pasado, algo luminoso y grato. Pero tenemos la desgracia de encontrarnos otra vez en Montevideo.

— ¿Vos no viajaste, no saliste nunca del mapita?

— Sí, salí, pero no llegué a ninguna parte.

— Y eso, ¿cómo se entiende?

— No trates de entender, es mejor.

— Bueno contá. Por lo menos viajaste, viste mundo.

— Pero si el mundo no te ve a vos, es como si te quedaras en casa.

— Te escucho, Julián, no te hagas rogar.

Mientras el otro contaba, la mirada fría de López recorría los rostros de aquella gente que disponía de tiempo para perderlo en oír a la orquestita; él, en cambio, trataba de memorizar las anotaciones de su

agenda y sufría al pensar que al otro día debería duplicar las visitas a las oficinas, y lamentaría la pérdida de una venta por culpa de Julián. De vez en cuando retomaba el hilo de una historia amarga que lo llevaba al Brasil, al Paraguay, al norte argentino y lo traía de nuevo al país para recorrer los pueblos del interior y bajar a Montevideo. En paredes de boliches y de fondas, y ocasionalmente en algún club social y deportivo, Julián había pintado infinidad de paisajes copiados de tarjetas postales y de revistas.

— Julián, vos tenés algo de gitano. ¿No es cierto? — se atrevió a decirle.

— ¿Te parece? ¿Qué te hace pensar en eso?

— Acaso tu condición vagabunda, el andar de un lado a otro.

— ... Para volver siempre a Montevideo. Hay una diferencia, Atilio; los gitanos tienen dinero y no tienen patria.

— Entonces las diferencias son dos.

— Es lo mismo; el que tiene mucho dinero y lo cuida, lo hace crecer, por lo general no tiene patria, por aquello de que donde esté tu tesoro, estará tu corazón. Los gitanos tienen dinero y no tienen patria: una cosa o la otra. No pagan impuestos, les da lo mismo este país que aquél... Y no tienen monumentos. ¿Te das cuenta? ¡Qué feliz debe ser un pueblo sin monumentos!, sin esas cursilerías con berretines de inmortalidad. Llegás a un pueblito desgraciado; cuatro casas, un boliche, la plaza, la comisaría, la escolita y un par de monumentos, con el nombre bien visible, para que la gente no olvide de quién se trata. Las estatuas de los grandes personajes deberían estar hechas de cartón, papel, trapos, madera; cosas perecederas, más cerca de la carne. La gente encararía la cosa con entusiasmo y alegría. Se renovarían las figuras en verdaderas fiestas populares. Parate en cualquier plaza y fijate con qué indiferencia pasan todos junto a los monumentos. Terminan por ser meros puntos de referencia.

— Te vas por las ramas, Julián. Yo te pregunté si es cierto que tenés algo de gitano, y salís hablando de monumentos.

— Creo haberte contestado.

2. DEL SUBMARINO PERAL A EL DESLUMBRADO

Salieron cuando la orquestita se volvió intolerable. Atilio respiró con placer el aire húmedo de la tarde mezclado con gases de motores y aroma de garrapiñadas. Echó un vistazo al reloj como si tuviera algún asunto pendiente y extendió rápidamente su derecha a Julián para despedirse. El otro, que tenía sus manos ocupadas con la valijita y la carpeta, ignoró el ademán y le preguntó a dónde iba.

— Voy hasta El Gaucho a tomar el ómnibus.

— Confirmado: los monumentos no son más que puntos de referencia. ¿Te importaron alguna vez los gauchos? ¿Te hubieras indignado si carecieran de monumento?... Te acompaño unas cuadas.

— Bueno — se lamentó López, que tuvo la impresión de que el Gitano se le pegaba para siempre, como una sombra.

Caminaron en silencio. Julián marchaba con *la cabeza levantada y los ojos entornados*. (Actitud estudiada y soberbia. El tipo quiere impresionarte, quiere que entiendas que sos una caquita, que vivís atado a horarios y compromisos por un maldito sentido de responsabilidad. El, en cambio, es libre. No tiene una mamá que se enferma del estómago si el nene llega más tarde de lo acostumbrado, ni una hermanita que vive haciéndose la víctima. No tiene familia que lo explote. No es el hombre de la casa sobre cuyas espaldas cae el peso de todo, hasta el de los monumentos que lo ligan a un pasado glorioso que desconoce o conoce mal. Es cierto que se queja porque siempre vuelve, pero también es cierto que puede irse cuando le dé la gana. Y ahora está aquí para demostrarte que tu vida es una porquería, que vivís — si a esto se le puede llamar vivir — abrumado por obligaciones y necesidades estúpidas. Sos una caquita, Atilio "Macoco" López. Las emociones más fuertes de tu vida se las debés al cine. Y cuando compres el televisor, ni siquiera tendrás que salir de casa para embriagarte con las miradas de Edith Lamar. Y mamá se quedará feliz y tranquila por tener al nene en casa, al héroe domesticado. El Gitano se declara frustrado porque nunca entró en un hogar decente, con recuerdos de familia, con abuelos que siguen controlando la situación desde el más allá de los retratos. Nunca lo dejaste entrar, e

hiciste bien, porque de ese modo tiene de tu casa una imagen que vos le quisieras comprar. El Gitano te las gana siempre).

— Supongo, Lopecito, que a estas horas ya no tenés nada que hacer sino aguantarme a mí, al amigo (con minúscula, pero amigo al fin) perdido, y encontrado por esas cosas de la vida.

— Sí, claro, estoy muy contento, pero necesariamente tengo que...

— Vamos, no inventes excusas. Seguro que no tenés nada que hacer. No quisiera que te quedara el remordimiento de haberte negado a darle un alegrón a un amigo con minúscula, a quien probablemente no volverás a encontrar en este mundo. Porque si bien vuelvo una y otra vez a Montevideo, siempre estoy pronto para partir Dios sabe a dónde. Queda la posibilidad remota de encontrarnos en la otra vida. ¿Quién te dice que no? Lo que no puedo imaginar es qué harás vos en la otra vida. ¡No más vendedores! Eso de vender y comprar son pajarías de acá abajo. Allá no tendrás nada que hacer, Lopecito. Yo, en cambio, podré pasar la eternidad retocando el decorado. Bueno, viejo, ya que no me invitás a tu casa, dejá que yo te invite antes de despedirnos por última o por penúltima vez.

(En las películas en que yo trabajo el villano gana fatalmente. De nuevo me tiene acorralado. Creí haberlo dejado moribundo en el desierto y resulta que se me aparece a la vuelta de cualquier esquina de Laredo. Y ahora, ¿a dónde me invita?, ¿a qué me invita? A un bodegón de mala muerte y peor vino, o a la casa que regentea la Pola. La Pola debe estar viejísima. Me invita a una ceremonia secreta de gitanos con sacrificios de niños, o a algo peor que todo eso. No quiero parecer un flojo. Pero, después de todo, si no lo voy a ver más, ¿qué mierda me importa lo que el gitano piense de mí?).

— Me salgo de madre queriendo adivinar a qué me invitás.

— A algo que seguramente no entra en tus planes ni en tus hábitos.

— Inmoralidades no.

— ¿Así que lo que no entra en tus planes o en tus hábitos es inmoral? Te invito entonces a la inmoralidad de viajar en tranvía. He ahí mi intención inocente.

— Por lo general utilizo el ómnibus. Un vendedor no puede darse el lujo de perder tiempo.

— A estas horas no pretenderás venderle nada a nadie. Te recuerdo que conmigo vas muerto. Si lográs venderme algo, te levanto un monumento, Atilio López; pasarás a la inmortalidad en una plaza de barrio.

— ¿Sabés, Julián, que no soporto esa retórica al pedo que gastás a cada rato? Si hablaras con naturalidad se te agradecería.

— Pensaba decirte: Allá viene el 35, lento y pesado como un paquidermo aquejado de artrosis. Y también: El tranvía es el único vehículo

que nos deja en el pasado. Pero me callo.

— Dale, sacate el gusto. Hablar no cuesta nada.

— Y soñar es aún más barato... Lo que ocurre es que hablo poco. Mis clientes están siempre ocupados en atender las mesas o en vigilar a los mozos. A veces entablo conversación con un compañero o compañera de viaje. Pero en segunda clase los temas no son precisamente elevados. Como no cultivo el coloquio más o menos culto, como compensación se me pegan frases leídas en libros cuyos títulos o autores olvido con facilidad, y quedan a medio leer en las mesitas de los hoteluchos. Me defiendo porque no me torturo buscando la originalidad; desde que renuncié a ella, desde que pinto lagos alpinos y crepúsculos tropicales, me siento deliciosamente libre. Te confieso que si no me quedo en Montevideo, no es porque no me guste, sino porque no puedo desplazar al gran Ezquerria, cuyas obras de arte se pueden admirar en casi todos los boliches. Y hablo así, como a vos te molesta que hable, porque cultivo la pedantería y el desdén a fuerza de vivir solo. En los tiempos del liceo podía darme el lujo de ofender a los demás con mis trajes de casimir, pero la suerte cambia, Lopecito; vos lo sabés bien y por eso mismo tendrás tu libreta de ahorro y el traje azul para días especiales. Aquí me ves: ni sombra de lo que fui.

Dio media vuelta, y de un salto subió al tranvía en el momento preciso en que reanudaba la marcha. Desde la plataforma le gritó a López:

— ¡Subí, no seas marca!

López tuvo la oportunidad de deshacerse del otro, y sin embargo corrió tras la máquina que siempre te deja en el pasado; se supone que le vinieron ganas de romperle la cara a Julián, pero Atilio no sabía por qué corría. El otro dejó sus cosas en el piso para ayudarlo a subir.

Luego de arrojar el portafolios al interior, logró a duras penas saltar sobre el estribo. Mientras él jadeaba, el otro reía a carcajadas:

— ¡Como en los viejos tiempos, Lopecito! Siempre a punto de descalabrarte por hacerle caso a un loco.

Atilio hizo tal esfuerzo por reír, de modo que el otro no notara su contrariedad, que le vino un acceso de tos y los ojos le lagrimearon, y se sintió el ser más desgraciado del mundo, cuando advirtió que los escasos pasajeros del tranvía — cuatro ancianos y un niño que llevaba un paquete enorme — se volvían sin disimulo como si esperaran un desenlace funesto.

— Esa tos no me gusta nada — bromeó el guarda.

— Para mí que se nos va — añadió Julián, — y es una lástima porque es un buen muchacho.

El mandadero aconsejó:

— Péguete fuerte en la espalda, don, pero bien fuerte.

Julián le dio unas palmadas y le dijo:

— ¡Animo, muchacho! Me parece que vendiste la salud, el alma y la ilusión. No te debe de quedar nada por vender. Vamos, entremos en el confesionario.

Atilio se dejó arrastrar hasta los asientos delanteros.

— Aquí, de espaldas a la canalla, comenzamos nuestro viaje a lo desconocido, Lopecito. Vos no hables que te puede hacer mal, además se terminó por hoy tu horario de vendedor, a no ser que te plantes ante el pasaje, abras el portafolios y grites cuando te vuelva la voz: "Señores pasajeros que viajan en este vehículo, por gentileza de papelería La Rápida, estoy entregando a precio de propaganda el lápiz que escribe en todos los idiomas y la goma mágica que les borra hasta el pasado...". Fuera de toda joda, Lopecito, quiero, antes de despedirnos, satisfacer tu curiosidad. Debo reconocer que tenés olfato, porque a decir verdad, aunque sea cierto a medias, tengo sangre gitana por mi abuelito materno. Parece que los gitanos lo repudiaron. Negocios turbios, robos, alguna traición. Nunca me quisieron decir qué ocurrió. Es posible que nadie lo supiera. Se comentaba que lo habían arrojado de un carretón en marcha, y que se partió la cabeza contra una piedra. Cuando se recuperó no sabía dónde se encontraba, y como era muy joven, le costó formarse una idea aproximada del mundo. Cuando llegó a Cádiz dejó de caminar y se entregó a disfrutar de las ventajas de la posición horizontal durante un tiempo. Tengo recuerdos vagos de mi abuelo Tobías, menos uno que quedó muy grabado. Yo tendría cinco o seis años y entré en una habitación donde mi abuelo se bañaba en una tina de madera, en medio de un charco inundo. Mi abuelo exprimía una esponja sobre su cabeza cuando me vio entrar. Enseguida empezó a hacer pompas de jabón y a reír a carcajadas. Pero lo que a mí me impresionó vivamente fue aquel labio enorme en el costado izquierdo. Supongo que le pregunté algo, porque él dijo que me acercara, me tomó una mano y la pasó por la hendidura. Tengo la impresión de que era muy profunda. Aquello me tenía aterrado, y no se lo dije a nadie porque estaba seguro de que se trataba de algo malo. Pero luego me hice a la idea de que era algo propio de los viejos, y que de esa manera podían meter la mano por el agujero y masajearse el corazón cuando empezaba a flaquear, según lo que me había explicado la Pola, que ya era mayorcita cuando le pregunté por el tajo que abuelito lucía en el pecho. Ciertamente lo lucía y le gustaba que le preguntaran cómo se lo había hecho y se las había ingeniado para seguir vivo. Como a mis padres los veía rara vez —y no estoy seguro de que fueran mis padres—, todo se lo preguntaba a la Pola. Aunque también hacía mis propias indagaciones. En la playa espiaba a los viejos cuando se desvestían en las carpas o cuando, después del baño, se quitaban las

pecheras de brin, y me convencí de que mi abuelo era el único, o al menos uno de los raros, con aquella boca en el pecho.

Como niño que era, creía yo que la Pola sabía la historia completa del abuelo (suponiendo que se tratara verdaderamente de nuestro abuelo), porque en la familia quien quisiera averiguar el pasado de alguno de sus integrantes o se interesara por su propio origen, no obtenía otra respuesta que un silencio de piedra, o una explicación ambigua, o una postergación por tiempo indeterminado. Para mí la Pola era la única que debía saberlo todo. Aunque inventara, siempre satisfacía mi curiosidad, mientras las innumerables tías callaban sistemáticamente, me daban pellizcos y se quedaban muy tiesas.

La Pola sesteaba con abuelito Tobías, y, antes de dormirse, tenían largas conversaciones en la habitación cerrada y a oscuras. Parecían dos enamorados, y cuando él murió fulminado por un derrame cerebral (el único hecho que no dejó margen de duda), ella se sintió tan desolada que pienso que se hundió en la prostitución más por penitencia que por el gusto de pecar, o por necesidad. ¡Hubieras conocido a la Pola! No quisiste, peor para vos. Tendrías una idea diferente de las mujeres que la que tendrás ahora, si es que tenés alguna. La Pola es única.

— ¿Querés decir que vive y de tanto en tanto la ves?

— Vive y regentea un queco en el interior, pero hace tiempo que no la veo. La última vez fue en Montevideo.

— Ahora me pica la curiosidad por conocerla, lo confieso.

— Mejor es que vivas arrepentido por no haberlo hecho cuando te brindé la ocasión. Como podrás notar, me preocupo por la suerte de tu alma.

— No seas maldito. Soy capaz de viajar a cualquier parte con tal de conocerla, aunque solo fuera para invitarla a tomar el té.

— Ya es tarde, Lopecito. No te queda otro camino que el de la virtud. Bueno, como te iba diciendo, la Pola era el único ser de esta tierra a quien el abuelo le confiaba ciertas cosas. Sin embargo, respecto de la herida en el pecho le contó dos versiones. Podés elegir la que te plazca. Es posible que la segunda vez, la arterioesclerosis le hubiese jugado una mala pasada y no recordara lo que había contado la primera. Supongo que le importaba poco que le creyeran o no.

Cuando fui mayorcito iba a visitar a la Pola, temprano en la tarde, particularmente los días de lluvia. Entonces recibía pocos clientes, y, cuando caía alguno, me retiraba a la pieza del fondo, casi siempre desocupada, y leía revistas atrasadas hasta que el fulano se fuera. Entonces volvía a su cuarto, me acostaba vestido junto a ella y hablábamos de bueyes perdidos. A veces me contaba historias del abuelo, que había sido una especie de divinidad viviente para las mujeres de la familia. Al

abuelo se le atribuían poderes milagrosos aparte de sus habilidades acrobáticas, su versación en materia de ilusionismo y sus aptitudes de ventrílocuo, con que nos divertía en las fiestas, después de tomarse unos vinos. Se quitaba la camisa y hacía contorsiones de hombros, de modo que aquella boca gigantesca abierta en su pecho comenzaba a hablar. Era la boca de la verdad, aseguraba, capaz de pronosticar el futuro; pero también decía chistes obscenos que arrancaban carcajadas a las mujeres, que se lo perdonaban todo. Pola se los sabía de memoria. Lo cierto, o más bien, lo incierto, es que aquella herida fabulosa, según una de las versiones — creo que era la segunda —, se debía al rencor de una mujer burlada que intentó arrancarle el corazón después de haberlo dormido con brebajes. El dolor fue tan intenso que lo despertó del letargo pese a la droga, mató a la mujer y echó a andar ensangrentando sábanas hasta dar con un curandero que hizo lo que pudo. A veces, el abuelo insistía en asegurar, estimulado por el alcohol, que efectivamente el corazón le había sido arrancado y que había vivido sin él los momentos más felices de su vida.

Según la otra versión, la herida era un recuerdo de la guerra de Cuba, donde fue protagonista de uno de los hechos más controvertidos de la historia: el hundimiento del *Maine*. Con un puñado de aventureros decidieron hacer la guerra por su cuenta en vista de que los generales españoles no daban pie con bola. ¡Con un puñado de hombres!, atendé bien. Porque es sabido que las grandes hazañas de las historias oficiales exigen que sean apenas un puñado. Ahora yo me pregunto, ¿de la mano de quién? Pero no quiero irme por las ramas, que es el menor de mis defectos. En resumen, don Tobías y sus muchachos consiguieron para llevar a cabo su empresa, nada menos que el submarino Peral, que se oxidaba sin remedio después de haber simbolizado la esperanza de los españoles de ganar esa guerra y las futuras. Sueño fugaz que don Tobías se esforzó por convertir en realidad. Anduvo tras las huellas de Isaac Peral, hasta que lo encontró en Berlín, en 1895, poco antes de la muerte del ingeniero. Don Isaac, amargado por las penurias burocráticas que hicieron naufragar el submarino en un mar de expedientes, no tuvo inconveniente alguno en suministrar la información necesaria para que volviera a estar en condiciones de navegar, como en los días en que encendió el entusiasmo de las multitudes que asistieron a los ensayos de sumersión y desplazamiento frente a Cádiz. Mi abuelo quería mucho a don Isaac, y mientras los demás lo fueron olvidando o lo evocaban como un caso pintoresco, siguió sintiendo por él admiración y respeto. Tal vez fue lo único que admiró y respetó a lo largo y a lo ancho de su vida. Recuerdo una copla que solía cantar cuando lo apretaba la nostalgia:

*Justo es que al mundo alborote
un hombre tan singular,
que quiere hundirse en el mar
por sacar a España a flote.*

Lentamente, el submarino fue reacondicionado y una noche salieron en secreto rumbo al Caribe.

— Yo no entiendo mucho del asunto, pero me parece que tu abuelito se largó una guayaba. Estoy seguro de que a fines del siglo pasado no había ningún submarino que pudiera cruzar el Atlántico. El abuelo Tobías habrá leído a Julio Verne y soñó que era el capitán Nemo.

— Para todo hay una respuesta, querido Atilio. La travesía la hicieron en un barco que llevaba de remolque al submarino, en el cual viajaba una pequeña tripulación de emergencia. Mi abuelo, como autor de la iniciativa, tomó el mando de la expedición. Le costó mucho mantener en alto la moral de aquellos forajidos, sobre todo cuando se terminó el vino, pocos días antes de ingresar al Caribe, y eso que se habían provisto de una reserva como para dar la vuelta al mundo. Con rara modestia, contaba mi abuelo que la herida en el pecho no la había recibido en la guerra sino durante un amotinamiento en el buque madre que fue preciso reprimir con ferocidad ejemplar. Abreviando, te diré que, según parece, fue mi abuelo el que disparó el torpedo que hundió al *Maine*. Las cosas no resultaron como las habían planeado. Los yanquis, lejos de amedrentarse, tuvieron un pretexto para intervenir. El submarino tuvo problemas con los acumuladores y no pudo seguir operando. Mi abuelo, desorientado, se puso en marcha hacia el sur y llegó a Montevideo, allá por 1905. Le oí decir más de una vez que a Montevideo solo se podía llegar desorientado. Llegó completamente solo. De sus compañeros, los que no sucumbieron durante la expedición, murieron de paludismo y otras pestes en la construcción del canal de Panamá. Don Tobías trajo mucho dinero, aunque jamás declaró de dónde lo había sacado. Ni a la Pola se lo confesó.

— Habrá vendido el submarino.

— No. El submarino fue hundido en alta mar pocos días después de la misión.

— Entonces, mejor no averiguar.

— ¿Por qué no? Una familia como la mía necesita haber tenido grandes bandidos en su pasado para superar sus complejos de pequeños delincuentes. Un punja con un linaje de empleados cumplidores y mujeres sufridas y laboriosas, tiene todo el derecho de sentirse el más desgraciado del mundo. Los estímulos que suenan en la sangre vienen casi

siempre del pasado. Un abuelo pirata, un papá contrabandista, le permiten a uno soñar con cierta grandeza.

López, que no estaba habituado al balanceo del tranvía, ni al monótono tan-tan, tan-tan, ni al crujido monocorde de las maderas, empezó a sentir que los párpados le pesaban. Al principio luchó contra la somnolencia por razones de elemental cortesía, pero cuando se percató de que Julián hablaba con la mirada fija en un punto invariable del techo abovedado, se entregó con voluptuosidad a la grata somnolencia; repasó sin esfuerzo las ventas del día, y tal vez dormitó, porque la voz, el tan-tan y los crujidos cesaron. Dejó al abuelo perdido andá a saber en qué selva o desierto y descansó un rato al dejar de oír la interminable aventura que se iba cargando de personajes y peripecias de las que el abuelo salía siempre airoso. Lo mismo que en las largas matinées de los sábados, cuando al promediar la tercera película López se dejaba vencer por la modorra y se echaba una siestecita de la que lo arrancaba un disparo, una explosión o un alarido. Esa vez lo despertó la frenada del tranvía al llegar a destino y cuando recuperó totalmente la lucidez advirtió con sorpresa que el abuelo Tobías ya navegaba rumbo a las Malvinas.

— ¿El barco era suyo?

— Ya te dije cómo lo había adquirido. ¿O estabas en Babia? Lo que no te expliqué fue lo del nombre; mi abuelo cambió el de Santa Catalina por El Deslumbrado, sencillamente porque en algún lugar se enredó con una tal Catalina que le amargó la vida.

— A lo mejor fue la que quiso arrancarle el corazón.

— Es posible.

— Todo es posible en la historia de tu abuelito.

— El sabía que trae mala suerte eso de cambiarle el nombre a los barcos, pero no quería navegar acompañado por el de una mujer de tan tristes recuerdos. Lo de El Deslumbrado no sé de dónde le vino. Una vez me mostró una foto amarillenta de la bahía de Montevideo, con el Cerro al fondo y señaló con su índice teñido de nicotina un barco de vela que se confundía entre tantos otros. *Es éste* — aseguró —, pero yo no vi nada de particular en aquel barco que lo distinguiera de los demás fondeados en la bahía. Pero foto suya, de él solo en su barco o junto a la tripulación, no vi ninguna. La Pola tampoco. Se comprende, porque en 1905 no debía de ser fácil hacerse fotografiar a bordo. Imagínate al pobre fotógrafo cargando sus petates en un bote para llegar al barco, y luego trepar con sus cajones hasta la cubierta de El Deslumbrado para fotografiar a don Tobías, de manera que la posteridad no tuviese dudas de que había sido dueño de un velero en condiciones de navegar. El fotógrafo tendría que haber esperado un día sin viento, ¡en Montevideo!, para lograr una foto aceptable sin corrimiento de la imagen.

Ahora López se sentía como en el cine. Por lo general cuando no trabajaba ni dormía vivía así, como si estuviera en el cine. En verano, cuando bajaban con sus hermanas a la costa y se sentaban de frente al mar en la rambla de Pocitos a tomar helados, le bastaba entornar un poco los ojos para verlo todo en blanco y negro y reproducir la primera escena de Noche de Circo. A los militares los ubicaba en el extremo izquierdo de la playa. Disparaban sus cañones contra blancos imaginarios en el mar; a la trupe en el lado opuesto, en las rocas de Trouville por las cuales el payaso se alejaba a duras penas llevando en brazos a su mujer, blanda como una muñeca de trapo. López veía fácilmente la depresión que inevitablemente le producía el recuerdo de esas imágenes cada vez que se encontraba en la playa. Abría bien grandes los ojos, respiraba hondo y el paisaje volvía a lucir en esplendoroso color por technicolor, y Esther Williams emergía de las ondas con su sonrisa mecánica y aquel cuerpo descomunal.

A veces se le ocurrían *cosas* en horas de trabajo, especialmente cuando entraba en esos escritorios amplios y relucientes donde había un jefe de rostro de cera y peinado impecable que dominaba el mundo de las finanzas desde su sillón giratorio y de cuya firma dependía una venta de 200 gomas de borrar o 40 docenas de lápices, y que siempre demoraba en firmar porque mediaban asuntos que no podían esperar. López estaba seguro de que no bien se retiraba, el jefe ponía los pies sobre el escritorio, encendía un habano y le hacía guiñadas a su secretaria mientras le mentía a la esposa por teléfono.

Para López el cine no era simplemente un pasatiempo, sino una forma de ordenar el mundo, porque le ofrecía una imagen bastante coherente de la realidad a fuerza de machacar sobre los mismos recursos, mientras que más acá de la pantalla se estaba en medio del caos. Sus vecinos, allegados y amigos se parecían a algún actor, o no eran amigos, allegados y vecinos. Sus hermanas tenían el mismo aire de ingenuidad que Judy Garland y su mamá la voz de Ethel Barrymore. Los vecinos, en su mayoría, pertenecían al reparto de las películas mexicanas y argentinas. El almacenero era Pepe Arias y el colchonero de la otra cuadra Pedro Armendariz. Casualmente, la colchonería se llamaba "La Perla". María Félix, divorciada, 30 años, dos hijos, vivía a la vuelta de la esquina y era empleada del London-París. No tenía nada que ver con el propietario de La Perla, pero sí con George Raft, el mecánico.

La indiferencia de López se convirtió en entusiasmo cuando se le hizo claro que la historia del Gitano podría ser el argumento de una superproducción de la Metro. Estaba convencido de que si la suerte le hubiese reservado otro destino planetario —Hollywood, Londres o París—, hubiese podido desarrollar sus estupendos dotes de guionista y aun

de director. Se sentía capaz de elaborar un argumento a partir de cualquier cosa. Por eso, mientras Julián narraba las aventuras de su abuelo y el viaje a las Malvinas, López lo veía todo proyectado en una gran pantalla. Tuvo tema para varias semanas y después imaginó el montaje. Proyectó la película varias veces, por la noche, antes de dormirse. Alguna vez existiría un cine nacional y él no sería demasiado viejo para proponer sus ideas. Este filme se titularía "Muerte en los témpanos", o "Rumbo al sur" o "La noche de los pingüinos".

En la primera escena hay hombres que emergen de la bruma y se dirigen al muelle, donde la niebla debe ser tenue para que se insinúen las siluetas de los barcos. Uno de los secretos del buen cine está en saber qué se hace con la niebla, el humo y las nubes. (No por reiterado deja de ser eficaz el vapor abundante que echa una locomotora con jadeo asmático).

El más viejo, es decir, el abuelo de Julián, fuma una pipa de cazuela abultada que cuelga de unos labios callosos y curtidos; los otros fuman pipitas o lian cigarrillos. En medio del humo se vislumbran unos ojos llenos de malicia. Pero hay uno que no fuma jamás: el cocinero japonés de rostro impávido, que protagonizará los escasos episodios cómicos. Para vengarse de las bromas de la tripulación, les escupirá la sopa y hará cosas peores.

Está aclarando. Ahora los hombres se disponen a izar las velas para partir a las ocho en punto, cuando el viento comience a soplar del cuadrante norte y se disipe la niebla. Es insensato navegar hacia el sur en pleno invierno, pero los isleños pagarán más por el tasajo. Es necesario que zarpen ahora porque de lo contrario no sería posible narrar lo más atractivo de la aventura: las escenas sobre el iceberg.

Don Tobías ha tenido que contratar gente a último momento con los riesgos que ello supone, porque siempre se cuela algún degenerado y no quiere verse obligado otra vez a arrojarlo por la borda para que los demás escarmienten; en los primeros tiempos eso lo divertía, pero a partir del vigésimo ya no tenía gracia alguna, porque todos ponían la misma cara y decían las mismas estupideces antes de desaparecer entre las olas.

El Deslumbrado parte a las ocho en punto. Durante los primeros diez minutos los espectadores sólo verán la cubierta y el mar. Un sol pálido ilumina el velamen que tarda en desprenderse de la niebla. Las gaviotas gritan y revolotean en torno de las jarcias y de pronto descienden hasta la línea de flotación. Al salir de la bahía se cruzan con un paquebote de altas y negras chimeneas que hace sonar la sirena. Las mujeres y los niños se apiñan en los puentes y saludan a los tripulantes de El Deslumbrado, sucios y barbudos. Estos los miran con indife-

rencia, sin devolverles el saludo, salvo el cocinero japonés que se asoma por su ventanuco y, entre revoloteos de gaviotas, sacude una espumadera.

En alta mar los hombres riñen por cualquier cosa: por un poco de aguardiente, por una trampa en el juego, porque el ayudante de cocina se distrajo y el guiso está incomible. Terminan arrojándose las escudillas unos a otros.

Antes de llegar a Bahía Blanca se habían producido dos muertes. En el cuaderno de bitácora, don Tobías las registró como accidentes de trabajo. Sin duda fueron ajustes de cuentas. Compró el silencio del resto de la tripulación con una entrega suplementaria de aguardiente. Por la noche, el abuelo Tobías bajaba a deshoras a las sentinas donde se jugaba a las cartas o se organizaban carreras de ratas, a las que les rompían una pata para que no corrieran muy ligero y la competencia tuviera más emoción.

Don Tobías, seguido por el manco Rendo, encargado de llevar la linterna, se instalaba entre ellos y, si bien al principio los trataba con circunspección para hacerse respetar, luego participaba animadamente en la conversación y aportaba alguna anécdota graciosa o siniestra. Los marineros se esforzaban por aparentar que le creían todo. Durante los silencios, se abría la camisa como por descuido y exhibía aquella cicatriz inquietante. Si alguno se atrevía a preguntarle algo al respecto, se limitaba a contestar: "— Cosas de la vida". (Es imprescindible exagerar los rasgos de don Tobías).

Secuencia sobre la cubierta. En medio de la borrasca, dos hombres con capotes de hule. El viento silba en los aparejos. Relámpagos.

Marinero 1º: ¿Por qué tenemos tanto miedo?

Marinero 2º: Juega con nuestras vidas como nosotros con las ratas.

Marinero 1º: Ha llegado la hora de hacer algo.

Marinero 2º: Sí, y tenemos que empezar por liquidar al manco.

Marinero 1º: De acuerdo. Es su mano derecha.

Marinero 2º: ¿Iremos realmente a las Malvinas?

Marinero 1º: El cocinero japonés le confió al Pecosito que lo que busca don Tobías es un tesoro; pero mucho más al sur, en Tierra del Fuego.

Marinero 2º: Está loco. Es imposible llegar tan lejos con este barco.

Marinero 1º: Hay que actuar cuanto antes.

Marinero 2º: ¿Cómo consiguió el Pecosito que el japonés le confiara el secreto? ¿Y cómo es posible que el japonés esté enterado de los planes de Tobías?

Marinero 1º: El japonés no bebe, pero una noche se despertó achuchado y el Pecosó lo convenció de que le harían bien unos tragos. Con dos le alcanzó para empedarse. Y le dio por hablar. El Pecosó lo llevó aparte para que nadie oyera, aunque al parecer, abajo todos dormían.

Marinero 2º: Sigo sin explicarme cómo puede saber el japonés qué planes tiene Tobías.

Marinero 1º: El japonés y Tobías se conocieron en la guerra de Cuba. (Acaso el japonés era cocinero del barco que abastecía al submarino. Se desconoce cómo llegó a Montevideo y por qué).

Marinero 2º: Debe de ser dueño del secreto y se lo vendió a Tobías.

Marinero 1º: Hay que proceder sin demora alguna.

Marinero 2º: Sí. Pero para seguir adelante y dar con el tesoro necesitamos al japonés.

Marinero 1º: Más de la mitad de la tripulación estará con nosotros.

Marinero 2º: Pero hay que moverse con cautela.

Marinero 1º: En primer lugar, liquidar al manco; sin él, Tobías se verá perdido.

Marinero 2º: Es su mano derecha.

Marinero 1º: A Tobías lo mantendremos cautivo hasta que le hagamos confesar todo lo que sabe. No confíes en sacarle mucho al japonés. Nos tiene bronca por las bromas que le hacemos.

El cocinero vive sumido en una soledad sospechosa. No tiene vicios evidentes y sobrelleva la situación con infinita paciencia; las bromas de la tripulación jamás son lo suficientemente crueles como para que se altere su máscara. Una vez que entre cinco ebrios lo ataron simulando que lo iban a castrar, se mantuvo impasible cada vez que sintió el filo del cuchillo sobre la piel.

Lo de la búsqueda del tesoro perdido puede resultar demasiado convencional. Será mejor modificar el diálogo de los marineros y tratar con libertad la historia relatada por Julián, que sin duda introdujo cambios en la que narró el abuelo, que a su vez era un gran mentiroso.

Marinero 1º: ¿Por qué le tenemos tanto miedo?

Marinero 2º: Juega con nuestras vidas como nosotros con las ratas.

Marinero 1º: Ha llegado la hora de hacer algo.

Marinero 2º: Sí, y tenemos que empezar por liquidar al manco.

Marinero 1º: De acuerdo.

Marinero 2º: ¿Iremos realmente rumbo a las Malvinas?

Marinero 1º: Tengo mis dudas. Con este tiempo y navegando a vela será imposible llegar.

Marinero 2°: ¿Qué se traerá ese tío?

Marinero 1°: El Pecosó le sonsacó al japonés, completamente bo-racho, que don Tobías tiene la intención de hundir el barco, simular un naufragio y cobrar el seguro por el barco y la carga.

Marinero 2°: Nunca confié en el japonés. Un día de estos nos enve-
nena la comida.

Marinero 1°: No es japonés, es malayo.

Marinero 2°: Gente temible.

(Ojo de buey entornado en primer plano. Un relámpago ilumina por un instante el cristal mojado detrás del cual se vislumbra, deformada por los hilos de agua, la sonrisa alevosa del asiático).

Marinero 1°: ¿Y le valdrá la pena correr semejante riesgo?

Marinero 2°: El tasajo está echándose a perder. Lo compró en mal estado por vintenes. Hiede mucho y ya empezó a agusanarse. Las ratas proliferan. Eso a él no le preocupa; al contrario, nos tienen atareados, cazándolas o jugando con ellas.

Marinero 1°: Hay que ganar la partida. Avisemos a los otros.

Marinero 2°: Sospecho que ya es demasiado tarde. La gente está desmoralizada y vive borracha. En el mejor de los casos, si el viento amaina debemos apoderarnos del chinchorro y ganar la costa. Mañana estaremos a diez millas de Necochea.

Marinero 1°: Imposible. Estamos atrapados. Le hemos vendido el alma y el cuerpo. Tobías es nuestro dueño. Puede hacer con nosotros lo que le plazca. Somos gente sin familia y sin destino.

Marinero 2°: Hay que intentarlo de todos modos. No perdemos nada.

Una sombra gigantesca se desliza sobre la cubierta barrida por las olas. Marinero 1° y marinero 2° son acuchillados, o desmayados a culatazos y arrojados al mar, o llevados a punta de revólver ante la presencia de don Tobías que luego de escuchar a los acusadores y de permitir que los marineros hagan sus descargos, se abre lentamente la camisa y deja que la boca de la verdad dicte la sentencia.

Una tarde, el viento cesó de repente y estuvieron cuatro o cinco días sin poder avanzar. Al segundo nadie era capaz de soportar el griterío de las gaviotas que sobrevolaban el barco de sol a sol, se posaban en la arboladura y cagaban las velas flácidas y la cubierta. Los hombres estaban siempre de mal humor pues tenían que fregar sin cesar. Las gaviotas vinieron porque, debido a la calma chicha, la tripulación, encabezada por don Tobías y el manco Rendo que debían dar el ejemplo, se dio a la tarea de limpiar el barco de ratas, que eran aplastadas por las barretas de hierro o cercenadas por el sable que el manco blandía con

asombrosa pericia. Las metían en bolsas y las arrojaban luego por la borda. Las moribundas se mantenían un rato a flote y los hombres apostaban a cuál de ellas resistiría más. Las gaviotas vinieron al cebadero. Dos o tres al principio, centenares después, ofrecieron al manco Rendo nueva ocasión de exhibir su destreza con el sable. A horcajadas sobre el palo de la mesana, sosteniéndose de las gavias con el brazo manco, aguardaba, sable en alto, que se acercaran. A algunas les cortaba un ala, a las menos las despanzuraba. Alrededor del barco crecía una mancha pestilente, como si hubiera varado en medio de un pantano. Don Tobías desesperaba porque la grito de las gaviotas no lo dejaba dormir la siesta. De vez en cuando se asomaba empuñando la escopeta y comenzaba a disparar, primero contra las que estaban quietecitas sobre el agua; después las cazaba al vuelo, apuntando siempre hacia el mar para no dañar velas y aparejos.

Caían decenas, pero quedaban cientos que se alejaban un poco para volver con mayor alboroto. Algunas gaviotas heridas intentaban posarse en los palos pero no tardaban en caer sobre la cubierta, dejando regueros de sangre sobre las velas desplegadas. Desesperaba Don Tobías. No podían resistir más anclados en aquel charco de podredumbre. Para contentar a sus hombres, aumentaba la ración de comida y prodigaba la bebida, que los alteraba, al principio, pero después los mantenía idiotas por muchas horas. Cuando se secan los barriles tendría que vérselas con los forajidos, pero eso no lo inquietaba demasiado porque contaba con la crueldad sin límites del manco Rendo. Los primeros síntomas de rebeldía empezaban a manifestarse. La tripulación se negaba a realizar la tarea vana de cepillar la cubierta, que en seguida volvía a cubrirse de sangre, plumas y excrementos. Durante el día reinaba la abulia, y por la noche se generalizaban las peleas. El único que parecía contento y despreocupado era el cocinero japonés, no porque se alegrara de las desgracias ajenas, que a él jamás lo alcanzaban, sino porque sabía que de un momento a otro llegaría aquello que tanto aguardaba. Desde su ventanuco, observaba de a ratos el mar, a la espera de un movimiento revelador que le indicara que ya estaban allí. Mientras tanto, en la olla renegrida hervían algunos zapallitos y las naranjas agrias que todos despreciaban.

Si alguno le preguntaba al japonés qué bodrio estaba cocinando, él respondía que el manjar lo prepararía después, esa misma noche, o al día siguiente.

— ¿Y qué pensás hacer con esa porquería?

— Es una trampa para cazar tiburones.

Quienes no habían navegado antes no se atrevían a tomar semejante respuesta para la broma, pues creían que el japonés estaba

loco; y todos, menos don Tobías y el manco Rendo, abrigaban el temor de que al cocinero se le ocurriera envenenarlos.

El fantasma de la locura comenzaba a pasearse por el barco.

Marinero 3°: (arroja al mar una botella vacía y sin mensaje que brilla, llena de sol, entre despojos de ratas y gaviotas). Todos locos, ¿te das cuenta? Si esto continúa, será el caos, la aberración, el crimen.

Marinero 4°: Nos hubiéramos quedado en Montevideo.

Marinero 3°: Allá te enloquecés de a poco, de modo que nadie, ni tus parientes, se dan cuenta.

Marinero 4°: Y aquí te pasa de la noche a la mañana.

Marinero 3°: Exacto. Lo peor son estos restos de cordura que angustian.

Marinero 4°: Sería preferible suicidarse.

Marinero 3°: Antes, pasarse horas pensando cómo hacerlo; es la única manera de sobrellevar el tedio.

(Atilio López rompe las hojas con el proyecto de guión y las escribe de nuevo).

Un marinero arroja al mar la botella vacía. Se queda callado al igual que los tres compañeros con quienes la ha compartido. Largo silencio. Después, un grito. Otro grito. Una gritería.

El cocinero japonés se asoma por el ventanuco y se le ilumina el rostro. Al menos por un día se disipará la depresión colectiva. Todos se divierten cazando tiburones según el método oriental. Basta con arrojar los zapallitos y las naranjas hirvientes al agua, que inmediatamente enfría la corteza. Sólo la corteza. Los tiburones los tragan junto con los despojos y pronto comienzan a sentir la quemazón, y saltan en desesperadas acrobacias, se golpean contra el casco, y se dan dentelladas los unos a los otros. La nueva sangre derramada acrecienta la voracidad de los escualos recién llegados al banquete trágico. El mar se agita alrededor del barco, las gaviotas vuelan enloquecidas, los hombres ríen a carcajadas; el japonés les promete un manjar de dioses. Elige dos o tres tiburones agonizantes y pide a sus compañeros que los suban a la cubierta para cortarles las aletas que esa misma noche cenarán, aderezadas con ajo, pimentón y cebolla.

—La vida del marino es dura —afirmaba Tobías mientras se limpiaba los dientes con la punta del cuchillo—, es dura pero tiene sus compensaciones. El mar es generoso.

El viento volvió a soplar desde la Pampa empujando nubes bajas que de tanto en tanto descargaban aguaceros, y El Deslumbrado, navegando de bolina, retomó la ruta. Los hombres, entonados por la co-

milona de la víspera, disfrutaban de otra jornada de armonía perentoria, felices por haber dejado atrás la mancha de podredumbre a la que se habían sumado los restos de tiburones abiertos a dentelladas o a cuchillo.

Nunca se supo si don Tobías llegó realmente a Puerto Stanley con su cargamento. Es probable que, cuando se acabó el vino y empezó a escasear el aguardiente, haya dirigido proa hacia la costa rocosa, fijado el timón y abandonado el barco con el manco y el japonés, mientras el resto de la tripulación dormía la mona. Pero lo que el viejo declaró y consta en los libros de la prefectura, es que un iceberg que derivaba hacia el norte empujado por los vientos polares puso fin a los viajes de El Deslumbrado. Si antes del desastre estuvieron en Port Stanley es de imaginar que los kelpers los recibieron con su tradicional descortesía. Ninguno de los tripulantes hablaba inglés; el japonés lo entendía, pero se negaba a expresarse en la lengua del comodoro Perry. Es probable que funcionarios alcohólicos y tramposos hayan puesto toda clase de trabas a los trámites aduaneros y dudado de la autenticidad de los permisos de navegación, la lista de tripulantes y hasta de la matrícula del barco.

Si llegaron a Port Stanley, habrán extrañado las diversiones en alta mar, las carreras y la caza de ratas, la masacre de gaviotas y la captura de tiburones por el método del japonés; porque aparte de la única taberna, abandonada por sus parroquianos mientras la ralea de El Deslumbrado permaneciera en la isla, no había ocasión de darle gusto al cuerpo, a no ser que algún desesperado pagase por las caricias de Gilda, tan flaca, arrugada y pecosa, que jamás se desnudaba por consideración al cliente.

Allá lejos, en la soledad de esas islas de nombre y propiedad inciertos, habrán vagado por las calles sin árboles, siempre barridas por los vientos helados, buscando en vano otra taberna, donde al menos el barman les sonriera de vez en cuando. Y quienes hubieran abrigado la peregrina idea de desertar en Puerto Stanley, temerosos de la crueldad de Don Tobías y de su mano derecha, no habrían dudado, en aquel páramo, bajo un techo de nubes bajas y veloces, que era preferible morir como pluguiera al amo, que sobrevivir en medio de la ventisca sin otra alternativa que Gilda o los pingüinos. El único capaz de aguantarse un tiempo en las islas hubiera sido, sin lugar a dudas, el cocinero japonés. Los kelpers lo mirarían al principio con desconfianza, pero cuando el japonés les enseñase a aderezar manjares con hierbas raquílicas y algas hasta entonces despreciadas, acabarían de convencerse de que vivían en el paraíso terrenal y no en el culo del mundo.

De todos modos, y según las declaraciones de don Tobías ante el mismo prefecto, El Deslumbrado se hundió lentamente cuatro o cinco días después de toparse con la montaña flotante.

—Es extraño — dice el prefecto mientras se acaricia el mentón — ; un barco de esa clase apenas puede mantenerse escasos minutos a flote, a lo sumo media hora con la quilla rota y un rumbo en el casco. Y, si como usted afirma, la tripulación fue tomada de sorpresa, porque aún no había aclarado, es poco probable que hubiera sobrevivientes, teniendo en cuenta que no se encontraba ningún barco en las proximidades. Por lo tanto usted tendría que estar con los otros en el fondo del mar, es decir, definitivamente muerto.

—Lo que ocurre, señor prefecto, es que no hay una regla precisa para considerar esos casos. Ignoro cuánto ha navegado usted y si ha navegado más allá del horizonte visible desde la costa. No lo tome a mal, por favor, pues conocí almirantes que pasaron la mayor parte de su vida en tierra. Navegar no es necesario. Pero quienes pasamos la mayor parte de nuestros malos años luchando contra viento y marea, en sentido estricto, sabemos que las cosas del mar no son siempre como se piensan en tierra. La mayor parte de los barcos que chocan contra icebergs y témpanos se van rápidamente a pique. Pero sepa, señor prefecto, si no lo sabe aún, que todos los icebergs no son iguales. Supongamos que un barco de poco calado navega sobre la parte sumergida del iceberg y, por una casualidad de las que nunca faltan en alta mar y de que están llenas los relatos de viajes, el barco va a parar a una de esas gargantas, amplias al principio pero que se angostan hacia el interior, donde queda atrapado entre paredes de hielo. Bueno, eso es precisamente lo que nos pasó. El Deslumbrado quedó encajonado. Sabíamos que no podíamos permanecer en él, porque corríamos el riesgo de ser aplastados o de hundirnos en las aguas heladas como resultado de cualquier movimiento caprichoso de la masa de hielo. Organicé a los hombres en cuadrillas destinadas a rescatar todo lo necesario para resistir el mayor tiempo posible en condiciones sumamente duras. Era menester recuperar gran cantidad de madera y todo lo que fuera combustible. Según mis cálculos, nos encontrábamos a la altura del paralelo 25 y derivábamos hacia el N.E. alejándonos cada vez más de las rutas de navegación. Sólo Rendo estaba informado de lo crítico de la situación. Al resto le infundíamos esperanzas. Por fortuna, las paredes de babor no eran muy altas y nos permitían alcanzar sin mucha dificultad un espacio abierto y al parecer seguro, digo al parecer, señor prefecto, porque como usted sabrá, aunque jamás se haya encontrado en aprietos semejantes (Dios lo libre de ello), el hielo se derrite lentamente y el iceberg rota y se balancea, una nueva grieta por aquí, un desprendimiento por allá, de manera que no

hay sitio en el que uno logre sentirse más o menos seguro.

“Un iceberg con gente arriba, es una imagen fiel del mundo. Pero no quiero entretenerlo con metáforas ni con filosofía. Le informo concreta y objetivamente cómo ocurrieron los hechos. En un iceberg no conviene alejarse de las orillas donde debe tenerse siempre un bote al alcance de la mano, o una balsa o cualquier cosa que flote. Una leve inclinación de la masa de hielo puede acarrear un desastre. Los víveres hay que conservarlos en lugares más o menos altos y seguros y custodiados por guardias responsables. De manera, señor prefecto, que uno vive sin pegar un ojo en tales condiciones, porque no puede atenderlo todo al mismo tiempo, y menos cuando los hombres comienzan a mostrar síntomas de impaciencia y desequilibrio. ¡Pagaría por verlo a usted en ese baile!... Perdóne el exabrupto. Tanta vida en alta mar termina por envilecerlo a uno, especialmente por el contacto permanente con gente de baja calaña. La próxima vez que navegue, será como navegante solitario y con el permiso de su excelencia.

“El señor Rendo y yo nos turnábamos por las noches para vigilar el campamento sin que los demás lo supieran. Se habían levantado carpas, aprovechando la lona de las velas, mientras la caseta de popa había sido desmontada y vuelto a armar sobre un promontorio que dominaba la zona llana donde se hallaba el campamento y el embarcadero improvisado que, en caso de necesidad podía utilizarse a modo de balsa.

“No quisiera abundar en detalles que cansan seguramente a su excelencia, que tendrá que hacer cosas más importantes que escuchar a un pobre marino que perdió todo y que necesita un informe pormenorizado y ecuaníme, de parte de su excelencia el señor prefecto, para ser presentado ante los aseguradores del barco y cobrar a la brevedad la prima que no tengo inconveniente alguno en dividir en partes iguales con el señor prefecto... Bueno, no se lo tome usted a mal; pero de sobra sé que un marino tiene más necesidades en tierra firme que en alta mar; acaso sean las mismas, pero aquí uno las consigue a la vuelta de cualquier esquina siempre que tenga con qué. Pero dejemos este asunto para más tarde. Le decía a su excelencia que ahora me escucha con más atención de la que merecen mis humildes palabras, le decía, digo, que no quisiera abundar en detalles, pero dado que soy testigo de lo ocurrido y, por desgracia, el único sobreviviente no puedo menos que hacer la relación precisa del desastre.

“Durante el día los hombres estaban ocupados en trabajos arduos, tales como la mudanza del campamento cada vez que el lugar donde se encontraba se veía amenazado por el mar o por los desprendimientos de hielo a causa de los movimientos del iceberg. Al atardecer, yo los reunía y les aconsejaba que rezaran, aunque no creyeran del todo ni supieran



oraciones de memoria. Era preciso aplacar la ira del Señor, si era que el Señor estaba enojado con nosotros por todas las que habíamos hecho; porque como usted bien sabe, excelencia, la gente marinera, aunque sea de buen fondo, se las trae y las maneja.

“Yo les aconsejaba de corazón que se dirigieran a Nuestra Señora, que por su condición de mujer era más piadosa y que al final sabría perdonar nuestros pecados. Nunca vi llorar tanto a un hombre como lloraba más de uno de aquellos brutos.

“Las noches resultaban terribles e interminables. Antes de acostarnos apretujados unos contra los otros para defendernos del frío, nos reuníamos alrededor del fuego, cada vez más breve a medida que se consumían las reservas de madera. Los últimos barrilitos de ron los teníamos reservados el manco Rendo y yo para hacer más llevadera la guardia nocturna. En cuanto al tabaco, estaba racionado y se repartía en partes iguales. Como no fumo, cedía generosamente mi porción para que aquellos pobres hombres pudiesen disfrutar un poco más del único placer que les iba quedando.

“Gracias a la habilidad de nuestro cocinero japonés y a la existencia de innumerables pingüinos que compartían con nosotros la isla flotante, no morimos de hambre antes de que se produjera el desastre. El japonés era capaz de hacer comestible cualquier cosa, amén de que consumía el mínimo de leña.

“Más de una vez, el señor Rendo, alias el Manco, o yo mismo vimos, mientras montábamos guardia, a más de un hombre —creo que en total fueron seis— salir de la carpa agazapado y como a la búsqueda de algo. Al primero el Manco lo liquidó de un tiro, pero con los otros no hicimos lo mismo porque advertimos que era una especie de locura repentina lo que los hacía abandonar el refugio para perderse montaña adentro o precipitarse en el mar. Fuimos quedando los más duros. Al que no se lo llevó la locura, lo consumió la fiebre y al final no éramos más de ocho. El japonés estaba contento porque tenía que cocinar menos y regresaba más temprano de sus excursiones en busca de huevos y pingüinos.

“Abrevio la historia, señor prefecto, porque los últimos días fueron más bien monótonos. Como éramos pocos la solidaridad se hizo más firme y ya no había que andar vigilando a la gente. Los sobrevivientes se asombraban de su tardanza en morir y por eso alentaban la ilusión de regresar un día no lejano a tierra firme. Quienes juraban que jamás volverían a embarcarse eran objeto de burlas y no se atrevían a repetir en voz alta el juramento. Con aquellos hombres hubiese podido arriesgarme a cualquier empresa. Yo, que hundí al Maine en Cuba y que me conozco todos los rincones de océano desde el Caribe hasta el Plata, le aseguro que con aquellos duros me atrevería a lo que fuera. Lástima

que ahora descansan para siempre en el fondo del mar. No quiero caer en sentimentalismo, excelencia, sino ser lo más objetivo posible y facilitarle todos los datos que requiera el informe.

“Y llego al último día y final de la historia. Una mañana soleada en la que el viento no molestaba porque gracias a la lenta rotación del iceberg habíamos quedado de cara al norte, le pedí a mis hombres que procurasen recuperar la mayor cantidad posible de madera del barco pues se habían agotado las reservas para el fuego. Rendo, que dirigía la operación, les prometió un trago de ron por cada tablón que arrancasen.

“Bajaron alegres hasta lo que quedaba de El Deslumbrado ; iban con un espíritu de hermandad que me conmovió, se lo juro por mi madre, señor prefecto. Estaba yo tan conmovido que el cocinero japonés (el único que me acompañaba) me preguntó si me sentía bien, mientras cortaba las últimas cebollas para saltarlas con hígado de pingüino. Más tarde me di cuenta de que aquella emoción, única en mi historial, era tan sólo un presagio. No había transcurrido media hora desde el momento de la partida cuando el iceberg hizo un inquietante movimiento de balanceo, producido acaso por un choque de corrientes submarinas. Su excelencia comprenderá que no era momento de ponerse a investigar las causas. No velamos a nuestros compañeros porque todos habían bajado a la garganta y aún no habían comenzado a subir los tablones. Conscientes del peligro a que estaban expuestos, corrimos hacia allá, pero fue en vano, porque un bloque inmenso se desprendió de la altísima pared que se levantaba a estribor y los sepultó. Su excelencia sabrá perdonar estas lágrimas incontenibles. Pero cada vez que la memoria revive aquel trágico momento en el cual quedó corroborada una vez más la impotencia del hombre ante la Naturaleza sublevada, vuelvo a sentir el amargor del llanto que durante muchos años creí que estaba relegado a la lejana infancia. (Por favor, señor escribiente, esto último no lo incluya en el informe. Son detalles que no interesan para nada a los aseguradores).

“¿Qué ocurrió después? Se lo digo de inmediato, señor prefecto. Siguieron minutos de tremenda confusión. Minutos que parecían siglos, como dicen que sucede durante los terremotos. El hielo se rajaba por todas partes y enormes pedazos chocaban unos contra otros y rodaban hasta el agua. Y uno no sabía si era el mar el que movía al iceberg, o si era éste el que agitaba al mar. Corrimos con el cocinero hasta el embarcadero y mientras él quitaba las amarras yo gané el bote de un salto y me dispuse a preparar la evacuación. Pero un golpe violento me alejó del embarcadero antes de tiempo; así que el pobre cocinero se quedó en él a la espera de que yo lograra acercar el bote y rescatarlo.

“A su vez, el embarcadero se soltó al romperse los cabos que lo

sujetaban al témpano. Empezaron a flaquearme las fuerzas y, para peor, perdí un remo, que se partió en dos al clavarse en una grieta. Ya no podía dominar el bote que, por lo menos, requería cuatro remeros diestros para maniobrar en semejantes circunstancias. La corriente nos alejaba lentamente del iceberg y me separaba cada vez más del cocinero, que no exteriorizaba el menor síntoma de angustia. Antes de atardecer nos despedimos para siempre con un movimiento de brazos. Después, el japonés hizo una reverencia al sol que se dejaba ver entre nubarrones, y se arrojó al mar.

"Gracias a un barrilito de ron que el manco había escondido en el bote, pude sobrevivir hasta que me encontraron unos ingleses que volvían de las Georgias. Debe haber sido el tercer día; no recuerdo bien. Dicen que cuando me subieron a bordo deliraba.

"Lo que acabo de contarle a su excelencia, es la pura verdad, y si no que lo diga esta otra boca que nunca supo mentir" — y lentamente se desabrocha la camisa ante el asombro, primero, y el asco, después, del prefecto y su escribiente que no pueden dar crédito a lo que ven y escuchan cuando la otra boca empieza a hablar, dando fe de la exactitud de las declaraciones del naufrago.

El informe fue firmado por el prefecto al día siguiente. El historiador que se ocupe algún día de establecer claramente cuáles fueron las causas del hundimiento del Maine (las consecuencias son bastante conocidas), tal vez se interese en seguir los pasos del autor del siniestro y encuentre la documentación respecto al seguro de "El Deslumbrado" en los archivos del Lloyd's. ¿Lo cobró o no lo cobró?

—Si lo cobró, tal vez sean veraces las versiones de que el viejo Tobías compró otro barco y durante un tiempo se dedicó al contrabando. Mis recuerdos se remontan apenas a los años en que ya estaba retirado de las actividades de alto riesgo y vivía de pequeñas rentas. Lo que pudo salvar de sucesivos naufragios lo invirtió en bonos del tesoro, porque, como decía la *boca de la verdad* cuando se ponía a hablar en serio, a la pobreza, lo mismo que a la vejez, no conviene entrar de golpe sino gradualmente. "Por eso os aconsejo invertir en Bonos del Tesoro, así, en lugar de temerle a la pobreza, la saborearéis de a poco y terminaréis acostumbrándoos a ella y viviéndola como la más preciada de las virtudes. Difícilmente podréis manteneros castos, sobrios y generosos si no sois pobres. También podéis invertir en Obligaciones Hipotecarias o ahorrar en moneda nacional. Hay muchos caminos para llegar sin prisa a la bienaventurada pobreza". Consecuente con sus principios, el viejo Tobías murió en paz con su conciencia y nos jodió a todos. La suerte, pues, me convirtió en gitano, pero en gitano pobre, lo cual no deja de ser una contradicción.

1

3. CONVERSACION CON ATILIO

No había pasado mucho tiempo — apenas un par de semanas —, y Atilio no recordaba con exactitud cuántos viajes en redondo habían hecho sin bajarse del tranvía. Olvidaba con facilidad los detalles nimios que no había anotado en sus agendas. Era casi medianoche cuando fueron obligados a descender en la estación del Este. Julián se enojó con el guarda y le arrojó a la cara el puñado de boletos.

—La despedida fue breve bajo los plátanos frondosos. No nos veíamos las caras. Hubo un silencio prolongado antes de separarnos. Parecíamos dos extraños que hubieran jugado a ser amigos, que hubiesen fingido la amistad para tener con quién hablar en una tarde montevideana, y, por consiguiente, aburrida. Julián fue el primero en alejarse, pero su olor seguía allí. Era un olor malsano que le quitaba a uno el gusto por el relente. No era precisamente a mugre, estoy seguro —lamentablemente los olores no los puedo registrar en mis agendas como los nombres o las horas—; era más bien a cansancio. Existe el olor a cansancio. Ese olor que tienen los viejos por aseados que sean. Aunque se bañen y muden todos los días no pueden hacer nada para evitarlo. A la intemperie, Julián tenía ese olor, pero más intenso. En lugares cerrados hedía a puerto.

Entonces le pregunté a Atilio López, con quien solía encontrarme en el Sorocabana los sábados a mediodía, si lo había vuelto a ver.

—Por suerte no. Ese tipo me desespera, aunque debo admitir que sus historias son bastante atractivas. Como argumentos de películas que siempre quise ver, o que me gustaría producir si tuviera conocimientos y recursos, y viviera en otro país. Es mi sueño, mi querido sueño. Hace que el tedio sea llevadero. Son residuos de la infancia, lo confieso, pero me entretienen. ¿A vos no te pasa?

—No con mucha frecuencia, pero me pasa. Hace un par de días, por ejemplo, iba en el ómnibus y noté que una mujercita encantadora me miraba por el rabo del ojo con cierta ternura. Cometí la tontería de querer imitar a Charles Boyer, sonriéndole con los ojos. Me faltó ensayo. Ella hizo un ademán de disgusto, apretó la cartera con ambas manos y

dejó de mirarme. Sin duda me equivoqué de actor, pero estoy convencido de que a ella en ese momento también le pasaba.

— Les pasa a todos. Todos quisieran estar metidos en la cinta, repetidos en infinidad de cuadraditos.

— ¿Y los que nunca van al cine, qué hacen? ¿Son más naturales?

— ¡Qué van a ser! Tienen otras escapatorias: las tiras cómicas, el radioteatro. En esta ciudad de burócratas, el que no sueñe ser otro, está liquidado.

— De acuerdo; pero con frecuencia se me corta la película.

— Menos mal, porque de lo contrario terminarías loco del todo. Nadie puede pasarse las veinticuatro horas del día como en el cine, incluidos los sueños, esas películas que te dan de yapa. Pero hay momentos en que uno necesita de veras la proyección. En el ómnibus, en las salas de espera, en una reunión aburrida...

— ¿Y qué pasa cuando estás realmente en un cine?

— Aprovechás para cargar las baterías. Recortás lo que te sirve para las adaptaciones: sonrisitas, ademanes, modos de ajustarse la corbata o sostener el cigarrillo; cómo aprovecharse de los espejos y de la luz para atraer la atención de las mujeres, quienes, a su vez, ensayan sus recursos, como pudiste comprobarlo en el ómnibus.

— López, el cine es la salvación.

— Así es, y hoy estamos de lo más ocurrentes.

— Y eso que sólo tomamos café. Con un par de cañas entre pecho y espalda, nos mandaríamos la superproducción.

— Rara vez bebo. Un vasito de vino los domingos, si hay rabioles.

— Así que practicás la abstinencia.

— No es eso, sino que a los vendedores se les recomienda que no beban ni fumen.

— Entonces vender es una especie de práctica religiosa.

— Para los empresarios, desde luego. Pero la razón es otra: el aliento, ¿comprendés? Si tenés mal aliento, no servís como vendedor. Generalmente se cree que la venta se inicia por una acción sagaz que actúa sobre la vista y el oído. Gran error. Lo primero que debe ser tenido en cuenta son las narices del cliente. He observado que un alto porcentaje de los gerentes de proveedurías son narigones. Para un vendedor está prohibido terminantemente: traspigar, presentarse con los zapatos mojados, la cocina española y la italiana, los ómnibus repletos, hacer el amor al paso, el maní con chocolate, tener perro, la cebolla cruda, el ajo crudo o cocido, más un larguísimo etcétera. Los domingos y feriados están permitidas ciertas libertades, pero sin abusar, pues es preciso evitar la dispepsia del día siguiente. De lo contrario uno tendría que

faltar y dar parte de una ligera indisposición, lo que en la jerga del oficio quiere decir que algo huele mal.

— Me extraña que Julián, con el olor que vos decís que tenía, te haya vendido un tranvía lleno de historias.

— Me sorprendió en un momento en que yo estaba de plafón bajo y sin voluntad. Cuando te encontrás así, te pueden vender cualquier cosa. Te pasaste la vida tratando de ser un tipo normal, y aparece un loco suelto que te desacomoda el libreto sin decirte agua va.

— Eso es saludable. Los locos y los delincuentes son necesarios.

— Un mal necesario, querrás decir.

— ¿Por qué no un bien? No sé por qué queremos estar siempre de este lado y no del otro. No pretendo ser original, naturalmente. Esto ha sido repetido hasta el cansancio. Pero ahora viene el caso. Si nos seduce la posibilidad de atravesar la frontera, ¿por qué este empeño de asegurarnos un lugarcito entre la gente *normal*? Nosotros mismos hemos apostado a los guardias implacables que nos impiden traspasar el límite.

— Te confieso que la posibilidad de encontrarme entre los locos o encerrado en un calabozo me produce escalofríos, ¿a vos no?

— Los que estamos en la cosa literaria tenemos un gran respeto por los criminales y los locos; al menos hacemos lo posible para tomarlos en serio. Son víctimas de una sociedad podrida. ¿Por qué huís de Julián? Porque te hace añicos los esquemas, te avinagra el catecismo. Estoy seguro de que yo podría ser su amigo. A un tipo así no hay que perderlo de vista.

— Los intelectuales me rompen las pelotas. Perdoná que te lo diga. No porque sean intelectuales, quiero aclarar, sino porque hay de sobra. Nos miran con desprecio a los que no leímos la última de Sartre. Se ríen de nuestra *cultura general*.

— Estás equivocado, Atilio. Los buenos intelectuales te aman; sueñan con un mundo mejor para vos, que vivís alienado vendiendo barati-
jas que contribuyen a la duración del sistema. Si las oficinas no fueran abastecidas de papel y tinta, formularios, libros de caja, sobrevendría el caos. Si en cada una se organizaran comandos para destruir los ficheros y quemar los expedientes, tras el pavor de los pancistas, se darían las condiciones para una sociedad más justa en la que ya no serías un esclavo.

— ¿Y quién te metió en el bocho eso de que soy un esclavo? Lo que hago, lo hago porque se me da la realísima gana. Confundís sentido de responsabilidad con esclavitud, nada menos que vos, que nunca la yugaste.

— Por más que quieras ampararte en la moral al uso (tan usada que apenas le quedan las hilachas), no hay duda de que sos un esclavo del

sistema. Y no lo ves así porque *ellos* no te lo permiten.

— ¿Quiénes son *ellos*, se puede saber?

— Los amos; pero antes de saber quiénes son ellos, tendrías que tener la conciencia clara de qué sos vos.

— Me mareás, che. Contigo no se puede hablar.

Confieso que no trataba de persuadir a López para atraerlo a la causa. Le decía esas cosas para desorientarlo y divertirme con sus miedos, porque en el fondo lo despreciaba, estoy seguro. Tan bien vestido y peinado, tan esmerado en lo que hacía, tan burguesito él, en fin, un producto del Sistema. Aunque yo no entendiera el intrincado mecanismo del Sistema, ni me molestara en averiguar los secretos de su funcionamiento, estaba orgulloso de mis convicciones y no dudaba de que las había alcanzado tras un fatigoso ejercicio dialéctico. Más tarde tuve que admitir que mis odios y mis amores se canalizaban según el resultado de las ásperas discusiones de mis amigos anarcos de Reforma Universitaria, con quienes compartía, en interminables veladas, el mate lavado, el café agrio y la galleta dura. Jamás intervine activamente en los debates, simplemente porque no me había tomado el trabajo de leer los textos fundamentales. Llegué a creer que no necesitaba hacerlo, que la militancia tenía prioridad. Ellos nunca me preguntaron si estaba de acuerdo o no con tal o cual punto de vista, y hasta me parece que les importaba un comino lo que yo pudiera pensar.

Cuando repaso alguna fotografía de aquellos años, no me veo con cara de luchador por una sociedad sin arriba ni abajo. Pero mi participación en aquellas peñas de arregladores del mundo no se limitó a escuchar las polémicas mientras cebaba mate o colaba café en un filtro de trapo. También los acompañé con fervor en las manifestaciones por la avenida 18 de Julio, gritando con el puño en alto: ¡Fuera yanquis de Guatemala! ¡Fuera rusos de Hungría! ¡Libros sí, palos no!

Más de una vez tuve que correr cuando los coraceros, sable en mano, se lanzaban a todo galope contra nosotros, y también arrojé puñados de bolitas de metal bajo los cascos de los caballos que se desplomaban entre ruido de latas y relinchos. Y no bien creíamos haber contenido los embates de la caballería, por el lado opuesto se disponían a cargar las brigadas de gases; de manera que el llanto se reservaba para el final como en los episodios de radioteatro de Isolina Núñez. Por eso, los primeros en advertir la presencia de los canas enmascarados que empuñaban las pistolas lanza gases, daban el alerta gritando: ¡Viene Isolina! ¡Viene Isolina!

De aquellas luchas enconadas y desiguales, que en el recuerdo parecen juego de niños si se las compara con lo que vino después, Atilio sólo se enteraba por la prensa.

Creo que aquella vez lo miré con excesiva dureza, porque lo vi empequeñecerse tanto que terminó por desaparecer. La cucharita con que revolvió el café acusaba un ligero temblor. La ropa se lo tragaba. El pobre López desaparecía dentro de la camisa; esta se desinflaba bajo el saco que se arrugaba sobre el semicírculo de madera que sirve de respaldo y posabrazos a los silloncitos verdosos del Sorocabana.

—Decime Atilio. ¿Qué sos vos? ¿Batlista, herrerista o cívico? En cualquiera de los tres casos serías lamentable. Pero me pica la curiosidad. Nunca te definiste.

La vocesita se deslizó por entre los pliegues de la camiseta y al asomar por el nudo de la corbata dijo:

—No soy naaada.

—¿Nada? ¿estás seguro?

—Segurísimo... Naaaada.

—¡Nada no! Porque las cabezas sin ideas políticas son las piedras en que se apoya el sistema. ¿Te das cuenta de la importancia que tenés? ¡Qué te vas a dar cuenta! Los banqueros pueden dormir tranquilos, porque los que no son naaada y cada cuatro años votan por el candidato que sonrío mejor, aseguran la estabilidad del edificio. Vos estás ahí, aguantando la estructura y no podés ver las grietas. En cualquier momento se derrumba. Pero no caerá por su propio peso. El proletariado y los estudiantes lo echarán abajo. La revolución está en marcha. ¡Despertá, Atilio, despertá!

El empequeñecimiento de López no fue más que una maniobra artera del burguesito con la conciencia sucia, porque, apareciendo de entre la ropa se infló de nuevo y volvió a revolver el café sin que le temblara la mano. Me miró fijo, con el dominio del vendedor seguro de tener atrapado al cliente.

—De acuerdo; yo no soy nada, ni blanco, ni colorado, ni bolche. Y vos, ¿qué sos?

—Acrata —respondí.

—¿Y eso con qué se come?

—Anarco, ¿entendés? Soy anarco.

—Ah!... ¿Y qué pensás hacer con tus ideas?

—Es obvio: luchar por la justicia social, por la igualdad de veras; luchar por vos, por tu dignidad.

—Te lo agradezco de corazón. No deja de emocionarme tu preocupación sincera. Pero, por favor, no te molestes. Dejame vivir así, conformista como te parece que soy. Admiro tu entusiasmo, y ya que hablamos con franqueza, me permito arriesgar un pronóstico. Si esto cambia, será para peor y a vos te vendrá la fatiga ideológica y terminarás aceptando un empleo público o serás profesor de cualquier cosa.

—Es lo que yo digo: el problema prioritario no son los bancos, ni los trusts, ni la caterva de explotadores, sino qué hacer con ustedes, la carne fofa sobre la que descansa el culo del capitalismo.

Me levanté y salí sin despedirme. Supongo que Atilio no se sintió molestado por mi gesto intempestivo. Habrá dicho para sus adentros: ¡pobre muchacho! y después habrá sacado el diario que llevaba prolijamente doblado en el bolsillo, para enterarse de cuántos chinos y yanquis habían muerto hasta la fecha en la guerra de Corea (que ojalá durara mucho tiempo para poder seguir vendiendo los frutos de nuestros sacrificados productores), o para indignarse por las fechorías de la banda del Cacho la noche de la víspera. Habrá disfrutado en soledad el segundo y el tercer café, mientras resolvía mentalmente un problema de ajedrez o llenaba los cuadraditos blancos de las palabras cruzadas. Si se ofendió, estoy seguro que olvidó fácilmente la injuria. La dejó sobre la mesa, envuelta en el suplemento deportivo que jamás leía. Y, como era jueves, habrá ido a visitar a la novia, una galleguita voluptuosa, hija del panadero del barrio. Más de una vez lo vi apretándola a la entrada del corralón, en el umbral de la puerta chica que dejaba ver el pavimento adoquinado sombreado por parras y glicinas.

Las jardineras de reparto, con sus grandes ruedas pintadas de rojo y gualda, lucían en sus costados y en la puertita trasera, la imagen del apóstol Santiago, reproducida también en vidrios de colores, iluminados por dentro, sobre los escaparates de "La Compostelana". Atilio, que por ese entonces se vestía a lo Bing Crosby, soñaría infinidad de argumentos cinematográficos entre beso y beso robados en la paz del corral, junto a los caballos desenjaezados, lustrosos y risueños, en medio de los aromas mezclados de la alfalfa, la bosta y las glicinas.

Reconozco que la vida privada de Atilio me importaba un pito. Podía imaginarla entera con escaso margen de error. Lo que me interesaba era seguir el itinerario incierto de El Gitano en relatos fragmentarios y a veces aburridos en boca de un vendedor cansado al cabo de la jornada. Atilio nunca supo que mi interés por Julián tenía motivaciones políticas: mis compañeros hablaban de la necesidad de contar con un correo eficiente y confiable entre los movimientos revolucionarios del continente. ¿Por qué no el Gitano?, se me ocurrió. Rogué a López que me lo presentara en alguna oportunidad en que volviera por Montevideo. Pero las pocas veces que pensé que iba a conocerlo, recién se habían retirado, o bien había faltado a la cita en el Sorocabana.

Hasta llegué a pensar que todo era una patraña urdida por Atilio para divertirse conmigo, para vengarse de mi arrogancia. Pero no, no era posible que poseyera tanta inventiva, ni aunque hubiese refundido los guiones cinematográficos más extravagantes. Imposible, comple-

tamente imposible, que el abuelo Tobías hubiese sido parido por el caltre de Atilio López.

Pasó mucho tiempo desde aquella tarde en que me despedí de él con un insulto, como para no verlo nunca más. Cuando volví a encontrarlo estaba sentado a la misma mesa, ocupado en resolver el crucigrama del diario "El Plata". Lo saludé sin efusión y él levantó la cabeza y, antes de responder al saludo, o más bien a manera de respuesta insidiosa, dijo, como si pensara en voz alta:

— Cuatro vertical. Zanahoria silvestre. Cinco letras.

Casi lo mando a la mierda. Logré contenerme y acepté su invitación a un café y un cigarrillo. Hablamos de temas inocuos. También se hicieron largos silencios mientras mirábamos caer la lluvia sobre la plaza.

Antes de levantarme, le pregunté:

— ¿A aquél no lo viste más?

— Nunca más. Se lo tragó la tierra.

4. MIÉRCOLES DE CENIZA

La tierra devolvió a Julián un miércoles de ceniza. Lo arrojó en la esquina de London-París a las cuatro en punto de la tarde. Era de imaginar que, durante el tiempo de su ausencia, habría recorrido el laberinto subterráneo, siguiendo las instrucciones del viejo Tobías, quien —según aseguraban las mujeres de la tribu— había descendido varias veces al Tártaro. El olor, el olor del gitano, ese olor que no podía sacarse con nada, olor a misto, se le había pegado seguramente en sus viajes por los callejones de la muerte! El viejo se lo contó a Julián una tarde de verano, acostado sobre su catre de campaña bajo la higuera del fondo, mientras empinaba la bota de vino. Julián escuchó el relato de la boca de la Verdad abierta en el pecho desnudo, porque la otra estaba ocupada en recibir el chorrito de moscatel. Disertó sobre las distintas rutas, e indicó cuáles convenía seguir para no tener problemas con otros iniciados de la gitanería. El objeto de sus viajes era averiguar dónde había tesoros escondidos. No era fácil, dado que primero había que ubicar a los difuntos que hubiesen enterrado tesoros y luego arrancarles el secreto. Como no era posible emplear la violencia con las sombras de los que fueron, había que recurrir a complicadas formas de persuasión. Aseguraba el abuelo que a los muertos les gustaba la timba, porque el juego los hacía sentirse vivos, además de aliviarles el tedio. Siempre ganaban, porque en la muerte no hay azar, pero a veces dejaban ganar al visitante porque de lo contrario el juego sería otra forma del tedio. De todos modos, el juego carecería del menor atractivo si no tuvieran algo que jugar. Y lo único que tenían eran sus secretos, que despertaban curiosidad y codicia en los visitantes. Y una vez revelados, los perdían para siempre, los olvidaban. Por eso era difícil arrancárselos, pues sabían que no era llevadera la inmortalidad sin guardar algún secreto, sin tener la posibilidad de jugar lo único que podían jugar aunque jamás lo jugaran.

Una vez agotada la bota, el abuelo confesó con la boca del rostro que no valía la pena pasar por tantos trabajos. De nueve veces que descendió al Tártaro sólo pudo averiguar dos secretos de tesoros escondidos: uno en la Malasia y otro en Alaska. Hechos los cálculos, resultaban

muy poco rentables, deducidos los gastos de traslado y equipo, sin contar los riesgos. Lo que hizo, fue dibujar prolijamente los mapas sobre lonjas de pergamino que quitó de unas pantallas adquiridas en subasta, y durante los últimos años de su vida se lo vio subir al tranvía con destino Aduana cada vez que llegaba un barco con carga y pasaje para puertos del Pacífico y Lejano Oriente. Se supone que los vendió, pues no aparecieron entre sus papeles cuando las mujeres, la misma noche de su muerte, buscaron alguna cosa de valor en el pequeño baúl.

Julián no parecía un recién llegado del Tártaro. Vestía un abrigo azul, algo brillante por el uso, pero que conservaba su dignidad. Se peinaba ante un espejo partido de la tienda London-París, que anunciaba su cierre definitivo.

Desde el espejo llegó la sonrisa cínica, duplicada por la rajadura en el cristal, y cuando acabó de peinarse, se volvió con ademán sobrio, como si se hubiesen visto el día anterior.

— ¡No es posible!

— Sí, es posible, Lopecito. En este mundo, todo es posible. Se trata de tener paciencia y esperar.

— Por mi parte, no esperaba volver a verte.

— ¿Querías o no, volver a verme? ¿Eh?

— En realidad, no sé... casi me había olvidado de vos.

— Respuestas claras, Lopecito... Pero no te molestes en darme una. *Sí y no*, pueden ser verdadero o falso. De pronto me decís: *Por supuesto, quería volver a encontrarte*, y yo pienso que mentís; o bien aseguras que no, y a mí se me ocurre que lo decís para que yo crea que no te importo nada. No te mortifiques. El hecho concreto es que estoy de nuevo en Montevideo.

— Te noto cambiado, Julián. Hasta parecés feliz, como me dijiste una vez.

— Al parecer, te sentiste lastimado, y ahora te vengás, crapulita.

— Has cambiado de estampa, Julián, en lo demás seguís siendo el mismo incordio. Te vestís como cuando íbamos al liceo: corbata, camisa limpia y pantalón planchado.

— ¿Y de los zapatos no decís nada?

— La última vez que nos vimos —¿te acordás de aquel viaje en tranvía?— ...La última vez que nos vimos...

— Animate y decilo: la última vez que nos vimos andaba yo mugriento y mal trajeado. Un lumpen desagradable y maloliente del que era necesario huir como de la peste. Vos bien sabés que siempre odié la monotonía. Cualquier día me voy al África como mercenario o me retiro a un convento de cartujos. Vos, en cambio, representás el mismo papel.

— Trato de hacer lo que hago lo mejor posible.

— No te sientas disminuido, Atilio; si estuvieras en mi pellejo, envidiarías a un tipo como vos. Aunque, ahora, para mí las cosas han cambiado, ¡y cómo! ¿Por qué pensás que me acomodé la facha?

— Por una mujer, supongo. Por un trabajo estable no ha de ser.

— Exacto.

Siguió un silencio prolongado. El Gitano se quedó abstraído, con la mirada perdida. Atilio disimuló su desazón buscando cualquier cosa en los bolsillos. Encontró medio paquete de pastillas de anís. Convidó al Gitano, que no se dio por enterado, y después se llevó una a la boca y la chupó sin ganas. Las había comprado el sábado antes de pasar a buscar a la galleguita con el pretexto de llevarla al cine. Y, como todos los sábados, marcharon a la Quinta de Bartolo, donde puntualmente hicieron el amor de cuatro a seis.

El Gitano echó a andar como un autómeta, y López a su lado, a la espera de la gran revelación. Caminaron hacia la rambla y antes de llegar a la costa el Gitano rompió el silencio.

— Decime, Atilio, ¿cuánto tiempo pasó desde la última vez que nos vimos?

— A ver... fue cuando los blancos llegaron al poder, lo recuerdo bien.

— Casi diez años.

— Casi.

— Parece mentira. ¡Si habrán pasado cosas en estos años! ¿Te das cuenta, Lopecito? Diez años más viejos. ¡Si habrán pasado cosas!

(A vos te habrán pasado. Lo que es a mí, la vida no me ha reservado grandes sorpresas. Ni pequeñas. Hace diez años, igual que ahora, me apretaba a la galleguita. Claro que era diferente. Ella no. Ella sigue siendo la misma. Como recién salida del horno. Pero la panadería conservaba el corralón con sus parrales y glicinas. Y el olor a establo, y a horno de leña y a masa que leudaba por la noche. Después de recorrer oficinas durante todo el día, aquello de entrar al corralón y besar a la galleguita contra el muro de ladrillos entre fardos de alfalfa, me transportaba a otro mundo. Era como estar metido en una película. Fueron los años felices. El pan era de todos; de los que madrugaban para golosinar la miga caliente, de los pobres que compraban *pan de ayer* por dos cobres, de los más pobres que recibían la dádiva del pan de antes de ayer que sobraba en cualquier casa. El panadero, detrás del mostrador poseía cierto aire de celebrante, y más con el apóstol Santiago a sus espaldas, en vidrio iluminado... Hasta que al gallego se le ocurrió modernizarse. Adiós corralón. El hacha abatió parras y glicinas. Se vendieron caballos y jardinerías. Ya no se amasaba por la noche, gracias a las levaduras sintéticas. El horno eléctrico sustituyó al de leña. Los vidrios con la imagen piadosa dejaron su lugar al cristal incoloro, al acero inoxidable y la

luz de neón. Una vez desterrada la efigie del santo, los ateos podían entrar al comercio sin forzar la conciencia. La "Compostelana" se secularizó por completo. Se colgaron los hábitos artesanales, y el pan perdió su sabor. Y los cálculos fueron tan exactos, merced a los servicios de un contador, que ya no hubo pan de ayer para los pobres. La nueva economía no admitía excedentes.

Cuando me cambiaron el escenario, estuve en un tris de tomarme los vientos, pero la galleguita me dijo, llorando a mares: "Si me dejás, me mato". Lo dice casi todos los sábados en la Quinta de Bartolo. Hago de cuenta de que lo oigo por primera vez. Al fin de cuentas es lo único que he rescatado del libreto original. *Si me dejás, me mato...* La escena repetida a lo largo de una década. Mi película de todos los sábados, amarillenta y con la banda de sonido gangosa. Sueño con que un día de estos se le ocurra introducir una variante: "Si me dejás, te mato". Le inyectaría al argumento un poco de emoción y de suspenso. Por favor, galleguita, cambiá de papel: de suicida postergada a criminal en potencia. Y no olvides de llevar siempre la navaja en la cartera).

— Se fueron los blancos. Se liquidó el Colegiado. Volvieron los colorados. Otra vez tenemos presidente... Decime Atilio, ¿te importó alguna vez la política?

— Más o menos, ¿y a vos?

— Poco, pero me sirve para ubicarme en el tiempo. Mil novecientos sesenta y tantos es una cifra enorme para que uno pueda sentirse vivo dentro de la cronología, para no amargarse por el ratito que estamos en este mundo. Pero si digo: nací el año segundo de la dictadura de Terra, ajusto la cronología a mi escala, la existencia no me parece tan corta. Ingresé a la escuela cuando volvió la democracia y espero durar hasta el año primero antes del próximo golpe de estado.

— Pensás morir joven, porque como vienen las cosas.

Sentados en el borde de la muralla, con los pies colgando sobre las rocas cubiertas de resaca, miraban un barco que se movía sobre el hilo del horizonte.

— Decime, Julián, ¿qué fue lo que ocurrió?

— No entiendo.

— Eso que querías decirme acerca de una tipa.

— No quería decirte nada. Además, se trata de algo muy personal.

— Si te puedo ayudar...

— No, no podés ayudarme. Lo que ocurre es que te morís por saber qué pasa. ¿Cierto?

— Bueno, vos prepararás las cosas para que a uno le pique la curio-

alidad, y después te callás.

— El hecho es que estoy en un llo.

— ¿Qué clase de llo?

— Rapto, secuestro... qué sé yo cómo tipificarlo.

— ¿Violación?

— Si la hubo, yo fui la víctima. ¡Es una mujer tremenda!

— ¿Y la tenés atada a las patas de la cama y amordazada?

— No, nada de violencia. Ella accedió a que me la llevara; más aún, me suplicó que lo hiciera, me obligó a ello.

— Entonces es una simple fuga.

— No tan simple. Si nos encuentran nos pasan a degüello.

— ¿Y dónde la tenés escondida?

— No te lo tomes a mal, pero eso no te lo puedo decir. Le juré guardar el secreto. Vive aterrorizada, imaginando que el novio llega en cualquier momento para consumir una venganza atroz.

— ¿Y la dejás sola?

— No tengo más remedio que salir. Necesito ventilarme. Me ausento cuando viene la limpiadora, una vieja sorda que no se entera de nada.

— ¡Parece mentira! Vos que siempre fuiste tan libre, metido en este embrollo!

— Te pasás la vida buscándola, y cuando la encontrás...

— La encontrás casada, con hijos, insatisfecha y soñadora.

— En este caso no hay hijos. Un remordimiento menos.

— ¿Cómo te metiste en ese berenjenal?

— Es una historia muy larga.

— Las historias muy largas pueden reducirse a una hora y media, como hacen en Hollywood.

— Esta no. Por otra parte, no sé si recién vamos por la mitad o ya nos acercamos al final.

El relato duró más o menos veinticuatro cajillas de cigarrillos, sesenta cafés, siete litros de cerveza, cuatro paquetes de maíz acaramelado, ocho bolsitas de garrapiñada, dos litros de vino y otros ítems que no figuran en las agendas de Atilio. No me fue posible reconstruir cada uno de los encuentros. El propio Atilio no lograba precisar cuántos habían sido, pues algunos de los anotados en la agenda no habían tenido lugar y otros fueron casuales. Eso sí, recordaba bien el primero, y también el último, que culminó de manera terrible (al menos para Atilio).

La reconstrucción no fue tarea sencilla, pues la versión oral de Atilio ofrecía ligeras variantes comparada con sus anotaciones. Julián no había relatado los hechos en episodios consecutivos. Una de las últimas escenas en "Domus Nebulae", por ejemplo, podía adelantarse tanto que

el oyente quedaba desconcertado por ignorar los capítulos intermedios, que conocería después, el mismo día o semanas más tarde. Atilio nunca se tomó el trabajo de ordenar sus notas, escritas de prisa y cargadas con detalles superfluos, como esta: "Julián me cuenta su primera noche con Diamela bajo los manzanos de D.N. (Domus Nebulae). Tengo que comprar una cajilla de Republicana XXX para que siga fumando en cadena mientras goza escuchándose a sí mismo". Pero López es demasiado perezoso para describir los hechos con letra menuda y prolija de colegial mediocre, por consiguiente, debo confiar en la fidelidad de su memoria. El boludo me cedió los apuntes desperdigados en agendas de vendedor infatigable, para que se los pasara en limpio, los ordenara y completara, pero sin faltar a la verdad.

—¿Cuál es la verdad? —le pregunté. —Me exigís una fe ciega en que vos no inventás ni el Gitano mintió.

—Confía en la intuición, Toto.

—Ahora sabemos que el ángel o demonio se llama Diamela —apunta Atilio.

—No, no se llama Diamela. Le doy ese nombre para que no la identifiquen. A vos solo te lo digo: es un anagrama.

—No son muchas las posibilidades... Un detective primerizo puede resolver inmediatamente el problema. No demoraría en dar con su paradero, si es que la buscan.

—La buscan, nos buscan. Es peligroso y emocionante. Pero yo sé cómo salir del atolladero.

—Te felicito.

—Es muy simple, aplico un método infalible. Cuando estoy en aprietos me pregunto qué hubiera hecho el viejo Tobías en mi lugar. Me parece que escucho la boca de la Verdad, que me da unos consejos no muy santos; pero para este mundo sirven.

A propósito, vale la pena reproducir esta nota de Atilio escrita con tinta verde (la roja la reservaba para los negocios, y la azul para escribirle a la galleguita cuando ella se iba de veraneo a Piriápolis):

"Cuando el Gitano me dijo semejante cosa, sentí escalofríos. Sí. Por qué no, como la primera vez que vi una película de Boris Karloff. El Gabinete Negro. Un caso de usurpación de identidad. Se me ocurrió que Julián no era realmente Julián, sino el viejo Tobías remozado. Una especie de doctor Fausto en versión moderna. El viejo que entraba y salía del mundo de los muertos como Perico por su casa, sabría secretos que nadie conoce. La puta que lo parió. Julián debe de tener en el pecho

aquella boca cínica y procaz. ¡Claro que sí! ¿Por qué no va jamás a la playa? ¿Por qué no iba a hacer natación al Neptuno? ¿Por qué, cuando salíamos de pic-nic, nunca se sacaba la camisa, y cada año conseguía un certificado médico para que no lo obligaran a hacer gimnasia en el liceo? Para no tener que exhibir la boca fatídica, abierta en el tórax, asombrosa en un anciano y repugnante en un adolescente. Se me ocurre, no sé. De repente estoy macaneando”.

En un bolichón del barrio Sur, sobre una mesa de madera marcada por colillas de cigarrillo, el Gitano depositó tres cartulinas amarillentas y preguntó a Lopecito:

— ¿A cuál apostás?

— A la del medio; no me gustan los extremos.

— Acertaste, es la que más me gusta. Hoy pago el café.

La dio vuelta y se vio la fotografía de una adolescente rubia, vestida de blanco, con cuello y puños de encaje. Estaba de pie junto a un jazmín en flor. Sostenido por sus manos, colgaba un ancho sombrero de paja que le cubría las rodillas. Se lo habría hecho quitar para que se viera sin sombras un rostro bellissimo y ovalado, de labios carnosos y mirada vergonzosa. Calzaba botitas abotonadas, y a sus pies se había echado un perrito vulgar y al parecer atento a las amenazas del fotógrafo para que se quedara quieto.

El Gitano volvió las otras fotos, y Atilio examinó con cuidado la que sin duda era más reciente; una instantánea descolorida en la que duraban los rojos y los azules, y que mostraba a la misma mujer treinta años más tarde, muerta de risa mientras se hamacaba locamente, descalza y con el cabello suelto.

— No me digas que es...

— Sí, es.

— Una mujer madurita, entonces.

— Doce años de diferencia. Pero como a mí me creen diez años más viejo, y ella parece diez años más joven, andamos parejos.

— ¿No estás realmente preocupado?

— ¿Por la edad? No embromes, burguesito. No nos vamos a casar ni nos queremos para siempre. Además, esto se termina pronto. Alguien puede ser asesinado.

— O ella te pega un tiro, y después se elimina.

— O el novio nos borra a los dos.

— O vos limpiás al novio.

— ¿No te gustaría presenciar el final?

— Gracias. La sangre me repugna. Sólo la soporto en blanco y negro.

— Estamos hablando del final y todavía no conocés el principio ni cómo ocurrieron los hechos.

Atilio tomó las fotografías y las repasó detenidamente. Sobre todo la tercera, que había sido recortada. La tijera había suprimido a alguien cuya mano derecha, apoyada en un bote salvavidas del vapor de la carrera, se salvó de la censura íntima. La rubia tenía una expresión triste, más que triste, angustiada. Tal vez a causa de aquella mano decidida, que avanzaba hacia ella como una araña inexorable. Por más que intentara eliminarla a punta de tijeras, seguro que volvería a aparecer.

— Para mí que te tiene atrapado con el cuento de que siente un miedo atroz y es necesario que la protejas. De ese modo te compromete. No debe tenerle miedo al novio, sino a la soledad, lo que es explicable en una cuarentona.

— Si preferís imaginar la historia a que yo mismo te la cuente, seguí cocinando el argumento. Contámelo a tu manera, no deja de ser divertido.

— No lo tomes así, por favor. Ponete cómodo y largá el rollo. Para empezar, ¿dónde encontraste a esa carnívora?

— El nombre del lugar, villa o pueblo, según se mire, lo callo. Inventá uno.

— Podríamos llamarlo Segúnsemire.

— Mi abuelo rara vez nombraba los lugares. Salvo cuando eran importantísimos para su historia se limitaba a aludir a ellos con cierta vaguedad. Cuando le preguntaban por dónde mierda había andado, solía responder: de Zoca en Colodra y de la Ceca a la Meca.

— Llamémosle Colodra. Parece una metátesis, de Colorado.

— ¿Metátesis, dijiste? ¿Y eso qué es?

— Una enfermedad de las palabras.

— No entiendo un corno, Lopecito.

— No me hagas caso; son divagues. Quedamos entonces en que se llama Colodra. Puede ser Tupambaé, Ombúes, Frayle Muerto, Dolores, Vichadero, pero desde hoy en adelante será Colodra en todos los mapas. Los nombres determinan las cosas. Las Gladys son flacas y los Albertos formales.

— Colodra le queda bien.

Ante las insistencias de López, Julián sacó de un bolsillo algunos trozos de cartulina y comenzó a dibujar de memoria, sin mirar las fotos. Ya en la escuela, cuando las compañeras le extendían sus álbumes o cuadernos a fin de año para que escribiera y firmara algunas palabritas de despedida, él dibujaba una caricatura de la destinataria o reproducía una figura de historieta, lo cual despertaba el asombro de los niños y el interés de las maestras que suponían que llegaría, por lo menos, a arqui-

tecto. Ahora reproducía ante la mirada curiosa de López una nueva imagen de la Fugitiva, saliendo por la puerta principal de la casona. La dibujó descalza, con un pie sobre el primer peldaño de la escalera y el otro en el aire, como si estuviera dispuesta a remontar vuelo.

—Le gusta andar descalza por *Domus Nebulae* —aclaró el Gitano —¿y sabés por qué?, porque es algo narcisista. La juventud se le ha demorado más en los pies, aunque también en las manos y en los hombros. Pero principalmente en los pies, que se los mira y acaricia a cada rato. ¡Pobre Diamela! ¿Qué voy a hacer con ella?

Atilio le hubiera contestado que se dejara de embromar y la devolviera, o la descuartizara para sacarla del escondite, o simulara suicidio arrojándola por el balcón, y al fin de cuentas él estaría mejor en la cárcel que en el manicomio, y ella en el cementerio o en el fondo del río que en compañía de un lunático. Y si no le dijo nada fue porque no estaba muy seguro de la verdad de la historia, y hasta dudaba de que la mujer existiera allí o en cualquier otra parte. Por momentos se le hacía claro que todo era invención del Gitano, quien parecía haber terminado por creer en su propio embuste. Un mitómano de primera. Otras veces, Atilio solía dormirse convencido de que todo aquello era cierto, porque cuando Julián repasaba prolijamente cada momento jamás se contradecía, y hasta le había mostrado fotos de cuando ella andaba por los veinte años. Por supuesto que podría haberse tratado de otra mujer. Tal vez fueron arrancadas de un álbum familiar de los que se venden en la feria de Tristán Narvaja, con decenas de fotografías de gente olvidada para siempre, pero que todavía se resisten a la sombra total y definitiva de este mundo, en esos cartones rígidos expuestos cada domingo a la luz y al polvo.

López terminó por aceptar la existencia de Diamela, y le entraron ganas de conocerla en persona. Nunca se propuso investigar el asunto seriamente, porque para ello tendría que haber sacrificado horas al sueño o a las tareas nocturnas para seguir a hurtadillas los pasos del Gitano hasta su madriguera y espiarlos cuando ambos salieran embozados a altas horas de la noche. Julián le había dicho: "Ella no quiere salir, pero a veces logro convencerla y bajamos a la calle cuando en el edificio no hay más señales de gente despierta, y caminamos hasta la rambla o el parque, y ella revive, revive tanto, que las primeras luces nos encuentran haciendo el amor".

Las visitas a los clientes de la firma importadora le llevaban a López la mayor parte del día, y se ocupaba hasta bien entrada la noche de ordenar fichas y organizar el trabajo para la semana siguiente. El sueldo era mínimo, pero las comisiones le permitían vivir con desahogo y ayudar a su madre y a la hermana soltera. Las historias de Julián, que escuchaba una o dos veces a la semana, en particular los sábados de

noche después de despedirse de su amiguita gallega, le procuraban ahora la expansión necesaria que siempre buscó en los cines. Al principio la historia le resultó divertida. Le parecía imposible que el Gitano se hubiese traído a Diamela desde el pueblo poco menos que raptada, y la tuviese viviendo con él en alguna madriguera desde hacía semanas. ¿Y hasta cuándo y dónde llegarían? La curiosidad por conocerla avivó en Atilio la imaginación y el escozor de un deseo hasta ese entonces casi desconocido. Antes de que Julián decidiera romper las hojas de cartulina o las servilletas donde dibujaba a la rejuvenecida veterana, Atilio se las quitaba para guardárselas en el bolsillo. Al otro no le importaba, porque cada vez que se despojaba de uno, era como si se sacara un fantasma de encima.

En otro país, no cualquier país, sino un país nominado para siempre, donde fuera posible tener un automóvil, alquilar un apartamento, mantener a una *girl*, y seguir siendo pobre, Julián se hubiera ganado la vida como dibujante de historietas ("Seguro que sí — insistía López — aunque te sobre talento y te falten ganas de cultivarlo"). Con un buen maestro o un jefe de producción que le exigiera a fondo, Julián hubiese llegado a ser un dibujante aceptable. En el momento tenía, al parecer, un solo admirador: López. Pero no dibujaba para lucirse ante él, confesaba el Gitano, sino para ordenar un poco sus ideas.

— Supongo — dijo Atilio el vendedor — que alguna vez le hablarías a Diamela de tus más o menos amigos, de mí, por ejemplo.

— Supongo que sí — contestó el Gitano con aire evasivo.

— Y cuando le hablás de mí, ¿sacás del bolsillo un cartoncito y me dibujás?

— Una vez te dibujé, con el maletín y el hombro caído. No me olvidé del bigotito. Le dije: este es mi amigo, el único. Nos conocemos desde la escuela. Pero ella no se interesó por vos. Quise inventar una historia, pero te juro que no se me ocurrió nada que valiera la pena. Quise soñarte hijodeputa, drogadicto, profanador, rapiñero, cualquiercosa, pero tenés que aceptar la realidad, Lopecito: la cara no te ayuda, no tenés más remedio que seguir viviendo a comisión (de ventas, no de delitos). Estás condenado a ser una honorable persona. Y Diamela no se interesa por las buenas personas: por eso se fugó conmigo.

El aire presuntuoso de Julián hería el amor propio de López, que aguantaba la parada sin dar señales de la menor contrariedad, porque de ese modo reafirmaba su convicción de que el otro era el enfermo y él el sano. Más bien debía de tratar de sentir piedad por el mitómano y el desubicado. Julián, sin saberlo, le refrescaba las virtudes de los lejanos tiempos del catecismo. Una vez superado el trance, López se veía enfrentado a un peligro mayor: su propio orgullo, que debía doblegar has-

ta reconocer que la perfección moral se alcanza a través de una historia de pequeñas, y a veces grandes, humillaciones. Atilio López necesitaba una dosis mínima de mortificación cotidiana para hallarle un sentido a la vida: era preciso sufrir un poco de desamparo para anhelar el refugio. Dios estaba demasiado lejos para él. "Cuanto más lejos, mejor —decía— así no tengo la espantosa sensación de molestarlo a cada rato y el temor a ser aplastado en cualquier momento". La de vendedor era sin duda una ocupación deplorable. Cuando pensaba en las maldades que se escribían en las máquinas cuyos accesorios vendía: testamentos adulterados, cartas adulterinas, anónimos infamantes, novelitas y cuentos pornográficos, las obscenidades que gustan ver en letras de molde los que aporrean por primera vez una máquina de escribir, los engendros con que se ganan el pan tantos articulistas, cuando pensaba en todo eso, López se flagelaba, pero no se lo confiaba a nadie. Cada vez que recibía sus comisiones, por alguna máquina vendida o por un encargo de accesorios, se sentía un poco culpable, por contribuir a que el mundo fuera más perverso. Conocía de memoria todos los escritos y academias de la ciudad en donde habían ido naufragando sus peregrinas ilusiones de poder llegar a desarrollar una actitud más libre y creadora, estimulada por el cine. Y estaba a punto de resignarse a perder los últimos vestigios de su imaginación, cuando en el escenario se anunciaba la presencia oculta de la rubia Diamela.



5. DESCONOCIDOS EN EL TREN

A Valentín Salustio jamás se la hubiera ocurrido instalar su parque de diversiones en un pueblo donde casi no había niños, ni jóvenes ociosos ni muchachas casaderas. Pero los acontecimientos de aquel año aciago lo obligaron a detenerse en Colodra. Adonde Salustio había pensado ir era a Marmarajá, porque allá vivían muchos niños, aunque todos eran pobres; pero Salustio sostenía que los pobres siempre se las ingenian para conseguir con qué divertirse. Y aquellos niños no conocían todavía sus galponcitos llenos de sorpresas, ni la carpa celeste salpicada de estrellas de cartón plateado, en cuyo interior los monos con trajes versallescos bailaban al compás de ritmos de moda, y donde la Sibila, detrás de un biombo decorado con figuras cabalísticas, adivinaba el presente y el futuro. Pero a Marmarajá era imposible llegar en el viejo y descomunal camión de mudanzas con la caja destartada y enormes letreros que anunciaban: *"Aquí llega el Mundo Mágico de Salustio"*, *"Alegría para Niños de Dos a Ochenta Años"*, *"¡Los Monos Saltimbanquis!"*, *"La Sibila que Lee La Suerte"*, *"Conozca su Destino"*, *"Tire al Blanco y Gane Valiosos premios"*; *"Atrévase a Entrar en el Laberinto de los Espejos Donde se Perdieron Muchos que Jamás Fueron Hallados"*. Las rutas a Marmarajá estaban intransitables y Salustio no quería correr el riesgo de quedar empantanado en medio del campo y menos ahora que no se conseguían repuestos para el camión. La Sibila, cuya influencia en los negocios de Salustio aumentaba con el paso del tiempo, trató de disuadirlo, argumentando que los negocios solo pueden prosperar si se los maneja con buen criterio; trató de hacerle ver que aquello no era más que un capricho. No tenía sentido cargar con los bártulos si no se aseguraban por lo menos quince días de funciones, y en Marmarajá, con mucha suerte, había para tres.

Salustio insistió. Quería volver a Marmarajá, que no visitaba desde los tiempos del circo, su gran circo con acróbatas y leones. La Sibila abrigaba la sospecha de que tal decisión obedecía a un deseo pertinaz de reencontrarse con viejas concubinas y con hijos naturales a quienes dejaría los ahorros acumulados a fuerza de trajinar durante treinta años de pueblo en pueblo.

La Sibila se había pasado noches en vela consultando el péndulo, el espejo, las barajas, la bola de cristal, las hojas de té, los astros y el fuego. Todos los oráculos coincidían en anunciar la muerte próxima de Valentín Salustio. Convencida de la eficacia de la radiestesia, ciencia que reservaba exclusivamente para sí, no había rato de ocio en que no sacara el péndulo de su cajita y se pusiera a descifrar los movimientos de la esfera de plata suspendida de un haz de cabellos rubios, cortados a una niña fallecida en menguante de agosto. Salustio moriría un lunes por la noche en forma repentina. Ataque al corazón. Pero el péndulo se resistía a revelar la fecha exacta. Cuando la Sibila dejaba oscilar la esfera sobre hojas de almanaque, los movimientos se volvían intrincados. Si se concentraba pensando en los años próximos, el péndulo parecía enloquecer. Fatigada, con los ojos enrojecidos y llorosos, volvía a guardar el péndulo en la cajita y deploraba no poder resistir la tentación de averiguar la fecha exacta del deceso, y hasta sentía un amago de remordimiento por desear la muerte del hombre que creía amar. ¿La traicionaría Salustio? ¿O se casaría finalmente con ella? (*Finalmente ya quería decir: in extremis*).

La Sibila le habría notado a Julián cierto aire de confesor, porque en la hora en que se retrasó la salida del tren —hubo que aguardar hasta que encontrara una locomotora disponible en alguna vía muerta—, el Gitano se enteró de vida y milagros del cirquero y su concubina. Ella se le acercó para pedirle fuego. El Gitano sacó de un bolsillo del gabán el yesquero del abuelo Tobías.

—¿Todavía existen esas antiguallas? Jamás había visto uno como ese. ¿Y esa bolita para qué es?

—Para apagarlo. ¿Ve? Tapa la boca del cañito para que la mecha no continúe encendida. Más de un paisano terminó con el poncho en llamas por cerrarlo mal.

La Sibila le ofreció un cigarrillo Abdullah.

—Gracias, no fumo —mintió. —Tengo el corazón destrozado.

—¿Y por qué lleva semejante yesquero?

—Por dos razones —respondió sin demora: —la primera, porque amo el fuego; la segunda para tener de qué conversar cuando no hay tema. Saco el yesquero, y empiezan las preguntas. Y de la función que cumple la bolita se deriva el cuento del paisano que, por distracción o borrachera, confundió los avíos con la mecha encendida y despertó en medio de una hoguera y se convirtió en luz mala corriendo por esos campos. Y siempre hay alguno que sabe un caso parecido; de ranchos, montes y trigales maduros, de barracas y carpinterías, que ardieron porque la bolita no calzó debidamente.

Le vinieron unas ganas enormes de pitar, pero tuvo que contentarse con aspirar el humo que la Sibila exhalaba lentamente por entre los labios fruncidos, carnosos y pintados de bermellón. Hacía años que no fumaba Abdullah ni proseaba con una mujer, así, sin urgencias ni compromisos demoledores. Había tiempo hasta para no hablar de amor.

Para fumar, era zurda. La mano derecha sostenía una novelita rosa con una pareja de enamorados estampados a todo color sobre las tapas. El índice oficiaba de marcador o de vínculo mágico entre ella y aquellos dos desventurados que hallarían la felicidad en la penúltima página.

— El yesquero — continuó Julián — me permite también rememorar la historia de su anterior propietario, don Tobías Aguiluz que se robó un submarino, cruzó el océano y fue a hundir el *Maine* en Cuba. Historia que afortunadamente no registran los libros de historia, esas imponentes partidas de defunción más mentirosas que las novelitas de Corín Tellado.

— ¿Quién le dijo que son mentirosas? Los personajes podrán ser imaginados, pero lo que ellos viven, alguien lo vive de verdad.

— Tiene usted razón. Con un poco de suerte e imaginación, uno mismo puede vivirlo. Podemos vivirlo.

La Sibila entornó los ojos. Por un instante vio al Gitano prisionero entre sus largas y rígidas pestañas. Esperó que le dijera más, esperó tanto, que el dedo índice abandonó el libro. Se perdió la página. Arrojó la colilla, suspiró ansiosa por el próximo paso. Esperó en vano.

— Gracias a Dios, mi abuelo no figura en los libros. Los historiadores siguen investigando el misterioso hundimiento del *Maine*. Espero que nunca descubran la verdad. De lo contrario, le extenderían otra partida de defunción.

Era como si hablara en griego; deseosa como estaba ella de escuchar hondas quejas de corazón destrozado por desengaños y remordimientos, y no historias viejas y nombres extraños (a no ser el de Cuba, que le trala a la memoria el ritmo entrador de los Lecuona). *Pero los hombres suelen ser reservados, menos cuando están en el interior de la carpa de la Sibila, donde vomitan todo lo que les pasa. A lo mejor está armando su estrategia. Se hace el interesante para que una, que es curiosa hasta la perdición, esté pendiente de lo que irá a decir. Si le cobrara por escucharlo, hablaría hasta por los codos.*

En aquellos ojos oscuros, dilatados por la ansiedad y por el sombreado verdoso con escamitas plateadas sobre los párpados, se leía fácilmente el pensamiento de la Sibila. El Gitano sonrió y desvió la mirada. *Si me sobrara un billete de diez se lo pondría entre las páginas del libro y le diría: bueno, cobrate, y te lo cuento todo.*

— Mujer cándida, si las hubo. Se daba aires de canchera y de mucho más. Declaraba haber recibido y cultivado extraños dones que le permitían llegar al corazón humano y pelarlo como si fuera una cebolla hasta descubrir sus más profundos secretos. No había línea de la mano que se le perdiera. Por eso, su mayor desazón la experimentó la noche en que la visitó un tipo que le mostraba las palmas de las manos completamente lisas. Venía a que le adivinara la suerte, a que le revelara un destino; tenía la mirada extraviada, con aire de locura progresiva. Dejaba caer puñados de billetes grandes sobre la mesita de tres patas. Y ella trataba de ingeniárselas para inventarle un futuro. Pero el hombre no se conformaba y volvía cada noche a reclamar su destino, para terminar llorando como un chiquilín; y una vez le dijo a la Sibila: “A vos también te voy a achurar si no me adivinás la suerte”.

Ese también se le clavó en el pecho como una anticipación del puñal asesino. Pero no estaba escrito que tuviese que acabar así, de lo contrario, lo hubiera visto en la bola de cristal o se lo hubiese gritado el pajarraco agorero desde el respaldo de la silla. Al loco lo capturaron poco después. Era autor de varias muertes que los cronistas policiales atribuían a un supuesto *asesino de los guantes de goma*, por la falta de huellas. El hombre declaró que, al no tener destino personal, terminó por convencerse de que él era el Destino y por eso tenía que matar o resignarse a ser nada.

— Me parece, Julián, que la Sibila mechó el argumento de alguna de sus novelitas.

— Una mala novela policial, Lopecito, pero con ese asunto se puede lograr algún efecto.

— Para mí que la Sibila quería convertirse en tu destino y *matarte* a su manera.

— O bien buscaba el modo de hacer más llevadero un viaje largo y cansador, pirateándome el interés. Me aseguró que al fin de ese viaje, me esperaba algo grande, decisivo, lo más importante de mi vida. “¿Cómo lo sabés?” (me decidí a tutearla) “si no me leíste las manos?” “Lo leo en tus ojos, morocho” — replicó.

— Y desde ese momento entraron en confianza.

— Exactamente, Lopecito; pero también en ese momento sonó la campana, seguida por el silbato del guarda, y Valentín Salustio entró en el vagón llevando los monos de la mano. Detrás de él, subió el cuarto pasajero (sin contar los monos): un gordo con sombrero tirolés. Entonces la Sibila se volvió lejana y muda, para enfrascarse en la lectura, abriendo el librito por cualquier página.

Y el tren empezó a moverse con crujido de tablas, temblequeo de vidrios y angustia de fierros que se resistían a iniciar la marcha.

Salustio había fletado dos vagones de carga con la utilería; él se instaló en el asiento menos vencido del único coche de pasajeros del pequeño convoy, flanqueado por los monos. La Sibila, frente a Salustio, pero del otro lado del pasillo, releía los pasajes más lacrimosos de la novelita. El cirquero acariciaba a los simios de la cabeza a la cola para que se mantuvieran tranquilos: prevención innecesaria, porque ya eran bastante viejos como para sentir la menor curiosidad por cosa alguna del mundo exterior. Como casi nadie viajaba en tren era posible hacerlo con animales, a pesar de las prohibiciones expresas e impresas en carteles destefidos. Bastaba con untar la mano del guarda con algunas monedas.

Los dos empleados de Salustio, muchachones desaseados, insolentes y homosexuales, se acomodaron en los vagones de carga, entre los hierros de la calesita desarmada, las chapas de las casillas de tiro al blanco, las cajas con los espejos, y todos aquellos bultos que nadie recordaba qué contenían.

Salustio viajaba como le gustaba: de espaldas al destino. Mirar cómo los postes se alejaban en vez de verlos venir. De esa manera el tiempo se estiraba, se volvía menos agresivo. De vez en cuando paseaba su mirada sobre la piel untuosa y blanquísima de la lectora, a quien en dos décadas de vida en común no se habla cansado de acariciar.

Los monos no molestaban a nadie, pero le repugnaban un poco al cuarto pasajero, cuyo rostro encendido parecía más grande bajo el ala brevísima del sombrerito tirolés. Valentín evitó su mirada porque por ahora no tenía ganas de conversar. Sabía que en cualquier momento el otro se le acercaría con algún pretexto. La sonrisita falsa que dejaba entrever un colmillo de oro, y el golpeteo del pie contra el piso, como si acompañara un ritmo tropical, le decían que el hombre no soportaría el silencio por más tiempo.

Cuando el tren aceleró la marcha, Valentín se incorporó un poco, tiró de la lengüeta de cuero y dejó caer la ventanilla. Soportó el aire frío que olía a petróleo quemado. Ahora se veía la bahía y el puerto. Pocos barcos. Cuando tenía circo con fieras, enanos y Amazonas, Salustio soñaba con un barco adornado con banderitas y luces de colores, que lo llevaría por todo el mundo. No pretendía conquistar Londres o Nueva York, porque aunque vivía con el alma suspendida del trapezio, tenía los pies bien plantados en la tierra. Lo que hubiera querido Salustio era desembarcar en pequeñas ciudades, donde la gente, sin la petulancia de

los que viven en las grandes urbes, conserva un poco de la inocencia infantil. Cómo se hubiera emocionado al ver a los espectadores apiñados en el muelle para recibir y despedir El Arca de Noé II (así se llamaría el barco), mientras los equilibristas y los monos saludaban a la multitud desde los mástiles.

Por el momento, habla que resignarse a itinerarios terrestres, en vehículos desvencijados, acarreado lo poco que se había salvado del naufragio. Hacía una hora que atravesaban campos quemados por la sequía. Cada vez era mayor la distancia entre estaciones. Se sucedían árboles polvorientos, vacas tristes y sedientas, ranchos que parecían deshabitados, colinas aburridoras y nubes avaras que se movían lentas sobre los campos yermos. Se imaginó Salustio que aquel viaje no acabaría nunca y que la muerte lo encontraría en ese mismo tren. En algún lugar, la Parca ocuparía el puesto del maquinista, haría un cambio de vía con la punta de la guadaña, y entrarían silenciosamente en el túnel infinito. Pero lo que ahora temía Salustio, era que terminara el viaje; llegar a cualquier estación y tener que descargar sus petates, inútiles en un lugar donde a nadie interesarían los laberintos de espejos, los monos, o la calesita con catorce caballitos de madera y cartón, enjaezados con cintas de seda.

Salustio vio con inquietud que el gordo del sombrero tirolés se levantaba de su asiento para estirar las piernas y, seguramente, también la lengua. Era inevitable; y de nada le valdría hacerse el dormido, porque apenas entreabriera los ojos, lo tendría frente a frente, tratando de empezar un diálogo de doscientos quilómetros, con una fracsecita tonta: "Simpáticos los monitos. ¿Cómo se llaman?"

—Simpáticos los monitos— dijo el gordo, aunque sin demostrar la menor curiosidad por sus nombres. Le daba lo mismo que el interlocutor fuera Salustio o la Sibila. Pero esta se sentía tan solidaria con las desventuras de una pobre huérfana, que ni siquiera oyó la voz del extraño.

Salustio no tuvo más remedio que agradecer en nombre de los monos la amabilidad del gordo.

—Gracias. Aunque ya están un poco viejos.

Julián, que se había ubicado en los últimos asientos, se alegró de que el gordo se detuviera en la mitad del vagón. No tenía ganas de hablar con nadie, a no ser con la infatigable lectora de repetidas historias, ahora vigilada y más ausente que nunca. Por eso, se entregó a tratar de descubrir un fragmento de paisaje que pudiera luego trasladar a sus murales. En vano. Aquello era como ver frente a la ventanilla, una y mil veces, el mismo lienzo pintado.

"El que dijo que somos la Suiza de América habrá pasado la vida en los bares contemplando, entre copa y copa, los paisajes alpinos pin-

tados en las paredes". Atilio recordaba la frase y hasta la escribió en su libreta. "Y uno termina haciendo lo mismo: picos nevados, pinitos simétricos y casitas de troncos con flores en las ventanas. Es lo que te piden, porque a la gente le gusta, tal vez porque le dijeron que somos los suizos americanos. Para inspirarse en el paisaje nacional hay que ser un genio: pura abstracción, casi la nada. Mucha luz con poco adentro".

—¿Va lejos? —preguntó Salustio, resignado a seguir conversando con el gordo.

—Sí, señor, a Colodra. Como quien dice: al culo del mundo, y como si eso fuera poco, tener que viajar en estos trenes. Voy una vez al mes, y me parece demasiado. Y usted, ¿a dónde viaja?

—A Marmarajá, si Dios quiere.

—Tal vez no quiera.

—¿Por qué lo dice?

—Porque a las siete empieza puntualmente la huelga de los ferroviarios.

—El tren tendría que llegar a Marmarajá a las dieciocho y cuarenta.

—Tendría que llegar. Pero no olvide que salimos con una hora de retraso, y, si no hay inconvenientes, nos atrasaremos otra.

—¿Si no hay inconvenientes?

—Naturalmente, porque si los hay, todo se vuelve imprevisible.

—Le agradezco la información. No acostumbro viajar en trenes.

Salustio estaba visiblemente nervioso. Se había puesto pálido, traspiraba en exceso y le temblaba ligeramente la mandíbula. La Sibila lo observaba preocupada. *No se te ocurrirá morirte aquí, Valentín; sería espantoso. Me vuelvo loca si te da el soponcio en esta catramina. Y nosotros tres, sin saber qué hacer con tu cadáver, y el guarda que dejará su escondrijo en la estafeta para acercarse, completamente borracho, a recordarnos la parte del reglamento referente a muertes repentinas y a cadáveres viajeros. Seguramente inventará impedimentos para recibir algo más de lo que le diste para poder viajar con los monos. Por favor Salustio, aguánta, no te nos mueras ahora, que no es lunes.*

Cuando le volvieron los colores a Valentín y el sudor disminuyó, la Sibila suspiró aliviada, y volvió a la huérfana del libro.

—¿Qué lo lleva a Marmarajá?, si no es indiscreción.

—Voy a instalar mi parquecito de diversiones.

—Un negocio arriesgado, sin duda.

—Pasé la vida afrontando riesgos. Hasta ahora supe sobrevivir.

—Lo felicito. En estos tiempos se necesita coraje.

—Son tiempos difíciles.

—Se me ocurre que si se ve obligado a detenerse en Colodra, no

drá mucha suerte. No hay niños, ni jóvenes. Sólo viejos. Unos viejos insoportables. La primera vez, fui allá como secretario de un diputado que ahora es senador. Tramitaba jubilaciones, de modo que conozco vida y milagros de esa gente. Pero ya se jubilaron casi todos. Ahora trabajo de comisionista. Les traigo de la ciudad cuanto cosa me piden: perfumes, remedios, orinales, anteojos, polvos afrodisíacos, baratijas, monedas de oro, en fin, de todo un poco, según la necesidad y condición del cliente. No se imagina usted cuánto gastan en bagatelas. Lo que más les gusta son las sorpresas, lo que les llevo sin que me lo encarguen: me lo sacan de las manos. La vida se les hace llevadera, y yo no me puedo quejar. Y a usted, ¿qué tal le va?

— Se hace lo que se puede. Es una actividad llena de riesgos y dificultades. Pero no la cambiaría por otra. Uno se acostumbra a pasar las de Caín, y se las ingenia para no pasar las de Abel.

— ¡Ja, ja!, muy ocurrente...

— Estoy tan hecho a las adversidades, que ya no puedo vivir sin ellas. No sé estar quieto. Mi mujer me dice a cada rato que ya es hora de venderlo todo y vivir tranquilos. Para mí la vida es esto, y además, ¿a quién se le pasaría por la imaginación comprarme la calesita, los monos y los espejos. ¡Si usted hubiera visto a Valentín Salustio cuando tenía circol

— Le juro que lo vi, sí señor, con mis propios ojos. ¿No anduvo usted por Bella Unión allá por el cincuenta y tantos?

— Exactamente; en el cincuenta y dos.

— Entonces lo vi, y le aseguro que me gustó muchísimo.

— Eran otros tiempos. Uno podía tener leones, leopardos, focas, y cuanto bicho se le antojase. Hoy, apenas puedo mantener a estos pobres monos. Pero tuve el buen tino de liquidar el circo en el momento oportuno. ¿Sabe cuánta carne consume por día un león?

— Al precio actual, debe salir un disparate. ¡Ah!, los de antes sí eran espectáculos.

— Ahora la gente paga para aburrirse. Lo que más deja es el horóscopo y cualquier forma de adivinación del mañana. Quieren saber cuánto tiempo les queda de aburrimiento. Si no fuera por la Sibila y por los monos que sacan los oráculos de una galera, la calesita y el tiro al blanco ya estarían arrumbados. Los que me reportaron mayores ganancias fueron unos hermanos siameses que trabajaban por la comida. Aprendieron a hacer malabarismos, a tocar el órgano de vapor y a hacer piruetas. La gente aplaudía a rabiar. Fue el gran negocio de mi vida, sobre todo cuando se los vendí a unos yanquis que hacen patinaje sobre hielo. Mi temor era que en cualquier momento estiraran la pata. Sepa, amigo,

que el secreto del negocio del circo está en saber olfatear a la parca. La muerte de un elefante, por ejemplo, es lo más incómodo y caro que le pueda suceder. A mí se me murió uno, justo en el desfile de presentación por la calle principal de un pueblo. Desde ese día quedé tan escamado que oigo el ruido de la guadaña cuando corta el aire a una legua. Es triste que se le muera un monito amaestrado; paciencia. Pero uno va y lo entierra en cualquier pedacito de tierra. Un elefante es otro cantar.

Y Salustio empezó a contar con ganas lo que ocurrió aquella tarde de verano cuando irrumpieron en Porongos con bombos, platillos, cornetas y cohetes, arrojando al aire confeti, serpentinas y volantes; con los payasos que hacían piruetas, los enanos que pedaleaban triciclos, la mujer barbuda que, de vez en cuando dejaba que le tocaran los pelos para que nadie pensara que había truco, la ecuyere (que era un muchacho vestido de mujer) y el jinete andaluz (que era una mujer disfrazada de hombre), los forzudos, las momias y el gigante de Marruecos, los monos, los leones, la foca, el unicornio (sí, el unicornio), y de pronto el elefante, con las uñas doradas y complicados arabescos pintados sobre el cuero, se sienta; se sienta el elefante como para que alguien se le encarama en el lomo — así lo esperaban todos— pero la que se le sube es la Muerte que Salustio aprendió a olfatear ese día en Porongos; aquella vez Salustio tuvo ganas de correr y saltar sobre todas las cosas, cuando el malabarista alcanzó la cabeza del desfile y le dijo: “Señor Valentín, el elefante se ha caído”. Salustio no perdió la serenidad, pero tuvo miedo de no poder resistir el deseo de echarse a correr sin rumbo. “El cirquero debe empezar por domarse a sí mismo”, se repetía. Cuando llegó, el paquidermo se acostaba lentamente sobre el lado izquierdo, los ojos se achicaban hasta lo invisible, y la trompa parecía una funda vieja sobre el pavimento recalentado por el sol de enero. “¡Debe ser el calor — gritó Salustio— traigan agua!”. De todas las casas salía gente con baldes y cacerolas repletas que vaciaban sobre el animal, y también le echaban en la boca. “No hay nada que hacer — dijo el farmacéutico— se va a morir”. Y se murió, para no desmentir al hombre de guardapolvo manchado de yodo y lentes remendados con cinta adhesiva. Se hizo un gran silencio. Nadie hubiera imaginado que en las calles de Porongos fuera a morir un ejemplar nacido en el África. Fue el espectáculo del año. Lo peor vino después, cuando las autoridades se hicieron presentes y exigieron a Salustio que retirase a la brevedad de la vía pública el cadáver del elefante. “La única solución es descuartizarlo”, dijo el gigante. “Sí, pero hay que esperar a que se enfríe”, observó el farmacéutico, “para evitar que la sangre inunde la calle”. Las autoridades exigieron que la operación se realizara por la noche para evitar el mosquerío. La policía impidió que la gente se acercara al animal, sobre todo los niños, que

querían subirse al promontorio de arrugas, pero las azoteas se llenaron de público que no durmió aquella noche para poder asistir a la fabulosa carnicería. Se trajeron cantidades de hachas, sierras y cuchillas, y los hombres del circo trabajaron hasta la madrugada. Primero le sacaron los colmillos que eran postizos: madera de pino pintada al esmalte, después le cortaron la trompa y una oreja que quedó como trofeo en la escuela pública. Las tripas las enterraron en una fosa que cavó el forzado con ayuda del gigante en las afueras del pueblo. Los leones se hartaron durante una semana, y los perros vagabundos olvidaron el hambre por algunos días: en el reparto les tocó el corazón, el hígado, y un poco de carne magra. Los huesos fueron arrojados a una cantera, y después que los cuervos y las hormigas coloradas se encargaron de limpiarlos, los niños jugaron con ellos y se los fueron llevando para sus casas donde sirven de adorno en los jardines. No hay familia de Porongos que no posea un fragmento de elefante. El curandero se ocupó de disecar la piel de la trompa y del sexo, para molerla y vendérsela a sus pacientes como el mejor de los vigorizantes. Del elefante se habló mucho tiempo, y se habla todavía en Porongos, donde sigue siendo el tema preferido de las composiciones escolares.

— ¡Hay que tener vocación para dedicar la vida al circo! — exclamó el gordo entre asombrado y escéptico.

— Vocación y talento. Disculpe la inmodestia. Talento para amaestrar animales, talento para domar a la gente. Y una gran paciencia, por supuesto.

— ¿Y empezó muy joven?

— Mire, amigo, usted nunca sabrá de nadie que decida emprender la aventura del circo a los veinte, a los treinta, o a los cuarenta años. El gusto por el circo es prenatal. Uno está encerrado todavía en la matriz cuando siente la primera emoción ante las vibraciones del bombo, las cornetas, las carcajadas, los rugidos y los aplausos. Es algo orgánico. Yo nací en un intervalo. Mi madre estaba participando en la parodia de un canombe. Disfrazada de negra vieja, hacía mojigangas sobre la arena. De pronto lanzó un alarido, y doblada por el dolor, salió agarrándose el vientre. Antes de desaparecer, según se cuenta, tuvo fuerzas para volverse y dirigir al público una guiñada burlesca. Mi padre la ayudó a parir. Y para el público, que aplaudía a rabiar, el número se completó cuando salió un payaso llevando en brazos a un enano que le gritaba al chimpancé: “¡Papito!, ¡papito!”. Cuando uno nace en circunstancias semejantes, queda marcado a fuego por el destino. Al día siguiente se duplicó la venta de entradas. El número que nadie había preparado, debió repetirse a pedido del público una y otra vez. El detalle del vientre de la parturienta se solucionó primero con un almohadón,

luego se mejoró el efecto al ocultarse el mismo enano bajo las faldas enormes. Mamá daba a luz a la vista de todos. El enano salía corriendo para abrazar y besar al chimpancé en quien reconocía a su papito. Con mi venida al mundo, la empresa inició una temporada de prosperidad... Como ve, el circo no es para todos. Exige audacia e inventiva. Mi número exclusivo fue el de los "boxeadores siameses". Como se pasaban el día riñendo, decidí ponerles guantes de box y largarlos a la pista. Subían al ring que, al cabo de unos minutos, se desarmaba de improviso entre humo y detonaciones. La pelea continuaba a pesar de todo, y la escena terminaba cuando el árbitro, desobedecido, y también golpeado, los perseguía con un hacha enorme con el propósito de separarlos. El público deliraba. La gente se divierte más con sus semejantes que con los animales que siempre hacen las mismas gracias. Eche hombres a la arena, y ofrecerá un espectáculo variado. Comen menos y entretienen más. Con lo que engulle un león al mes, alimenta una trupe todo el año.

— Con semejante experiencia, bien pudiera usted hacer carrera política.

— Me gusta dormir tranquilo.

— En eso coincidimos; es preferible el trabajo independiente, aunque no se gane mucho.

— Pero hay que tener muy buena salud, porque si la salud flaquea y uno no está prendido a la teta del presupuesto nacional, puede darse por muerto.

— Lo noto un tanto deprimido. ¡Animo, amigo! Pero Eladio Grajales, un servidor, para todo tiene un remedio. ¿Cuánto hace que no ríe con ganas? ¿Eh? A ver si recuerda.

— No sé, tal vez en los tiempos del circo. Después de la función nos sentábamos a tomar vino y hacer cuentos verdes hasta la madrugada.

— Pues yo le tengo reservada una sorpresa. Recién llegada al país. De contrabando, por supuesto.

Sacó de su maletín una bolsita de franela con una inscripción en inglés. Cuando Valentín la tuvo en sus manos algo se movió en el interior y comenzó a oírse una risa metálica, contagiosa, interminable. El comisionista lanzó una carcajada promocional, la Sibila se distrajo de su lectura, y una risita contenida le hacía temblar los pechos; reía Valentín que se secaba las lágrimas con los puños de la camisa, y allá en el fondo también reía el Gitano. Y en el otro extremo del vagón, los monos se abrazaban asustados.

— ¡Las cosas que inventan esos japoneses! — dijo Grajales cuando a la bolsa se le terminó la risa. — ¡*Lauching Bag!* La máquina de reír. La risa envasada. ¿Se da cuenta? Se venderán millones en todo el mundo. Sustituye al payaso y al cuento verde. En el fondo, es un producto de la

tristeza colectiva.

— Es muy cierto aquello de que es más fácil hacer llorar que hacer reír — dijo Valentín.

Y bajó la voz para agregar:

— Ahí tiene a mi mujer, que llora a cada rato con esas novelitas de mierda.

El gordo aprovechó la oportunidad para mirar detenidamente a la Sibila, y descubrió que la hembra le gustaba.

— No es fácil hacer reír, señor Grajales. Ponga otra vez en funcionamiento la bolsita que ríe, y verá que la segunda vez no nos reímos tanto. ¿Sabe por qué?

— Porque no hay sorpresa — se apresuró a responder Grajales que no tenía la menor intención de hacer el experimento.

— Mi oficio es el de divertir a la gente, y le aseguro que no siempre lo he logrado a satisfacción. Usted, en cambio, cada día tiene la posibilidad de hallar algo novedoso para asombrar a sus clientes: la risa embolsada, por ejemplo. Yo dispongo solamente de viejos recursos. El público se ríe siempre de las mismas idioteces, y cada vez se ríe menos. Se ha perdido la inocencia. Además la risa está desprestigiada. La gente "fina" no va más allá de una sonrisita remilgada. Se supone que la cajada pertenece al pueblo. ¿Y qué ganas va a tener el pueblo de reírse? La vi venir, señor Grajales, la vi venir. Y por eso liquidé el circo. Me defiendo con el tiro al blanco, que sirve para descargar broncas, con la calesita, que siempre atrae a los niños, con los espejos y otros bártulos. A la crisis también la olfateé de lejos y vendí todo a un precio razonable, y entre rentas y taquillas vamos tirando. ¡Pero qué tristeza!

— Así es, y no hay vuelta que darle. La risa es una antigualla. Ya ni las murgas hacen reír. Hasta las muñecas, que se fabrican en serie, tienen unas caras que dan grima: ni una sonrisita.

— En nuestros tiempos se rela con franqueza. ¿Se acuerda de Ben Turpín y de Tripita?

— La gente rela a reventar.

— ¡No me hable! Yo salía del cine con dolor de barriga.

— Todo era más natural.

— Sí, mucho más natural.

— ¡Qué se le va a hacer! Triunfó la campaña para erradicar la risa.

— En el futuro cuando alguien quiera recordar cómo sonaba, tendrá que hacer funcionar esa bolsita que no recuerdo cómo se llama.

— *Lauching Bag*; yo lo pronuncio así, como se escribe, porque en inglés me resulta complicado.

Valentín Salustio terminó por comprarle una. El gordo le juró que por ser para él, se la vendía al costo, sin margen de ganancia, y que si no

fuera porque los malditos marineros chinos se las cobraban en dólares, se la regalaría con el mayor gusto, nada más que por retribuirle de alguna manera el placer de su compañía, que le hacía tan grato el largo viaje.

Sin devolverle los cumplidos, Salustio abrió la bolsita para curiosear el mecanismo.

—¿Ve? No hay que darle cuerda —explicó Grajales;— si la apoya de este lado, empieza la risa, si la apoya del otro, se detiene.

Salustio accionó el mecanismo, y la carcajada irrumpió entre los ruidos del vagón desvencijado. Entonces asomó la cabeza el guarda completamente ebrio y desconcertado por aquella carcajada que no pertenecía a ninguno de los presentes. Antes de cerrar la puerta y volver a la botella, dijo, armando trabajosamente las palabras:

—¡Si estaré en pedo!

Y de inmediato se oyó otra carcajada, la del gordo, tan carnal y contagiosa, que obligó a Salustio a silenciar la *Lauching Bag*. Mientras la Sibila y yo festejábamos las ocurrencias de Grajales a propósito del azoramiento del guarda, Salustio se quedó ensimismado con la mirada clavada en el piso.

Te confieso, Lopecito, que sentí una pena muy profunda al ver a aquel hombre corpulento y agobiado, condenado a morir en lunes, con la bolsita de la risa entre las manos. No la había comprado para sacudirse el tedio, ni para regalársela a la mujer que se mostraba contrariada por aquel gasto superfluo. Por lo que ella misma me había contado, supuse que la había comprado pensando en un niño, que ahora sería un muchachito, y a quien esperaría encontrar en Marmarajá.

Yo ya estaba harto del mismo paisaje, de comprobar que las estaciones, cada vez más distantes, donde no subía ni bajaba nadie, eran todas iguales. Cada vez que el tren volvía a ponerse en marcha, me parecía que la próxima estación quedaba en lo infinito. Me sentí desolado. Había llegado el momento de acercarme a los otros.

Me quejé de la lentitud y del estado deplorable del tren y de las vías, suponiendo que ellos estarían de acuerdo. Más bien estaban resignados. El gordo me preguntó a dónde iba. Tuve ganas de contestarle: y a usted qué le importa, pero como lo que yo necesitaba era compañía,

—Voy a cualquier parte —respondí.

—No se venden pasajes a cualquier lado —me retrucó.

—Bueno, a cualquier parte que no cueste más de veinte pesos. Eso mismo se lo dije al boleterero.

—No lo largue así, cualquiera podría sospechar que se trata de un fugitivo.

—Acertó: asalto a mano armada con doble homicidio —le espeté, mirándolo fijo.

El gordo no se la tragó. Salustio tampoco, pero la Sibila pareció inquietarse.

— Esperemos que no se le ocurra asaltar el tren — bromeó el gordo.

— Esperemos que sí — dijo Salustio; — a este viaje lo que le falta es emoción.

— Precisamente por eso estoy aquí. Más adelante esperan los muchachos. En un cruce carretero.

— Me harían un gran favor, si se lo llevaran todo — aseguró Salustio.

No me atreví a preguntarle: ¿También a la mujer?

Tenemos que admitir, querido Lopecito, que nos tocó vivir unos tiempos aburridos, en los que ya no es posible robar un prototipo de submarino e ir a hacer la guerra por cuenta propia. Y ahora, para asaltar un tren no basta con la decisión y el coraje, tenés que ser experto en algo, con todos los exámenes aprobados y el diploma correspondiente.

Don Tobías y el manco Rendo lo hubieran hecho sin problemas, aunque más no fuera por darse el gusto de llenar de espanto a unos pobres diablos, y alzarse con el magro botín de un reloj de bolsillo, algunos cientos de pesos, un par de botellas de gtlisqui de contrabando, y posiblemente también a una mujer atraída por el vértigo de lo incierto y decidida de una vez por todas a hacer de su vida una novela. Hubiesen huido en la locomotora hasta donde encontraran caballos, y después, a todo galope, hasta un río donde encontraran una lancha, y después...; ahí está el secreto: en la vida de don Tobías siempre había un después donde se gulan ocurriendo cosas.

— Aparte de asaltar trenes, y si no es indiscreción, ¿a qué se dedica el señor? — me preguntó Salustio.

— Soy pintor.

— ¿Pintor pintor? — inquirió la Sibila.

— ¿Qué quiere decir con eso de *pintor pintor*? — contraataqué fingiéndome fastidiado.

— Bueno, si es artista o...

— ¡Ah!, ya sé. Lo que usted quiere saber es si se trata de oficio o arteificio.

La dejé estupefacta.

— Hablemos claro — terció Grajales. — ¿Pinta usted cuadros o paredes?

— Pinto cuadros en paredes: soy muralista, artista ambulante, paisajista y restaurador en hoteles, restaurantes, confiterías y bares.

— ¡Justo el tipo que andaba buscando! — exclamó Salustio, que se estiró para palmotearme el hombro. — Mi calesita está necesitando unos retoques.

Cuando nos quedamos sin tema, Salustio echó mano al último recurso contra la murria: un mazo de barajas españolas, grasientas y gastadas en los bordes.

— ¿A qué jugamos?

— ¡A la conga! — decidió la Sibila con entusiasmo infantil. Guardó la novelita en el bolso y vino a sentarse a mi lado.

— Jugaremos monedas de veinte centésimos — sentenció Salustio, — y con las mayores garantías. ¿De acuerdo?

Con un silbido llamó a los simios que se disputaban el envoltorio de un caramelo. Le dio el mazo al mono, que barajó los naipes con pericia profesional y, luego que la mona hizo el corte, repartió las cartas entre los jugadores.

— Es un animalito asombroso.

— Sí, pero es una desgracia que no haya aprendido a jugar. Fue mi estúpido sueño montevideano: el mono tallador en el paraíso de los timberos. ¡Hubiera amasado una fortuna!

6. LA SIESTA DEL BURRO

Fue una tristeza llegar a Colodra con las últimas luces. El viaje había sido grato en el último tramo. Cuando el tren dejó la estación anterior a la de nuestro destino obligado, ya nos tratábamos como viejos conocidos. No era la primera vez que yo experimentaba esa simpatía, esa comunicación cordial con los demás viajeros, que termina irremediablemente con el viaje. Pensá, Lopicito, en todo lo que este cuerpo ha viajado. En los recorridos largos, hay un momento en que la gente se abre como flores, y son todos amigos, charlan, se interesan por los problemas ajenos, se convidan con cigarrillos y golosinas, juegan a las cartas o al ta-te-ti, y se entusiasman cuando descubren que el vecino de asiento también es amigo de Fulano, es hincha del mismo club y votó por el mismo lema. Pero cuando el tren, o lo que te lleve, se acerca al final del recorrido, todos vuelven a sentirse extraños. En la etapa final de aquel viaje a Colodra, hasta la Sibila había dejado su aislamiento romántico y reía libremente con las bromas que el gordo Grajales siguió haciendo a propósito del guarda, que aparecía de vez en cuando con su rostro amoratado y los ojos en menguante, como si insistiera en querer averiguar cuántos eran los monos. Al trasponer la última curva, abrió la puerta de par en par y se afirmó en el marco para gritar:

— ¡Cooooloodraaa! Aquí nos quedamos. ¡Viva la huelga!

El tren aminoró la marcha. Se acabó la partida. Ganó Grajales, que levantó un puñado de moneditas de plata, y mientras Salustio recogía los naipes, le hizo una guiñada a la Sibila. La mujer bajó los ojos, llena del candor de las heroínas de las novelitas. Los lazos que nos unieron en el último tramo comenzaron a deshacerse. Tal vez fue la incertidumbre de llegar quién sabe a dónde y no saber qué nos esperaba, lo que nos mantuvo unidos ese rato. Eso, al menos, le ocurría a la pareja y a mí. Grajales conocía el terreno y era evidente que no tenía el menor interés en ocuparse de nosotros. Se despidió fríamente, sin darnos la mano. No bien bajamos, la Sibila se refugió en la penumbra de la sala de espera. Salustio, antes de ordenar a sus peones que comenzaran a descargar los bultos, ató los monos a un poste para que no se perdieran en las sombras.

Fui a parar a la casa de una vieja que alquilaba cama con desayuno. Me la recomendó el encargado de la estación quien, aunque jubilado como casi todos los vecinos, continuaba allí a la espera de que alguien estuviera dispuesto a ocupar su lugar, es decir, a enterrarse en estación Colodra.

Pagué por un cuarto húmedo, cerrado desde tiempo inmemorial. Yo debía de ser el primer huésped en muchos años, bajo el cielo raso de tablas que por la noche tremaba por un trajinar constante de comadrijas. El olor de los animalitos se mezclaba con el del gallinero y con el del estiércol que abonaba la pequeña huerta donde doña Francisca cultivaba solamente boniatos y cebollas. He dormido en lugares peores. Ni siquiera me repugnó, la primera noche, la araña parda sobre la almohada, ni me desvelaba la tos cavernosa de la anciana al otro lado del tabique. El desayuno consistió invariablemente en una taza de leche con galleta dura, almorzaba por ahí lo que podía y cenaba boniatos asados que la vieja revolvió pacientemente entre las ascuas de su brasero. En cada lugar a donde llevo hay un pequeño infierno, o, en el mejor de los casos, purgatorio, donde me instalo, padezco y sueño. No me mires con esa cara, Lopecito; que no tenés por qué ponerte en mi lugar. Podés quedarte cómodamente en el tuyo, sin sentir remordimientos. Como verás más adelante, la vida tiene sus compensaciones; de vez en cuando te hace un regalito. Lo que es a mí, siempre me faltaron la imaginación y el coraje del abuelo Tobías para crear situaciones. Siempre me encuentro en ellas sin saber cómo llegué, y salgo por razones ajenas a mi voluntad. Me resisto a creer en Dios. Lo sustituyo por el azar. Sé que vas a decirme que este es más cruel y arbitrario. Al menos no tengo que rendirle cuentas de lo que hago.

Así, sin saber exactamente por qué me encontraba en Colodra, si por la huelga de trenes o por los veinte pesos que jugué al azar en la boletería de la estación Central, anduve deambulando por el pueblo, sin posibilidades de trabajo. Los murales del club social habían sido devorados por los hongos, pero no había ánimo ni dinero para reconstruir y mejorar las marinas y el paisaje alpino. También la iglesia necesitaba retoques: algunos ángeles habían perdido las alas, San Bernardo, el perro, y los apóstoles, aureolas, manos y pies; la paloma del Espíritu Santo era apenas una silueta herida por las goteras. Trabajo para unos meses. Pero a nadie le preocupaba el deterioro, sino al cura viejo que ya estaba resignado y a la espera de que el templo se derrumbara en cualquier momento. Le rogaba al Señor que antes se lo llevara a él de este mundo. Sólo decía una misa a la semana, los domingos temprano, para media docena de ancianas que colaboraban con la limpieza.

De manera que la única posibilidad de hacerme de algún peso era la

de remozar los dibujos de la calesita de Salustio y darle un poco de vida a los carteles desteñidos. La única esperanza hasta que los trenes volvieran a funcionar. No habla otra manera de salir de allí, a no ser a pie o en el ómnibus de horario incierto que debería llegar los sábados de la capital de departamento.

Yo bajaba al río para perderme entre los árboles y desaparecer de la mirada inquisidora de la gente que desconfía de todo forastero que pernocta en Colodra. Al bar y al club no concurría porque no encontraba con quién charlar sin aprensiones. Forastero y sin ocupación, era fatalmente un sospechoso.

Mi único interlocutor fue, entonces, el cura viejo que me esperaba de tardecita bajo los paraísos del patio, con el mate pronto y una copa de caña con pitanga. Le gustaba hablar conmigo, porque ya no había gente joven en Colodra.

—Unos se han ido a buscar trabajo en la Argentina, otros, Dios sabe a dónde; los menos, a estudiar en Montevideo. Desde que se fue la muchachada —se lamentaba el padre Lorenzo, —esto es el desierto; un silencio de Dios tremendo. Y muchos temen que, si vuelven, lo harán con la cabeza llena de ideas raras y una bomba en la mano. Por eso han levantado alrededor de Colodra un muro invisible y espeso que protege vidas y haciendas. Opinan que después de todo tienen derecho a vivir en paz en medio de un mundo donde todo se vuelve cada vez más arrevesado y violento. No piden más que esto, y creen que no es mucho pedir: “que nada perturbe nuestra siesta”. Y se consideran seres privilegiados porque también la muerte se ha alejado de Colodra. El último entierro tuvo lugar hace veinte años, por lo que hasta los difuntos descansan aquí mejor que en cualquier otra parte y el sepulturero pasa los días y las noches haciendo boliche y jugando a la baraja. Dos décadas sin cavar, le han dejado los dedos suaves y veloces. Es el mejor jugador de truco, monte y siete y medio. La funeraria se vio obligada a cerrar y trasladarse a la capital del departamento. Los ataúdes se apolillaban, los álbumes de firmas se pusieron amarillentos y mohosos y los crespones de color ratón, mientras las moscas se encargaban de estropear las flores de cera y las cintas de las coronas. “Aquí la muerte es un mal negocio”, decían los vecinos al funebrero, para que este se fuera de una vez. “Por ahora”, repetía Genaro Granochi, armado de paciencia. Recién cuando se cumplió el tercer año sin que hubiera difunto, lo vieron partir en la misma carroza, cargada de ataúdes y tirada por dos caballos negros. Los vecinos se hicieron la ilusión, acrecentada a medida que pasaba (no pasaba) el tiempo, de que se habían librado de aquello, Dios sabía hasta cuándo.

El padre Lorenzo se lamentaba de que esa circunstancia en lugar de

acercar la gente a la iglesia, la alejó del todo. Tan seguros se sentían en sus parcelitas, durmiendo la siesta del burro, ese suefíto que se hace antes del almuerzo, al arrullo de las tapas de las ollas mientras se cuecen guisados.

— Es el mejor de los sueños — asegura Atilio, — y solamente por eso valdría la pena vivir en Colodra. Durante mis siestas del burro veo las mejores películas, particularmente en esos estados de duermevela en que todo se vuelve colorido y carnoso y parece estar al alcance de la mano.

— Por eso el cura decía que las siestas del burro eran más bien siestas del Diablo. ¿Pero por qué la mayoría de los vecinos eran tan afectos a la siesta del burro? El padre Lorenzo afirmaba que, en general, sufrían de insomnio y de terrores nocturnos no confesados. Imaginaban que en cualquier momento serían copados por una columna guerrillera, o, simplemente, que un grupo de forajidos se adueñaría del pueblo por unas horas como había ocurrido medio siglo atrás. Los más viejos todavía no se habían repuesto del trauma y dormían con un ojo abierto y la escopeta al alcance de la mano. Los forajidos vinieron de la costa del río Uruguay donde les había fallado un golpe de sorpresa a unos contrabandistas. Al encontrarse en medio de la tormenta, sin el botín esperado, y agotada la bebida, no tuvieron más remedio ("créame padre, que no tuvimos más remedio") que caer en horas de la madrugada sobre la población más próxima ("mis hombres no pueden estarse quietos sin beber, que después de todo no es el peor de los pecados, ¿no lo cree usted, padrecito? Por favor si no nos absuelve, le pedimos que ruegue por nosotros, no para que Dios nos perdone, sino para que la milicada no dé con nosotros. Porque en ese caso correrá sangre y también morirán algunos inocentes, de esos que siempre se asoman a la puerta para ver qué pasa").

Llegaron bajo un diluvio. Nadie se dio cuenta; ni los perros, amedrentados por los truenos. Primero fueron a la comisaría, donde les resultó fácil reducir a los guardias dormidos, y después derribaron la puerta del boliche para echar mano a las botellas y darse a beber como locos. Si no hubiera sido porque dos o tres grupos de borrachos salieron a cantar y a apagar faroles a tiros, los vecinos no se hubiesen enterado hasta la mañana que los forajidos habían invadido el pueblo.

Nadie se atrevió a salir a la calle y tampoco fue posible coordinar alguna acción contra los invasores. Los que tenían armas se atrinchero en sus casas. Se preguntaban si había comenzado otra revolución, pero como los recién llegados no llevaban bandera ni divisas, ni gritaban consignas, los vecinos armados de viejos rifles, revólveres y escopetas no se atrevían a disparar por no saber a ciencia cierta contra quién o

contra qué lo hacían.

El padre Lorenzo, que estrenaba sus hábitos en Colodra, no bien se enteró de la presencia de los extraños, salió a parlamentar con ellos para que abandonaran el lugar sin perturbar la paz de los vecinos. ¿A que no sabés quién era el cabecilla?

—Don Tobías, de lo contrario no me hubieras hecho la pregunta.

—Exacto, Lopicito. Con él estaba el manco Rendo y también, supongo yo, algunos de los que poco después desaparecieron con El Deslumbrado.

El cura invitó al jefe a conversar en la parroquia, donde empezó por recordar al Tobías bíblico, cuyo padre le aconsejaba: “No hagas a nadie lo que no quieras que te hagan. No bebas vino hasta emborracharte y no hagas de la embriaguez tu compañera de camino”.

“Pero, padrecito”, —le dijo el abuelo al cura—, “los muchachos necesitan relajarse un poco. Los negocios salieron mal y la noche fue muy dura. Quédese tranquilo, y después que nos hayamos ido, aquí no pasó nada. Podríamos violar mujeres, saquear el pueblo e incendiarlo, pero yo soy hombre de hazañas más honrosas”.

Y le contó la historia, empezando por el viaje a Berlín donde el ingeniero Isaac Peral murió con la esperanza de que aquel aventurero demostrara la viabilidad de su proyecto. Luego rememoró los tres años de preparativos, financiados con fondos secretos del estado prusiano, y, finalmente, la incursión en La Habana y el hundimiento del “Maine”.

Yo conocía la odisea del submarino a grandes rasgos. Los detalles me los proporcionó el cura, quien, aficionado a la historia, se interesó por el relato de aquel que supo estar en todas partes. Se lució, por lo prolífico, en el asunto de los acumuladores. El ingeniero Peral, que había dedicado los mejores años de su vida a estudiar y resolver el problema del almacenamiento de electricidad, le confió varios secretos y le dio consejos prácticos para que el submarino pudiera operar en cualquier mar del planeta. Por supuesto que se necesitaba un buque madre con generador, pues la autonomía del sumergible era bastante limitada. Tobías tomó nota de todo y también le hizo muchas preguntas. Aquellos días debieron de ser los más felices para Isaac Peral, quien, a pesar de la encendida defensa que de él hiciera en las Cortes otro ingeniero, José Echegaray, que llegó a premio Nobel de Literatura, y a pesar también de la adhesión popular —había cromos con el retrato de Peral en todos los rincones de España—, tuvo que sufrir la indiferencia oficial, la falta de recursos, y finalmente el olvido. Al ver inclinado sobre su lecho de muerte a aquel hombre decidido a hacer funcionar el submarino, le habrán renacido las esperanzas. Suerte para él que falleció en seguida y no tuvo que padecer el hundimiento definitivo de sus ilusiones.

— Hay por ahí un bar llamado "El Submarino Peral".

— Y hay también una colchonería. Pero para la mayoría es un nombre extraño. No saben de qué se trata.

— Algún intelectual de boliche les explicará a sus contertulios que es una imagen poética: el peral submarino, e inventará un mito, o, a partir de allí, tratará de descubrir otras imágenes: el olmo subterráneo, el manzano aéreo. Cada cual imagina lo que puede a falta de una explicación correcta. Hasta los profesores de historia ignoran que el "Maine" fue hundido en febrero de 1898 por un torpedo disparado desde el submarino Peral, que hizo impacto en la proa del crucero que se hundió rápidamente con doscientos sesenta tripulantes.

— Y de ese modo tu abuelito querido se salvó de pasar al panteón de la Historia y de que algún inconsciente le levantara un monumento.

— Me enteré por el cura que don Tobías escribió desde Montevideo a Su Majestad el rey Alfonso XIII, una carta en la que explicaba pormenorizadamente las verdaderas circunstancias del hundimiento del "Maine", y le reclamaba al monarca una pensión por su participación en la guerra. ¡De dónde! Jamás recibió respuesta, ya fuera porque el Estado Mayor considerara impropio dar crédito a semejante noticia que comprometía la posición que había adoptado el reino en un asunto tan sonado como jamás aclarado, o porque privara la opinión de que se trataba de los delirios de un loco. Pero el loco tenía argumentos de peso para defenderse de toda acusación de irresponsabilidad, por haber actuado por su cuenta, sin el conocimiento y la anuencia de las autoridades competentes. El padre Lorenzo había leído una copia de la carta (o acaso el original que nunca fue enviado), que el aventurero llevaba en su faltriquera. Recordaba vagamente, pero recordaba, que don Tobías aducía a su favor que si el suyo había sido un acto anárquico, aunque sabiamente planeado luego de ingentes trabajos y enormes sacrificios, merecía de todos modos el reconocimiento de las autoridades, aunque lo hicieran sin bombos ni platillos. Porque si bien pudo haber sido causa involuntaria del desastre colonial y principio del fin de la marina de guerra española desde el Atlántico al Pacífico, al menos él, Tobías Aguiluz, natural de Cádiz, les había hundido a los yanquis un crucero con doscientos sesenta tripulantes, mientras la flota completa del almirante Cervera fue capturada oprobiosamente por los norteamericanos que chillaban como poseídos: "¡Remember the Maine, remember the Maine!!!".

— Hubiera sido más interesante que tu abuelo se hubiera atrevido a viajar a Madrid, para presentarse ante el rey, abrirse la camisa y dejar que la boca terrible le hiciera la oscura confidencia.

— No te burles del declarado.

—Es que no me burlo. Elijo una escena que se ajuste al guión de la película.

—¿De qué película estás hablando?

—De "El hundimiento del Maine".

—Para título ¿no te gusta más "La odisea del Submarino Peral"?

—No, prefiero el otro. "The Sinking of the Maine".

—El que está sumergido sos vos, Lopecito, en la siesta del burro perpetua. Tengo otro título para tu repertorio: "Ilusiones de un vendedor".

—¿Por qué no "Vendedor de Ilusiones"?

—Te quedaría un poco holgado.

—Volviendo a tu abuelo (siempre volvemos a él, porque la historia que me ibas a contar rumbeaba para otro lado y la rubia, la secuestrada, demora en aparecer), te quiero preguntar si, entre tanta peripecia, don Tobías no tuvo nada que ver con lo del "Graf Spee", porque sería emocionante verlo enredado en la batalla del Río de la Plata.

—Podés imaginártelo donde se te antoje, que allí estará para vérselas con lo que sea.

—Bien. Pero vamos por partes. ¿Cómo terminó el asalto?

—Esa tarde, mientras don Tobías largaba el rollo de su confesión sin arrepentimiento, los forajidos durmieron plácidamente la mona. Aun así, los vecinos no se atrevieron a asomarse y permanecieron atrincherados hasta que la banda abandonó el pueblo al atardecer, llevándose algunos caballos, un par de corderos faenados, quesos, longanizas, tabaco y todo el vino que fue posible acarrear. El más perjudicado fue el almacenero, y los vecinos lo consolaban recordándole que los bandidos también incendiaban después de un saqueo, pero esa vez no. En la memoria de los colodrenses perduraban nítidos los temores que habían abrigado, y casi nada de lo que habían visto, porque, a decir verdad, habían visto muy poco: borrachos que se tambaleaban, o algunos jinetes, también borrachos, que corrían carreras por las calles de tierra, disparando sus armas para azuzar a las bestias, y levantando tal polvareda que no era posible ver nada a través de las celosías. *Lo que pudo haber ocurrido* se transformó, con el tiempo, en la imaginación de los vecinos en *lo que realmente ocurrió*, y cada cual juraba haber sido testigo de algún suceso más o menos espeluznante.

Cuando la banda se retiró, se extendió un silencio de muerte sobre Colodra hasta que el cura echó a doblar las campanas. Comenzó a salir la gente con más bochorno que regocijo a causa de haber sufrido semejante atropello y humillación. El almacenero lloraba de rabia y reclamaba la solidaridad de los vecinos para seguir el rastro de los forajidos y caer sobre ellos donde acamparan, pero el comisario se

opuso, porque primero tenía que informar a la superioridad y el telégrafo había sido cortado, de manera que no se podía hacer nada hasta el día siguiente y además nadie podía asegurar que los bandidos no regresaran esa misma noche por otro camino, burlando a los perseguidores, para sorprender a las mujeres indefensas.

— Eso me gusta más. Se aproxima a la tensión tremenda de "Pueblo sin Hombres", con Henry Fonda.

— Lo concreto es que todavía los están esperando y esa espera ansiosa les perturba el sueño.

— Y vos, ¿no dijiste que eras el nieto del héroe que mandó al fondo un barco lleno de gringos?

— ¿Para qué? Me pareció más sensato callar mi parentesco con el fantasma que noche a noche recorre las calles de Colodra con su cortejo de demonios.

Mientras esperaba que Salustio terminara de armar la calesita, hice algunos retoques a las pinturas de la iglesia. Les devolví dedos y sonrisas a media docena de angelotes, y los pliegues al manto de la Inmaculada. El cura viejo me dio la bendición con tanta ternura que por algunos días me sentí bueno y mi buena acción cotidiana fue la de llevarle ánimo y consuelo al pobre Salustio, cada vez más deprimido. La Sibila aseguraba que no pegaba un ojo en toda la noche y había perdido el apetito (los apetitos) por completo, de modo que a ella los domingos se le llenaban de presagios, porque el lunes, algún lunes...

Por fin la calesita estuvo armada, y comencé a prodigar el berme llón y el amarillo, los colores que más abundaban en las reservas de Salustio, repasando complicados arabescos sobre fondo celestón. Los escasos transeúntes tenían la misma pregunta en la mirada: ¿para qué te tomás tanto trabajo, si eso aquí no funciona?, pero yo me entregaba casi con pasión a repintar la calesita. Y al otro día, de tarde, cuando ya estaba por terminar, siento que me lleno de azul. Me vuelvo... y allí estaba, mirándome con otros ojos.

Atilio consideró innecesario preguntar quién, porque el gitano se hallaba como transportado al jardín de las delicias. Por fin, después de un largo cuento de cuentos, había llegado la secuestrada, la rubia de la foto, la veterana irresistible.

— Desde ese momento, Lopicito, mi vida tuvo un giro inesperado. Me sentí poseído por la desconocida. Tal vez si la hubiese visto en otra parte, paseando por la rambla de Pocitos con su sombrilla anacrónica y el vestido de encaje, la hubiese mirado como a un ave rara entre mujeres jóvenes, elegantes y hermosas. Pero allá, en medio de la decrepitud y el descalabro, fue una revelación, una presencia mágica. Me dije: esa

mujer es tuya, Julián, o la vida ya no vale la pena.

A López le produjo un ligero escozor la jactancia del Gitano, que calló un momento para mirarlo fijo, como queriendo recordarle que “esos platos fuertes no son para vos”.

(No, no son para mí esas lindas veteranas con un pasado misterioso, que se reservan para vivir hasta el paroxismo la penúltima aventura de su vida. Sólo las veo proyectadas en la pantalla, y hasta las siento caer sobre mis brazos cuando se desmayan sobre los del amante. Y aprieto los míos contra el pecho, como si fuera posible llevarme a Greta Garbo para casa. Las que veo por la calle — algunas llevan niñitos de la mano — o las que observo sin disimulo en la Confitería Americana o en el Tupí Nuevo, mientras intento pinchar con el palito la aceituna del cocktail, esas, están más lejos todavía. Jamás se cruzan nuestras miradas. Ni siquiera con las que pueda encontrar en las fiestas familiares. Soy invisible. No existo. Muchas veces he soñado, particularmente en mis siestas del burro, con una mujer otoñal, bella y sensitiva, un amor borrascoso y un desenlace de película. Y a quién confiarle todas estas intimidades y frustraciones, si no a vos, Toto, que tenés la santa paciencia de escucharme y a lo mejor me aguantás este cuento de cuentos hasta conocer el final amargo y sombrío de todo esto. ¿Se lo podría contar a Rosalía, la hija del panadero, que apenas se case olvidará fácilmente el pasado gris con el sábado repetido en la Quinta de Bartolo? Por supuesto que se casará con otro, panadero también, no lo dudes, y, apostada detrás del mostrador, borrará todo lo nuestro, que es bien poco. Ya se está cansando de verme cada vez más desasosegado y circunspecto. Insiste en que no la quiero, y llora. Pero llora cada vez menos y ya no amenaza con matarse. Cuando no llora más, se habrá terminado todo, sin que yo tenga el trabajo de explicarle por qué desaparezco con frecuencia.

Si no hubiese vuelto a encontrarme con Julián, si el gitano se hubiese perdido para siempre por caminos intrincados, todo seguiría igual, o más o menos igual. Me hubiese ahorrado esta pesadilla de la cual no sé si podré despertar para volver a ser el de antes. El villano sabía que la historia de la rubia me iba a cautivar, que esa veterana agitaría mis sueños y se colaría en mis inocentes y entretenidas visiones cinematográficas. E hizo aumentar mi sed de conocerla. Julián ya había aclarado que su secuestrada no era una mujer para siempre. Cuando me mostró las fotografías dijo que se trataba de una relación intensa y pasajera. Y sentenció: “Esto se termina pronto”, y hasta habló de un posible asesinato.

Y en mí creció no sólo el deseo de conocerla, sino también la ansie-

dad por salvarla. La vi arrodillada junto a un cadáver —el del Gitano, el del novio o, por error, el mío—; se arrancaba los cabellos y lloraba como una enajenada. Si me exoneraran del papel de difunto, yo iría cada noche a pararme junto a su ventana para ofrendarle no la pasión violenta, sino un remanso de ternura, (y que el villano se ría a carcajadas del sentimentalismo de un vendedor de ilusiones). Por supuesto que no podía ser fácil entrar en comunicación con la rubia, ahora inaccesible, oculta entre geranios y jazmines tras la reja, cantando a media voz algún bolero: *Yo sé que sooooooy | una aventura más para tíiiii...*

El villano, el tentador, regresó del desierto para hacerme recorrer con su cuento de cuentos un camino largo y excitante, por momentos fatigoso, que termina en Diamela. Seguí a Julián en los complicados periplos y malandanzas del abuelo Tobías, crucé el océano a bordo del submarino Peral o del barco que lo remolcaba, asistí al hundimiento del "Maine", caminé luego hacia el sur, en el puerto de Montevideo me embarqué en El Deslumbrado, navegué hasta los hielos, y después de sobrevivir al naufragio soporté varias vueltas en tranvía, luego un largo viaje en ferrocarril... y finalmente la estrella, la divina, junto a la calesta de Salustio, como en una película de Fellini.

Fue como asistir a una larga sesión de *matinée* con varios filmes de aventuras, para quedarme a ver (o a saborear) el *plato fuerte* en la vermut, con la estrella rubia y veterana, sin sospechar que en la función de la noche —por qué no me habré retirado antes— me aguardaba la de terror, para hacerme trizas los nervios, y dejarme así, como me ves).

7. FINAL EN BORRADOR

Atilio, Lopicito, Lospesitos, Macoco de tu mamita, vareador de la Rosalla en la Quinta de Bartolo, te enredaste en los artificios de ese Gitano (que nunca pude ver ni de lejos ni de cerca por más que anduve persiguiéndolo). Se diría que sólo a vos se te presenta, porque es un demonio enviado a complicarte la existencia. Uno podría sospechar que vos inventaste sus apariciones y andanzas desde que dejaste de verlo aquella tarde lejana junto a la puerta del queco de la Pola, donde le diste una trompada que fue como borrarlo para siempre. Lo que siguió después, supuse que se trataba de los caprichos de tu imaginación excitada por las películas de aventuras, que habrán terminado por cansarte con circunstancias repetidas y condenarte de una vez por todas a las desventuras. Entre mis divagaciones de desvelado crónico, me dije alguna noche que habías recurrido al artificio de contar historias que supuestamente te habría relatado otro, para que quienes te escuchan las crean o no las crean, pero las sigan con interés o se diviertan por lo insólitas. Y de esa manera habrías descubierto la manera de mitigar tus hastíos montevideanos, de las oficinas a los cafés. Pero ya veo que me equivoqué, que insistí demasiado en elaborar mi propia imagen del Lopicito, sin darme cuenta mucho antes cómo te estabas desbarrancando hasta la escena final preparada por el tentador. Tampoco habrás de leer este borrador, que terminará como otros que he ido destruyendo porque vuelve a suceder algo imprevisible, que le da a tus apuntes y a tus relatos un sentido tan diferente del que yo les atribuía.

Y cuando yo mismo sea el borrado, porque en cualquier momento puede sonar mi campanazo definitivo, a lo mejor sobreviven algunos de los escritos últimos. Y el que los leyera podría sospechar que en vez de testimoniar con cierta exactitud la historia que me confió Atilio López, no he hecho otra cosa que contar mis dislates y extravíos. Aunque lo que trato de hacer ahora no es más que aclarar en lo posible la escena final en que te metieron.

.....

La rubia no venía sola, porque jamás salía sola por esas calles de malpensados. Cuando Julián se volvió por segunda vez, vio a la viejecita envuelta en una pañoleta gris, que le tiraba de una manga a la Diamela para que continuaran caminando y se dejara de mirar a los extraños: el Gitano, Salustio sentado en un cajón, y los empleados mugrientos y burlones que aparecían y volvían a desaparecer mientras terminaban de armar el laberinto de espejos.

—¿No nos dijo el señor Grajales que venía un pintor en el tren? Ese joven tiene manos de artista. Se me ocurre, tía, que podría ser el indicado para hacer los retoques de la sala.

La vieja sacudía la cabeza en cerrada negativa, y Julián se hacía el sordo a la espera de que la rubia le dirigiera la palabra.

Por fin la rubia se acercó a preguntarle, con una voz cálida y muy suave, si tendría la gentileza de acercarse a su casa, sin compromiso alguno, para revisar los decorados de la sala y, de ser posible, reconstruir guirnaldas, sátiros, ninfas y palomas, porque deseaba restaurar la antigua residencia de su abuelo. "Y aunque no recupere todo el esplendor, que luzca al menos lo mejor posible para el día de mi boda".

Le contestó que sí, que tan pronto terminara con los trabajos para el señor Salustio, iría a examinar los frisos. Ella extendió su brazo del corazón, indicándole el camino hasta Domus Nebulae, nombre extraño que no se sabía ya quién había escogido para grabar sobre la puerta de entrada, en el tímpano sostenido por dos columnitas romanas. Tal vez fue idea del constructor italiano, traído de Montevideo en los tiempos de las vacas gordas, las libras de oro y los trenes nuevos y puntuales.

Pero los antojos y deseos del Gitano no se sintieron defraudados porque la rubia le hablara de su boda. Al contrario, fue más fuerte la incitación a conquistarla, aunque fuera nada más que seducción de una noche.

La vieja que le daba hospedaje le contó a Julián, mientras asaba boniatos en el brasero, que Diamela era viuda de un doctor (no le dijo en qué) que se suicidó antes de cumplirse los dos años de casados, en Montevideo, donde residían. Hacía ya diez años y medio, y nunca se supo con exactitud por qué se hizo volar la tapa de los sesos. Unos decían que la causa fue la traición, otros, que el desengaño, y algunos suponían que había sido la impotencia. Al principio, el marido se entregó al alcohol, pero no halló consuelo ni alivio en la borrachera, y terminó quitándose la vida.

La viuda dejó Montevideo para ir a encerrarse en Domus Nebulae, donde había pasado vacaciones de su infancia. Sólo salía de la casa a la hora del atardecer para recorrer los caminos de la vieja quinta. A la luz breve e incierta, la espían los sentimentales y curiosos, con cata-

lejos o prismáticos, desde los miradores o altillos más próximos, pero que quedaban bastante alejados como para que nadie pudiera captar una imagen nítida de la desconocida. Y cuando una vez al mes salía a la calle en un coche de alquiler para trasladarse a la estación donde esperaba el tren con destino a Montevideo, ningún vecino, por más que se le acercara, podía deleitarse con la belleza de Diamela, porque los tules espesos, el sombrero ancho que amortiguaba las luces, y la ropa negra y holgada la hacían desaparecer bajo la rigurosa etiqueta de una muerte con la que siempre vincularon a Diamela allá en Colodra. Y aun cuando ella empezó a hacerse visible en tiempo del medio luto, y también después cuando se vistió de blanco como para tener aspecto de mujer inocente y soñadora, que retornaba a la vida y a la luz con su sonrisa y su mirada espléndida, no consiguió conquistar a aquella gente para que dejaran de asociarla con la parca. Y ninguno de los tenorios locales, expertos en seducir con las viejas artimañas, se aventuró con ella hasta las últimas consecuencias, porque el final de aquel desconocido que se mató de un balazo en la cabeza, podía repetirse en la pacífica Colodra, si no se sospechara que aún en los fuegos otoñales de la rubia, estaban acechando la maldición y el sino.

Hasta que una tarde el viejo Max Mordón que vivía en su estancia a una legua del pueblo, entró al club y los dejó a todos sin palabras al decirles que esa mujer no era para cualquiera, y lo sabían porque hacía cinco años que se había instalado en Domus Nebulae y ninguno se había jugado por ella, ni el corazón ni las ganas. Pero esa situación había llegado a su término, porque un hombre cabal y de coraje, sin los prejuicios ni las aprensiones de los otros ante la rubia adorable, un día le abrió su corazón y le declaró su amor. Y ese día había sido ayer, y el hombre, el propio Max Mordón.

.....
 ¿Qué pasó entre el Gitano y la rubia Diamela, después que el pintor llegó a Domus Nebulae y se dispuso a frecuentar la casa con el pretexto de reconstruir los complicados arabescos, revivir las guirnaldas y los pájaros y las figuras mitológicas, que no eran tonterías convencionales de hacía más de medio siglo, sino las únicas imágenes evocadoras de un lejano tiempo de señorío y esplendor? Julián decidió seducir a la prisionera, y día a día fue conquistando su corazón o, al menos excitando su sensualidad; de esto no hay duda, pues de lo contrario Diamela (cuyo verdadero nombre sabrás ahora, Lopecito) no se hubiera fugado con el Gitano. ¿Lo hizo para vengarse del viejo Max Mordón, que hacía una década le postergaba el día de la boda? Unos decían que ya no tenía vigor pero vivía de ilusiones, y otros aseveraban que lo hacía también para postergar su fecha de defunción.

El Gitano se la trajo a Montevideo y, según te lo dijo, tuvo que guardarla en la madriguera que ni a vos te reveló al principio (así logró acrecentar tu expectativa) para que Max Mordón no consumara su venganza, si es que realmente bajó a la capital para encontrar las huellas de los responsables de su humillación. ¿O Max Mordón se habrá encerrado en el casco de la estancia hasta irsele la rabia, o habrá paseado por las calles del pueblo en el alazán, y frecuentado el club y los boliches para que la gente supiera que él era un hombre macho y astuto que al menos se la jugó, y si no llegó a casarse fue porque tuvo tanto olfato que advirtió a tiempo cómo venían disfrazadas de virtud las falsedades?

Pero ese es otro tema.

Lo cierto es que alzarse con la única piruja de Colodra, y tomarse los vientos, sin que nadie se enterara hasta el otro día, era difícil de lograr ya que el seductor no tenía vehículo para fugarse a la hora señalada. Y acaeció lo inesperado, que los vecinos consideraron como una verdadera maldición debida a su descuido al dejar que los pasajeros del tren en huelga se quedaran allí. Si se hubieran negado a hospedarlos, se habrían librado tal vez de las consecuencias de un hecho funesto: la muerte de Valentín Salustio.

La Sibila estaba segura de que ocurriría inevitablemente un lunes, como lo anunciaba el péndulo en la radioestesia. Pero Salustio se demoró un jueves a la hora del mediodía, en la esquina, frente al parquecito, donde esperaba que el próximo fin de semana llegaran de las estancias las mujeres de los peones trayendo a algunos niños, porque del pueblo sólo se habían arrimado media docena de curiosos. Lo levantaron para acostarlo en un carrito y llevarlo a un galpón, porque los que le alquilaron la pieza no quisieron tener que ocuparse del deceso de un desconocido. Primero el médico sordo y después un viejísimo curandero, trataron de reavivarlo, pero Salustio falleció al atardecer. A todos llegó de inmediato la noticia, y tener que admitir una muerte después de veinte años, era como presentir los anuncios de nuevas y más cercanas desgracias.

Casi se habían olvidado de cuál era el procedimiento burocrático destinado a certificar la defunción y enterrar el cadáver. Los de la Junta fueron al boliche a consultar al sepulturero, que sin levantarse ni dejar las cartas, dijo que él enterraba, pero si era autorizado con papeles en regla, y por haber pasado tanto tiempo, no recordaba si alguien que pudiera encargarse del trámite quedaba aún en el pueblo. Y algunos evocaron aquel día en que Genaro Granochi se retiró con los petates en su carroza de pompas fúnebres. Y los señores de la Comisión no tuvieron más remedio que ocuparse del asunto y llamar al hijo de don Genaro, que en la casa principal de la firma en el departamento, aguardaba con

creciente impaciencia a medida que pasaban las semanas, los meses y los años, que un día no muy lejano lo llamaran de Colodra. Cuando recibió el telegrama, se ocupó en seguida de los trámites y marchó al pueblo, pero no en el carruaje que todos esperaban, sino en la furgoneta veloz. Lo que más interesaba al hijo de don Genaro no era tanto el servicio para el desgraciado forastero, sino el regreso de la empresa al lugar donde lo consideraban un ausente por tiempo indefinido. Y no es extraño que el Gitano haya persuadido a la rubia veterana que ese era el momento oportuno para alejarse para siempre del lugar donde volvía a escucharse el siseo de la guadaña.

El Gitano te dijo, Lopecito, que entonces aprovechó la ocasión de arriesgarse a abandonar Colodra llevándose a la única mujer apetecible, porque el funebrero volvía a medianoche a su empresa, después de haber organizado el velatorio de Valentín Salustio, que fue expuesto en el único lugar posible: la sala del laberinto de espejos. Y la triste Sibila, que sustituyó el péndulo por un viejo rosario, aceptó que Valentín fuera velado allí, donde los espejos multiplicaban las imágenes del yacente, de los escasos visitantes y de los cuatro cirios, como homenaje al hombre que no claudicaba jamás ante las adversidades. El gordo Grajales la acompañó a lo largo de la noche.

Muchos de los detalles de la fuga no te fueron revelados por el Gitano, para que tu imaginación creciera hasta el vértigo. Quería que a vos te fascinara la presencia y ocultamiento en Montevideo de la rubia veterana, que no podía ser subyugada por cualquiera. Y vos la *viste* como salida del cine, y quisiste vivir en la realidad lo que hasta entonces habían sido emociones de película.

Enterado entonces del regreso del funebrero a la empresa esa misma noche, el Gitano lo habrá convencido de que los llevara a él y a una señora en la furgoneta, para llegar al ómnibus que salía con destino a Montevideo antes de la madrugada, pues debían trasladarse con urgencia. Andá a saber cuáles fueron sus argumentos. Era la única oportunidad de marcharse con la rubia. No lo harían a caballo, seguramente, como lo hubiera hecho el viejo Arguiluz en los días o en las noches de aquellos tiempos en que el mundo se le ofrecía para que se hartara de aventuras.

Granochi estaría muy satisfecho por lo que al fin tuvo que suceder en el pueblo y habrá accedido a lo que le pedía el Gitano, quien no te relató su largo viaje de regreso, para que dieras rienda suelta a tus imaginaciones: vehículos mágicos, caballos voladores, vínculos clandestinos, bodegas sombrías de un barco que baja por el río Uruguay.

Y cada vez que te encontraste con el villano fue en lugares poco frecuentados. Pensá, si no, que un día, al final de la tarde, les da por verse

en el Sorocabana o en el Tupí Viejo, y entra Max Mordón empuñando un revólver o los espía desde afuera para seguirlos después y matar al Gitano a la entrada de la madriguera, e ir a vengarse inmediatamente de la rubia. Te decía que en los lugares poco frecuentados y más seguros, en rinconcitos de boliches de barrio, fue creciendo en vos el deseo no revelado al villano, al falso amigo, de hacer algo por la rubia condenada. Y lo que creías que eran tus secretos, tus intenciones ocultas de liberar a Diamela, el Gitano ya los adivinaba y por eso te fue llevando hasta la última escena de su historia, que sería el principio de tu desgracia. Yo quisiera saber, Lopicito, hasta cuándo podrás resistir ese espanto. ¿Te das cuenta que ya tendrías que haber anclado en la triste serenidad, en medio del infortunio, y ponerte a escribir vos mismo lo que me estás haciendo escribir a mí, que al final no puede ser otra cosa que un borrador, porque ¿quién sabe lo que ocurrirá mañana?

Después de haberte llevado por el pasado próximo y también el lejano, el Gitano te dijo que ya estabas a pocos pasos del gran secreto que quería revelarte ahora, allí en la casa de altos de 1910, después de la placita. Y cuando vos le preguntaste por qué no te había traído antes, él te contestó que si te hubiese confesado todo desde el principio, muchas cosas te quedarían sin entender. (Y te quedaron sin entender).

Entonces comenzamos a subir la escalera, y el Gitano fue quedando rezagado. Se me ocurrió que él actuaba de tal manera, para que yo me sintiera el importante, el hombre que al fin llegó a lo que tanto había anhelado. Y cuando me hallé frente a la puerta, me dijo desde seis escalones más abajo: "Abrila, y, si tenés coraje, entrá, Lopicito". Me llamó la atención que el escondite o madriguera no estuviera cerrado con llave. Una vez adentro, a media luz entre paredes ocre y mohosas, supuse que la bella Diamela saldría de una habitación a recibirnos.

El Gitano desapareció por el pasillo oscuro que conducía hasta el fondo y me dejó sentado en la poltrona, frente a la puerta entornada del dormitorio. Quedé solo en medio del silencio absoluto —el reloj de péndulo no funcionaba—, y respirando el aire cargado de humedad y encierro y con esos perfumes alterados por la falta de frescura de una piel de mujer venida a menos. Al rato volvió a salir Julián de las tinieblas y me dijo en tono de broma:

—Vos que siempre, a lo largo de la vida, supiste esperarme, Lopicito, esperame ahora, que se acabó la bebida y voy por ella.

Bajó rápidamente la escalera para desaparecer en la noche. Yo, el ingenuo, creí que volvería, pero pasada la media hora me di cuenta de que tendría que haber salido tras él, alcanzarlo y volver a darle una trompada como la de aquella tarde, a la entrada del prostíbulo. De cual-

quier modo, debía irme de inmediato y alejarme para siempre, porque me aterrorizó el imaginar que la mujer estaba allí, en la habitación en sombras, pero asesinada, con una puñalada en el pecho o ahogada silenciosamente por un pesado almohadón. Y ya me disponía a abandonar la madriguera cuando en el dormitorio se encendió una lámpara, y una voz cavernosa de mujer fumadora preguntó:

—¿Estás ahí, querido?

Y aunque estaba decidido a marcharme, la curiosidad me retuvo y fue el comienzo de mis desgracias e insomnios. Me acerqué al cuarto y le dije a través de la puerta entornada:

—Julián no ha regresado todavía.

—No pregunto por Julián. Por casualidad, ¿vos no sos Atilio López? El Gitano me aseguró que por fin vendrías esta noche.

Por cierto que no debería demorarme más en la venganza, aunque no tuviera idea de cómo ni cuándo me enfrentaría con el villano en un duelo decisivo. Ahora me dejaba a la rubia no para que la gozara, sino para que la padeciera, como esa voz que no coincidía con el tono sensual y delicado atribuido a la otoñal Diamela.

No esperé a que me invitara a pasar. De pura bronca empujé la hoja entornada. Y allí quedé petrificado de espanto.

Es una mujer escualida, con el pelo largo y despeinado teñido de rojizo, y unos ojos enormes entre párpados coloreados de lila. Sentí y siento tanta aversión que me niego a completar el retrato; aunque tampoco me es posible conjurar los detalles de su imagen y olvidarlos.

Y vos me preguntás por qué esa noche me quedé allí adentro y todavía voy a verla y a escuchar su vozarrón cavernoso. Nunca está en la casa completamente sola, porque la acompañan la obesa que fue portera del queco, y la vieja sorda, fregona y cocinera, que la primera noche no traspasaron las tinieblas del pasillo del fondo.

Cuando irrumpí en el cuarto, ella se quedó impassible en la cama donde está postrada, y sin dejar de contemplarme buscó un cigarrillo y lo encendió.

Y cuando estuvo bien segura de que yo era un tipo inerte, incapaz de descargar mi indignación o mi furia, me dijo:

—Al fin nos encontramos, querido. Yo soy la Pola.

Hace tiempo que se retiró del oficio, y ya no está más que para el diálogo y los recuerdos. A mí siempre me había esperado después de enterarse de que yo le había dado una trompada a Julianito a la puerta misma de su casa de placeres. Fui nada menos que el amor platónico de una prostituta. Sospeché que esta era una idea del Gitano, para burlarse de Lopecito, pero ella insiste en que su sentimiento es sincero, y que le

permitió sobrellevar las horas de su padecer cotidiano. Cada día me esperaba para vivir conmigo algo intenso y diferente, y soñaba con el verdadero amor. Y le preguntaba al Gitano, siempre que iba a visitarla para sacarle algún dinero, qué era de mi vida y dónde estaba; y también le pedía mi retrato para ejercer algún hechizo, y él lo hacía de memoria o le llevaba alguno del natural dibujado en el boliche. Y eso es verdad, desgraciadamente, porque abrió el cajoncito de la mesa de luz y sacó las cartulinas con mi rostro o con mi cuerpo entero, todos con mi nombre entre signos zodiacales. Me vinieron ganas de arrebatarlos para desaparecer con ellos, y cuando ella intuyó mi intención, me dijo que ya estaba tan enferma que esa sería de mi parte una crueldad imperdonable. Me suplicó que no dejara de ir a verla, porque Julián se va a la Argentina con la rubia veterana, y al volver el primo, cuando la otra se haya marchitado, la Pola ya estará muerta y sepultada. (Y yo me pregunto si no tendré que ocuparme del sepelio, si sigo visitándola).

—Y como todos me van a olvidar muy pronto, querido Atilio, yo quiero vivir un poco más en tu memoria. Ya no soy joven y hace tiempo que perdí todos mis encantos. ¿Qué podrías recordar entonces de esta loca? Una historia secreta que don Tobías me confió a la hora de la siesta con su boca de la verdad, y era sobre las extrañas aventuras de su barco.

Y yo frecuento ahora la casa de las tres parcas, donde en cualquier momento chací se corta el hilo. Lo que ocurre es que ya no puedo abandonar los itinerarios de El Deslumbrado, porque si lo hago y sobrevivo quedará abandonado en una isla desierta. ¿Entendés? Quiero decir que me siento condenado, porque me han robado la imaginación.



INDICE

1. Calles de Laredo	9
2. Del Submarino Peral al Deslumbrado	27
3. Conversación con Atilio	49
4. Miércoles de Ceniza	57
5. Desconocidos en el tren	69
6. La siesta del burro	85
7. Final en borrador	95



Se terminó de imprimir
en Prisma Ltda. Gaboto 1582 Montevideo,
en el mes de octubre de 1985
Edición amparada en el art. 79
de la ley 13.349
(Comisión del Papel) D.L. 210.965